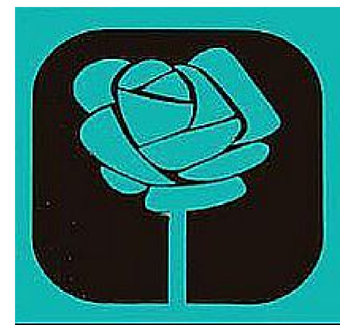


Margaret Rome

La novia de Zarco

LDS

¿Por qué aquel salvaje quería apoderarse de su vida como si ella fuera un objeto?

Obligada a quedarse en Madeira, Samantha se encontró bajo la protección… y algo mucho más fastidioso que eso, de Joao Goncalves Zarzo, el amo y señor de la isla. ¡Apenas se había recuperado, cuando él anunció con toda calma, que se casaría con ella! Parte de su ser le decía a Samantha que aquello era una locura; la otra reconocía de mala gana, su atractivo y quería aceptar. A pesar de los sentimientos que comenzaban a nacer en ella, Joao rechazó el amor que le ofrecía. ¿Qué era entonces lo que realmente quería él… y que debía ella responderle?



Margaret Rome

La novia de Zarco

Bianca - 34

ePub r1.0
jala 03.07.16

Título original: *Bride of Zarco*
Margaret Rome, 1977
Traducción: Cecilia M. de Wainer
Publicado original: Mills and Boon Best Seller (reissues) (MBS) - 404 y
en: Harlequin Romance (HR) - 2052

Editor digital: jala
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Samantha agrandó los ojos al ver semejante belleza ante ella. Madeira, la Perla del Atlántico, apareció más como un espejismo que como una realidad. Para la aturdida Samantha, fue como la realización de un sueño fantástico.

Mientras el barco se abría camino hacia la bahía Funchal, ella continuaba embelesada con el paisaje. El pueblo subía por la ladera de la montaña, con casas blancas de techos rojos y modernos hoteles que daban al lugar un aire cosmopolita. Observó, además, viñedos que gradualmente desaparecían, y una inmensa variedad de flores raras que no conocía.

«Madeira no es una isla», dijo alguna vez un famoso poeta, «sino más bien una canasta de flores flotando en el Atlántico».

—¡Samantha! ¿En dónde está esa chica? ¡Jamás está presente cuando uno la necesita! —Las palabras crueles hicieron estremecer a la joven, pero no lograron que desviara la mirada de la isla—. ¡Samantha! —El tono se agudizó por la indignación de ser ignorado.

La joven suspiró y se apartó de los ojos un pesado mechón de cabello. ¡Tenía que ir o no podría evitar los problemas!

En cuanto la chica entró en el camarote, continuaron los reproches.

—¡Bueno, muchas gracias por dignarte a aparecer!

Una mujer muy parecida a Samantha giró en redondo y miró furiosa a la chica que titubeaba en el umbral.

—Ahora que por fin llegaste, entra y sé útil. Perdí la parte superior de mi traje de playa color esmeralda.

—La encontraré, mamá, estoy segura de que sé dónde está.

—¿Cuántas veces debo decirte que no me llames mamá? —La mujer mayor apretó los labios—. ¡Odio esa palabra! —Con petulancia solicitó la atención del hombre que miraba con interés la isla a través de la ventanilla—. Te pregunto, Greg, ¿soy lo bastante vieja para ser la madre de ella?

El hombre volvió la cabeza y con una sonrisa de adoración, afirmó valorándola:

—No, mi amor. Es más, anoche —le sonrió también a Samantha —, una de las pasajeras me felicitó por tener dos hijas tan encantadoras. Debo confesar que al principio no supe si sentirme halagado o furioso y mi confusión aumentó cuando después de informarle a la dama, que tú, Rosalind, eras mi esposa y Samantha mi hijastra, su expresión fue de risible asombro. Preferí no mencionar que también tenemos un hijo de seis meses a quien dejamos al cuidado de la niñera, porque de haberlo hecho, pienso que le hubiera sugerido al capitán que me pusiera grilletes, acusándome de haberme casado con una niña.

Rosalind rió ya apaciguada y le lanzó una mirada triunfal a Samantha.

—Y bien, ¿qué dices a eso? ¡Nadie a bordo sospecha que somos madre e hija! Yo también casi me siento tentada a olvidarlo pero sigues insistiendo en llamarme mamá.

—Lo siento, m… Rosalind, trataré de recordarlo.

—Me gustaría que lo hicieras, querida —replicó Rosalind con dulzura—. Muy pocos pasajeros se han dado cuenta de tu existencia, pero de ahora en adelante debes dejar de aparentar esa enfermedad imaginaria que te ha mantenido encerrada en tu camarote, desde que salimos de Londres, y participar en las actividades sociales a bordo. Después de todo, este crucero se planeó para ayudarte a convalecer, y además como un gesto de agradecimiento de mi adorado esposo hacia mí, por haberle dado un hijo. Sin embargo, le has mostrado a Greg muy poca gratitud por su generosidad.

Samantha agrandó los ojos, acongojada.

—Pero si estoy muy agradecida, Greg, y odiaría que pensaras que soy una ingrata. Normalmente, un crucero a bordo de una embarcación de lujo se puede considerar algo estimulante, mi médico se mostró encantado cuando se lo dije, pero por desgracia,

ninguno de los dos podía saber que yo sufriría mareos a partir del momento en que zarpara el barco.

—Es que te rindes con demasiada facilidad —se irritó Rosalind —. El médico del barco opina que el malestar puede ser sólo cosa mental. Si te convences de que te sentirás mal, entonces así será, y eso es todo: ¡Trata de pensar en que no te enfermarás y no lo estarás! Hay ocasiones en que has demostrado tener fuerza de voluntad.

—Bueno… sí —farfulló Samantha, sintiendo que comenzaba a marearse, y no tanto por el movimiento del barco que finalmente atracó, sino por temor a verse envuelta en una de las prolongadas discusiones de su madre—. Trataré de ser más sociable. Hoy me siento un poco mejor, y estoy segura de que mi estado de ánimo cambiará cuando bajemos a tierra.

—¿A tierra? —repitió Rosalind—. Pero si no vas a bajar a tierra Greg y yo hicimos arreglos para jugar *bridge* con el capitán y el primer oficial y después, pasaremos el resto del día tomando un baño de sol hasta que sea hora de cenar. ¿Acaso imaginaste —la miró horrorizada—, que íbamos a unirnos a las hordas de turistas boquiabiertos? ¡Y sobre todo con este calor!… —Se estremeció de aversión—. No, debes quedarte con nosotros. Estoy segura de que podremos encontrarte un compañero, el segundo ingeniero es un joven bastante simpático.

Samantha se quedó mirándola muda de horror. Había estado encarcelada en el camarote durante los últimos cinco días… no tan cómodo como en el que se encontraba ahora, puesto que era el único que quedaba libre cuando Greg hizo para ella la reservación a última hora. Un cuarto oscuro cómo un ataúd donde rogó poder morir, a pesar de que el médico y la enfermera le daban píldoras y le ponían inyecciones para aliviar la temida náusea y el escalofrío, síntomas del mareo. Nada funcionó. Ahora, cuando tenía tierra a su alcance… y no sólo tierra sino un paraíso terrenal… su madre le prohibía bajar.

—¡Es que debo desembarcar! —se quejó—. Quiero sentir tierra firme bajo mis pies, para disfrutar del glorioso sol, para…

—Hubieras podido disfrutar del sol durante los dos últimos días, si no te hubieses aferrado a tu malestar imaginario —dijo irritada Rosalind—. ¡Sólo Dios sabe que tratamos de decirte que estarías

mejor en cubierta, pero te negaste a salir de ese horrible camarote!

—¡Tranquilízate, querida! —La intervención de Greg suavizó la discusión—. El malestar de Samantha no fue imaginario. Estuvo muy enferma, como casi el setenta y cinco por ciento de los pasajeros. Después de todo, fue un viaje bastante agitado y no todo el mundo tiene la suerte nuestra de ser excelentes marineros. Éste es su primer viaje en barco —arqueó una ceja al mirar en dirección a ella—, y no creo estar equivocado al afirmar que espera sea el último.

Samantha asintió casi a punto de llorar. Una vez que el viaje terminara y estuviese de regreso en tierra firme, nada la induciría a volver a poner un pie de nuevo en un barco. Pero, mientras, tendría que soportar lo mejor posible el resto del crucero. Estaba segura de que un paseo en tierra, le daría el valor necesario para aguantar el viaje de regreso a casa.

Así que se mordió el labio inferior y levantó la cabeza.

—¡Digas lo que digas, Rosalind, bajaré a tierra!

—¡Muy bien, entonces ve! —Rosalind se volvió hacia el espejo y levantó los hombros—. Pero recuerda que insisto en que cenes con nosotros esta noche. No has tomado un solo alimento desde que subiste a bordo, ¡toda esa deliciosa comida desperdiciada! Tienes que mostrarle a Greg de alguna manera que disfrutas esto, a cambio de todo el dinero que gastó.

Samantha corrió en dirección a la pasarela de desembarco, y por la excitación, apenas pudo sacar su pasaporte para que lo inspeccionara el oficial. Sin mirarlo, él lo hizo a un lado y le sonrió a la esbelta muchacha vestida de blanco con un sombrero para el sol de ala ancha, y con la copa en la forma de un enorme girasol de pétalos blancos y centro amarillo, sobre el que algún diseñador bromista bordó dos ojos con pestañas ridículamente largas.

Corrió a lo largo del muelle, feliz de sentir tierra firme bajo sus pies con sandalias, y de ver cosas nuevas para ella. Greg y Rosalind habían viajado mucho y visto todo eso antes, pero para ella era extraño y fascinante.

Pero era notorio que el hombre había estado allí antes que ella, como encontró para su desilusión, cuando después de seguir la calle principal llegó al centro de una enorme plaza. Allí había un monumento de piedra, construido para honrar a un explorador de

nombre Joao Goncalves Zarco… sin embargo, había sido profanado por el castigo de la vida moderna. En toda la base, había letreros en portugués hechos a base de pintura en aerosol, ininteligibles para ella, pero violentos en su impacto, debido a que habían despojado al monumento de su grandiosidad.

Muy nerviosa, miró a su alrededor y se tranquilizó al ver a los isleños que, ocupados en sus tareas, ni siquiera le echaban una mirada a la estatua, mientras iban de un lado a otro a toda prisa a lo largo de las estrechas calles.

Se relajó, burlándose de si por su timidez y se dirigió a un café con pequeñas mesas, sobre las que había sombrillas a rayas, colocadas dentro de un patio. Se sentó, sintiendo por primera vez en muchos días hambre, pero la carta estaba escrita en portugués. Esperando tener suerte, tartamudeó una pregunta al amable camarero.

—¿Habla inglés?

El movimiento negativo de la cabeza le dio la respuesta. Sintiéndose tonta, Samantha miró a su alrededor, frustrada por los deliciosos olores provenientes de la cocina. En una mesa cercana a ella, un comerciante, a la vez que leía el periódico comía emparedados, y bebía un líquido de color dorado que ella pensó era cerveza.

—Tomaré lo mismo que ese caballero —señaló hacia la mesa cercana.

—¡Ah, *sim*! —asintió el camarero y anotó la orden antes de retirarse.

La chica sonrió nerviosa cuando se apoyó contra el respaldo del asiento para esperar su comida. ¡Al ver su elección, sus compañeras enfermeras del hospital se hubieran muerto de risa! Antes que partiera, le pidieron que les guardara toda la información acerca del crucero y sobre todo de la comida. Hartas de la comida insípida del hospital, le hicieron prometer que anotaría cada detalle de los exóticos alimentos anunciados en los coloridos folletos del barco. Ella hizo algo mejor que eso. Molesta por la inhabilidad que tuvo de probar siquiera un plato de sopa, la camarera que la atendió en su camarote, le juntó cada día un juego de cartas, para que sus amigas pudieran deleitarse con ellas a su regreso a casa.

Cuando llegó su orden, Samantha mordió el emparedado con tal

gusto, que el jugo del relleno de tomate le bañó la mandíbula. Casi sin tomarse tiempo para limpiarla, dio la segunda mordida deliciosa al primer alimento sólido que comía después de varios días de ayuno. Ninguna ambrosía le hubiera sabido mejor, decidió al pasar el último bocado de pan negro antes de dar un sorbo a la helada cerveza. Mientras seguía sentada asoleándose, se le quitó la depresión. Tal vez el resto del viaje no estaría tan mal después de todo. Había tenido una terrible experiencia al iniciar el crucero porque en la bahía de Vizcaya se toparon con la cola de un huracán. Había gente que tomaba cruceros durante años y jamás se encontraba con mal clima. El barco iba a quedarse en el puerto de Funchal durante dos días antes de dirigirse a las islas Canarias, así que tal vez ahora que navegarían en aguas más tranquilas, se acostumbraría al balanceo del barco y, por consiguiente, el viaje de regreso a través del Atlántico sería menos angustioso. Rezó porque así fuera. Una gripe la había dejado débil, así que necesitaba recuperar fuerzas con desesperación, para poder volver al trabajo que amaba.

Satisfecha, recogió el bolso y paseó con lentitud hacia la playa. Había caminado sólo unos cuantos metros, cuando sintió un tirón en la parte inferior del vestido. Sobresaltada, bajó la vista y se topó con un pequeño harapiento, de enormes ojos suplicantes y un rostro sucio pero angelical, que le enseñaba un ramillete de flores marchito.

—¿Para mí?… —preguntó, sorprendida—. Pues, gracias… *obrigado* —tartamudeó oliendo el ramillete y sin percibir ningún aroma.

—*¡Dinheiro!* —se quejó el chico con la mano abierta y la palma hacia arriba.

—Sí, por supuesto… —Buscó cambio en el bolso y ofreció una moneda que le fue salvajemente arrancada por el niño descalzo.

Siguió paseando, sonriente. Nadie le había dado flores jamás y el gesto le enterneció el corazón.

Pero unos segundos después, volvió a sentir otro tirón en la falda. Quien la incomodó por segunda vez era una chica más sucia que el otro, y con una expresión de alguien que acaba de descubrir una mina de oro.

—Flores para la *senhorita*… —Sin ninguna ceremonia le puso en

la mano otro ramo de flores—. *¡Dinheiro!* —exigió amenazante.

Mientras Samantha buscaba en el bolso, varios pequeños con ramilletes de flores la rodearon, decididos a recibir algo de la rubia benefactora, empujándose con los codos, sin poner mucha atención al bienestar de la esbelta chica, a la que casi tenían aprisionada contra un muro.

—¡Alto *la*! *¡Ausente!* ¡Váyanse de aquí, chiquillos horrorosos, es una orden!

Afectados por el calor de la ira de aquel hombre, corrieron por los callejones con tanta rapidez como les permitieron sus pies descalzos. Su salvador, los observó irse, luego se volvió hacia la chica que todavía estaba apoyada contra el muro.

—*¡Senhorita!*, no se le ocurrió algo mejor que satisfacer la codicia de esas sanguijuelas infantiles.

—¡Parecen ser pobres… hambrientos! No tenía derecho de gritarles así, se asustaron. A los niños jamás hay que asustarlos…

Siguió un largo silencio y ella sintió que le escrutaba el rostro con la mirada.

—Los pobres merecen compasión… los mendigos, soberbia —su voz ya no sonó acalorada—. Hemos tratado de limpiar nuestras calles de esas molestias, pero es imposible abolirlas por completo, sobre todo cuando los turistas se desprenden con tanta facilidad de su dinero. ¡Sin embargo, se debe hacer más, ya me encargaré de ello!

—Pero *senhor*, si sólo son niños.

—¿Acaso el niño no crece para convertirse en adulto? —replicó un poco más cortante—. Me imagino que usted viaja en el barco que hace el crucero y que ahora está en el puerto, *senhorita* —ella asintió—. Hablaré con su capitán, tal vez él pueda persuadirla a que ahorre su compasión para aquellos que en realidad la necesitan.

Hizo una reverencia, se volvió y dejó a Samantha con una vaga impresión de arrogancia, de un rostro velado en sombras, y de una voz breve e impaciente, que ella recordarla siempre.

—¡Desalmado! —susurró a su espalda—. ¿Qué sabes de pobreza? ¡Por tu comportamiento es evidente que jamás necesitaste nada en toda tu vida!

Durante el resto del día siguió pensando en lo sucedido, sin olvidar la voz del hombre a quien había calificado de egoísta

autócrata, protegido de la pobreza desde su nacimiento. Se preguntó, sorprendida, por qué lo clasificó de inmediato como rico. El encuentro fue demasiado corto para hacer una valoración, sin embargo, se le quedaron grabadas pequeñas cosas… el brillo de un gemelo de oro cuando movió la mano para alejar a los niños; la fina tela del traje que le quedaba como un guante. Estaba segura de que los zapatos eran cosidos a mano y que la perfección de la camisa y corbata de seda se debía a la excelente calidad.

—¿Qué derecho tenía él de juzgar? —susurró con tanta fiereza que un transeúnte se volvió a mirarla.

Capítulo 2

Ellos estaban en el segundo turno para la cena, así que a las ocho y quince, Samantha fue al bar Neptune para buscar a Rosalind y a Greg.

Greg ordenaba una nueva ronda de bebidas cuando la vio vacilando en el umbral.

—Me da mucho gusto que hayas decidido venir —su cálida sonrisa enfatizó su sinceridad—, pero ¿estás segura de que te sientes bien, querida? No permitas que Rosalind sea altanera contigo… porque aunque le tengo mucho cariño a mi querida esposa, me doy cuenta de que a veces suele ser muy exigente. Pero eso sólo se lo digo a alguien que le tiene tanto cariño como yo.

Ella asintió. Había cariño entre su madre y ella, pero sólo eso, nada más. Toda la existencia de Rosalind había girado alrededor de su carrera como bailarina y el nacimiento de Samantha la mantuvo fuera del escenario casi un año. Sin embargo, una vez que recuperó su figura se apresuró a regresar al escenario, relegando a su hija a un segundo plano. El padre de Samantha, resentido, sufrió las mismas consecuencias, así que el matrimonio terminó en divorcio, mucho antes que él hubiera logrado algún cambio en la mente infantil de su esposa.

Entonces, cuando la estrella de Rosalind comenzaba a desvanecerse, apareció Greg Rusell en escena. Era rico, bien parecido, la adoraba y ella hubiera sido una tonta al rechazar su proposición. Así que ahora Samantha ocupaba el tercer lugar en la escala de afectos de su madre, detrás de Greg y de su nuevo hermanastro, al que adoraba.

—Por supuesto que todos queremos a mamá —lo tranquilizó—. ¿Cómo podría uno dejar de tenerle afecto a alguien que lo necesita tanto? Sí, tomaré algo, Greg —se apresuró a agregar cuando notó que él no estaba muy satisfecho con su respuesta—. Creo que esta noche voy a divertirme —sonrió—. Podría disfrutar bastante del crucero siempre y cuando el barco permaneciera en puerto.

—Veré qué se puede hacer al respecto —bromeó Greg—. Mientras cenamos esta noche en la mesa del capitán, le preguntaremos su opinión acerca de tu remedio personal para el mareo.

Se acercaron a Rosalind y en compañía de algunos pasajeros, pasaron el rato hablando y bebiendo hasta que sonó el *gong* para anunciar la cena.

—Trata de comer algo esta noche —urgió Rosalind, mientras se dirigían a la mesa del capitán.

—Está bien, m… Rosalind. Ahora que el barco está detenido, siento que podría comer todo lo que me pongan enfrente… estoy hambrienta.

—¡Si sólo yo me atreviera a seguir tu ejemplo! —Los ojos de Rosalind envidiaron la esbeltez de Samantha—. Desgraciadamente me veo forzada a cuidar mucho mi figura.

El capitán, quien ya estaba sentado, se levantó cuando se acercaron… así como el hombre con quien había estado hablando.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Rosalind en voz baja—. ¡Lo más posible, es que no se trata de un pasajero, hubiera sido difícil no fijarse en él!

Tenía un porte que obligaría a cualquiera a mirarlo dos veces, pensó Samantha, al ver al hombre alto de cabello negro, cuyo bronceado contrastaba con la blancura de su chaqueta.

El capitán se apresuró a hacer las presentaciones.

—Señor y señora Rusell, señorita Selby… me gustaría presentarles al señor Joao Goncalves Zarco, un buen amigo mío, quien me hace el honor de cenar a bordo, cada vez que mi barco llega a su puerto.

—Así que usted nació en Madeira, señor Zarco —los ojos de Rosalind brillaron cuando el hombre se inclinó sobre su mano extendida para besársela.

Samantha se sintió interesada por su nombre… el mismo que vio

cincelado en la base de mármol de la estatua, esa mañana… pero cuando lo oyó responder, supo que oía esa voz por segunda vez.

—¡Señorita Selby! —Era mucho más alto que ella—. Qué agradable poder ponerle nombre a alguien que exasperó mi recuerdo como la criatura que llevaba el ridículo sombrero.

Ella se ruborizó. Ni su tono ni su actitud, eran ofensivas, sin embargo la frenó de inmediato.

—¡No soy una criatura, *senhor*! Tengo veinte años y el sombrero me lo diseñó una amiga que se está haciendo famosa en el mundo de la moda.

—Le ruego me disculpe *senhorita*. Me doy cuenta de que mi comentario la fastidió y eso es algo que no quise hacer. Pero ¿puedo ofrecerle un consejo?…

—Si necesita hacerlo… —respondió con frialdad.

—Sólo se trata de esto: una mujer refleja su personalidad en la ropa que usa, así que si quiere que la tomen en serio, jamás vuelva a ponerse ese sombrero.

Se sentaron a la mesa.

—Adoro su isla, *senhor*. ¿Ha vivido aquí mucho tiempo? —quiso saber Rosalind.

El capitán replicó por él:

—Madeira debe su desarrollo a un antepasado de Joao, otro Joao Goncalves Zarco, un capitán portugués a quien su rey le dio la tarea de abrir la isla para la agricultura. A su llegada aquí, en el siglo quince, instituyó un sistema de gobierno y sentó las bases de los que ahora son las industrias más importantes de la isla. El mismo Joao, sigue con la tradición porque cultiva una de las más grandes propiedades, y también es el diputado electo de su distrito, elegido por su gente para representarlos en el parlamento en Lisboa.

«¡Por supuesto que tenía que ser él!», pensó Samantha encajando el tenedor en los cremosos mariscos. «¡No hay duda de que deben haberle lavado el cerebro a las personas que representa para que debido a su arrogancia lo crean omnipotente!», sintió la mirada de él y se movió incómoda, preguntándose si podría leerle el pensamiento.

Rosalind acaparó la atención de Joao.

—Como lo envidio, *senhor*. De lo poco que he visto de Madeira, considero que debe ser un lugar maravilloso para vivir. Por

supuesto que como turistas, nosotros sólo hemos examinado la superficie de la isla y sin lugar a dudas nos hemos perdido de mucho.

Samantha se avergonzó ante la forma tan cínica en que Rosalind trató de conseguir una invitación. Él debió saber que lo manipulaba, y sin embargo su sonrisa fue de tolerancia cuando con suavidad, hizo lo que se esperaba de él.

—Tiene que visitar mi hogar, *senhora*. Como el barco va a quedarse aquí solo un día más, tenemos que arreglarlo de inmediato. Si mañana le parece conveniente, me sentiré honrado si usted, su esposo e hija —durante un segundo sus ojos recorrieron el acalorado rostro de Samantha—, quisieran ser mis invitados.

Rosalind apenas tomó tiempo para respirar.

—¡Estaríamos encantados, señor! —La excitación y el placer agregaron brillo a sus ojos, dándole una belleza cautivadora al rostro que volvió hacia el capitán—. Tendremos bastante tiempo, ¿verdad capitán?

—Sí, el barco no tiene que zarpar sino hasta la media noche —confirmó.

—Entonces tendremos todo el día Samantha querida, ¿no crees que el señor Zarco es muy amable en invitarnos a su hogar?

—Por supuesto. —Samantha replicó forzada, decidida a que nada en la tierra la induciría a pasar el día en la compañía de él. Su madre lo consideró amable. Ella quiso reír. El *senhor* parecía tener muchas virtudes, pero la amabilidad no era una de ellas. Su actitud de esa mañana con los niños, fue casi déspota y esa noche, su amabilidad era una farsa.

Una vez que la interminable cena terminó, decidieron tomar el café en uno de los salones donde iba a tener lugar un corto espectáculo. Ya estaba lleno, pero se había reservado una mesa para el grupo del capitán, así que su plan para ausentarse falló gracias a la insistencia de un camarero de ayudarla a sentarse.

—Gracias —murmuró al sentarse, deseando tener lejos a Joao. El deseo se intensificó cuando su brazo rozó una manga blanca, cuyo propietario poseía unos ojos oscuros y maliciosos.

—No pareció muy gustosa de aceptar mi invitación, *senhorita*. ¿Será que el trayecto a través del océano de nubes para llegar a la Casa de Muitos Balcões, no es suficiente para compensarla por pasar

un día en mi compañía?

Ella contuvo la respiración, embelesada, muy a su pesar, con el cuadro que acababa de describir. ¡A través de un océano de nubes a la casa de muchos balcones! En circunstancias distintas, ¡cómo hubiera disfrutado del viaje que sonaba tan romántico…!

Volvió a la realidad y le respondió con amabilidad:

—Me gustaría conocer su hogar, *senhor*, pero por desgracia, no volveré a pasar por aquí, así que considero necesario continuar mi exploración en Funchal. Según los folletos turísticos, hay muchos lugares de interés que no he visto todavía, así que espero me disculpe por no aprovechar su hospitalidad.

No se atrevió a mirarlo más arriba de los labios, que había apretado hasta formar una línea.

—Imaginé que después del breve pero perturbador episodio de esta mañana, estaría curada para siempre de deambular sola por las calles. Hacerlo puede ser peligroso.

—¿Peligroso? —Samantha rió—. ¿Acaso quiere decir que esos niños hambrientos constituyen un peligro?

—Esos niños vagabundos tienen padres y hermanos mayores que engordan con las ganancias de un oficio en el que comenzaron su aprendizaje como mendigos juveniles, sacándole dinero a crédulos turistas. No digo que en nuestro medio haya endurecidos criminales, tal vez lo peor que suceda es que le arranquen el bolso de la mano, y que sus nervios sufran una terrible sacudida, pero si deja de ser tan testaruda y hace caso a mi consejo, no tiene por qué sufrir nada de eso.

En esa ocasión Samantha se vio obligada a mirarlo. Su voz ya no tenía esa nota de frivolidad, sino que había sido reemplazada por una frustrada impaciencia que la asombró.

—¿Por qué se preocupa por mí, *senhor*? No soy responsabilidad suya. ¡Creo que es prerrogativa mía si quiero deambular sola por sus calles!

El nerviosismo hizo atrevida su voz, las despreocupadas palabras proyectaban el mensaje: «yo no soy uno de sus isleños subordinados, quienes saltan en cuanto lo ordena y obedecen todas sus indicaciones como si fueran una orden».

Él se ruborizó, luego se levantó. Se inclinó amablemente sobre la mano de ella para beneficio de los que observaban, pero murmuró

molesto:

—Por supuesto, tiene razón, *senhorita*, gracias por recordarme que debo mantener mi lugar.

* * *

La batalla con Rosalind no iba a ser ganada con tanta facilidad. Cuando a la mañana siguiente, temprano, Samantha expresó su intención de pasar el día sola en Funchal, su madre se puso furiosa. Greg también se mostró molesto cuando le recordó:

—Samantha, querida, la invitación fue extensiva para los tres… ¿no crees que el *senhor* se sentirá desairado con tu ausencia?

—Anoche me disculpé con él —se defendió—. No se incomodó.

—¡Pero no entiendo! —se quejó Rosalind—. ¡Ésta es una oportunidad en la vida, el enterarse cómo vive la aristocracia de Madeira! El señor Zarco no es un hombre ordinario, es parte de una leyenda. El rechazar su invitación sería una grosería. No puedo permitir que hagas tal cosa. ¡Irás con nosotros y no hay más qué decir al respecto!

Cuando Rosalind adoptaba ese comportamiento, se volvía sorda y ciega a cualquier argumento, sin embargo, la testarudez no le permitió a Samantha ceder por completo. Buscó un arreglo.

—Muy bien, madre, iré, pero sólo durante parte del día. Saldré a visitar la ciudad como tenía planeado, luego, después de almorzar, si el *senhor* quiere, puede mandar un coche a recogerme, frente a la casa do Turisma, donde estaré esperando.

Madre e hija intercambiaron miradas cargadas de ira. Cada una sabía que tendría que ceder un poco y que la única respuesta era llegar a un arreglo.

—Muy bien —aceptó Rosalind—, esperemos que el *senhor* acepte nuestras avergonzadas disculpas.

Sin sentir que había obtenido un triunfo, Samantha salió a visitar la capital por segunda vez. Media hora antes se había despedido de Rosalind y Greg. Había llegado un coche a recogerlos… manejado por un chofer, ¿qué otra cosa se podía esperar? En silencio se burló de sí por su poco caritativa actitud hacia el hombre que había mostrado tanta hospitalidad para con

ella y su familia, pero por alguna razón el resentimiento que le tenía, aumentaba conforme pasaba el tiempo y una fastidiosa emoción se imponía sobre cualquier otro pensamiento y no pudo disfrutar como pensaba, de su visita a la encantadora capital.

Mientras caminaba por las estrechas calles, ningún niño la molestó. Era como si se hubiera vuelto intocable, pensó con irritación, como si llevara la marca de Zarco.

Conforme avanzaba la mañana, volvía los ojos cada vez más a menudo hacia donde un anillo rodeaba las cimas más altas. El mar de nubes que él mencionó. Y más allá, la casa de muchos balcones. Por encima del anillo de nubes brillaba el sol sobre viñedos y plantíos de plátanos. Sin embargo, oculto por las nubes, estaba el misterio, protegido de ojos inquisidores, que sólo podía ser cruzado por invitación… una invitación que ella tuvo la osadía de rechazar.

Sin hambre a la hora del almuerzo, decidió llevar a cabo una de sus metas: probar uno de los platillos tradicionales de la isla. Eligió con cuidado el lugar donde comería, sin entrar en los que se dedicaban exclusivamente para turistas, hasta que encontró uno entre los muelles, un establecimiento oscuro separado de una roca sólida, donde en cada pequeña mesa había en el centro una botella con una vela encendida.

Empleando el mismo método que usó el día anterior, señaló hacia la mesa cercana donde un grupo de pescadores disfrutaban de platos llenos de un suculento guisado.

—*¡Sim, senhorita!* —asintió la robusta propietaria y luego en voz alta gritó hacia la parte interior—. ¡*Caldeirada* para la *senhorita*, pronto!

No era guisado, sino una deliciosa sopa de pescado, descubrió Samantha al saborear la primera cucharada.

—¡Mmm… delicioso! —felicitó a la mujer que esperaba—. *Muito bem.*

Después de terminar el último bocado, miró el reloj y decidió que era tiempo de moverse. Casa do Turisma estaba a unas cuantas calles de distancia y como ya había caído en desgracia con el *senhor*, no tenía deseos de traspasar los límites al tener esperando a su chofer.

En cuanto llegó al lugar señalado, el coche se detuvo a su lado.

—¿*Senhorita* Selby? —El chofer se quitó la gorra

respetuosamente.

Agitada y molesta por sentirse nerviosa, Samantha le permitió acomodarla en el asiento trasero donde de inmediato se tropezó con un tapizado tan lujoso, que no ayudó en nada a que se tranquilizara. Casi en seguida el auto comenzó a avanzar por un camino estrecho y empedrado que se elevaba hacia el mar de nubes. En los campos, al lado del camino, las mujeres y los niños se enderezaban para saludar a los ocupantes del coche. Aquí y allá el techo de una villa se asomaba a través del espeso follaje y conforme el automóvil ascendía, la vegetación crecía más espesa. Ella observó fascinada cuando el mar de nubes se acercó, y luego en cuestión de segundos el coche quedó cubierto por una bruma gris.

Para sorpresa suya vio que también allí trabajaban los campos las mujeres y los niños. Sorprendida por su valor de pasar la mayor parte del día en medio de tal humedad, experimentó antagonismo en contra del patrón de tan desafortunados agricultores.

De pronto, volvieron a salir una vez más a la brillante luz del sol y el coche recuperó la velocidad como si estuviera ansioso de dejar atrás la bruma. Samantha parpadeó, pensativa por el repentino cambio de la humedad al glorioso calor y todavía no lograba volver a la realidad cuando el coche entró en un sendero flanqueado por una reja abierta y siguió hacia una casa que se erguía sobre una franja verde, bordeada de flores y arbustos.

—*¡Parar!* —Frenética, buscó en su escaso vocabulario—. ¡Deténgase por favor, sólo un momento!

Por fortuna su primera palabra fue captada por el chofer o tal vez estaba acostumbrado a tales reacciones de los visitantes que veían la casa por primera vez.

Era grande, blanca, construida en piedra y, sin embargo, parecía etérea. En cada piso había balcones con balaustradas talladas en madera que parecían de encaje, y flores que caían en cascadas para formar una llamativa catarata de color.

—*¿Bela, senhorita, eh?…* —El chofer esbozó una sonrisa.

—Sí —murmuró excitada—. Es algo tan encantador que siento ganas de llorar.

Le permitió unos cuantos segundos más para disfrutar la maravillosa vista, luego, amable, pero ansioso para no hacer esperar a su amo, puso el auto en marcha de nuevo. Una figura estaba en lo

alto de unos escalones de piedra que conducían a la entrada principal de la casa. Samantha se sobresaltó al reconocerlo, pero procuró calmarse en los pocos segundos que el *senhor* Zarco tomó para bajar y ayudarla a salir del coche.

—¡Bienvenida a mi hogar, *senhorita*! —La tomó de un codo—. ¿Disfrutó de su recorrido?

—Sí, gracias —tartamudeó. El nerviosismo hizo que su tono pareciera acusador cuando agregó—: Hay tanto que quiero ver y tan poco tiempo…

—Entonces me siento honrado de que me haya dedicado unas cuantas horas —contestó con sequedad, llevándola hacia una pesada puerta tallada que estaba abierta—. Esperemos que el corto tiempo que nos dedicará sea suficiente.

Perpleja por su comentario, alzó los ojos para mirarlo.

—¿Suficiente para qué?…

—Para que podamos conocernos mejor —le sonrió con tal intimidad que la hizo ponerse a la defensiva.

—Yo diría que eso es algo inútil —comentó con frialdad—, considerando que me iré dentro de unas cuantas horas y no volveré.

Se volvió para evitar que esos ojos penetrantes trataran de examinarle el alma.

—Ah, *senhorita*, pero toda una vida puede vivirse en unas cuantas horas. Tome en cuenta que sólo se necesitan segundos para que nazca un niño; para que abra un capullo, para que un terremoto sacuda la tierra. Siento que ya conozco mucho de usted, por ejemplo, sé que es una persona solitaria, celosa de su intimidad. Y también que compadece a los pordioseros… me pregunto si sus ojos que me miran con frialdad se posarían más amablemente en mí, si me presentara descalzo, con harapos y ofreciéndole un ramo de flores marchito.

Resentida por la burla, trató de ponerlo en su lugar.

—Tiene usted razón acerca de una cosa. Sí, resiento la intrusión en mi intimidad… pero más aún resiento su desdeñosa actitud hacia los menos afortunados que usted. Sería bueno que recordara que no hay un ser en la tierra, que en algún momento de su vida no tenga que rogar. Y aunque parezca poco probable, le llegará el turno y cuando eso suceda, espero que reciba más misericordia que la que está dispuesto a dar.

Él dio un paso atrás, sorprendido por su vehemencia.

—Le ruego me perdone, *senhorita*, porque de haberme dado cuenta del grado de su resentimiento, no hubiera soñado en molestar. Es notorio que para usted, la soledad es un vino fuerte e intoxicante… pero cuídese de que no se convierta en un tónico amargo, o peor aún, en un veneno que la haga querer escapar a toda costa de la celda que está construyendo alrededor de su corazón. Venga, entremos —ordenó y luego agregó con poca amabilidad—: La veo acalorada; tal vez le gustaría refrescarse antes que la presente con mi tía, que está esperando conocerla.

Capítulo 3

Samantha lo precedió al interior de la casa, demasiado pequeña para poder llamarla un palacio. El equivalente más cercano que pudo pensar, fue el de una mansión, porque estaba construida en el centro de una propiedad agrícola y también era una aristocrática residencia en el campo. Castillo sería mejor, decidió, al entrar en el vestíbulo con piso de azulejos y muros con paneles de castaño español.

El techo tenía espacios triangulares en los que unos leones tallados jugueteaban con abandono. En lo alto de la escalera había una ventana con marco tallado. Y encima, el escudo de la familia Zarco, un gallo con la cresta erguida y las plumas de la cola alborotadas… un símbolo de agresiva masculinidad, que hacía superflua la traducción del lema que tenía debajo.

Era la casa de un noble corsario; como su propietario, quien un segundo presentaba el rostro de orgullo aristocrático y al siguiente confundía con su impúdica diablura.

El señor Zarco la acompañó al piso superior, luego se detuvo frente a una de las puertas del pasillo.

—Dentro de unos minutos mandaré a una camarera para que la acompañe a bajar a la sala principal, donde estaremos esperando.

Mientras se lavaba las manos, Samantha estuvo consciente de la separación mental y física de él. Se puso a pensar en el antagonismo que había surgido entre ellos, y aceptó que la culpa era de ella. Cada vez que se encontraban, experimentaba una sensación que la movía a rechazar cualquier gesto amistoso.

Su palidez hizo que la joven camarera se preocupara cuando la

vio.

—¿Se siente mal, *senhorita*?

—Estoy bien, sólo tengo un ligero dolor de cabeza. Por favor, muéstreme el camino.

Hubiera sido interesante quedarse en la galería de los retratos para examinar los rostros de los Zarco muertos hacía mucho tiempo y los dibujos de cómo había sido la casa hacía siglos, pero apenas le quedó tiempo de hacerlo, porque la camarera que bajó la escalera con rapidez, abrió un lado de la puerta-ventana y anunció jadeando:

—¡La *senhorita* Selby!

Rosalind y Greg, sentados en cómodos sillones, interrumpieron su conversación con los otros ocupantes del cuarto, cuando Zarco dio unos pasos al frente y tomó a la joven de la muñeca para conducirla adonde estaba la dama de cabello blanco, sentada con la majestuosidad de una reina en una silla de respaldo alto.

—Tía Luisa —hizo que Samantha se adelantara—, ésta es la *senhorita* de quien hemos estado hablando.

Samantha sintió un dolor intenso detrás de los ojos. Parpadeó y de alguna manera logró agradecer la presentación. Tenía una hora tratando de ignorar un agudo latido en el interior de su cabeza. El dolor se agudizó y perlas de frío sudor comenzaron a formarse en su frente. Como si llegaran desde muy lejos, oyó exclamaciones de alarma y luego comenzó a temblar.

—¡Que diablo! *Senhorita*. ¿Qué pasa?… —La voz del *senhor* sonó desde muy lejos, aceptó agradecida su brazo cuando un terrible dolor le atravesó el estómago, seguido por la náusea demasiado familiar que la había molestado durante todo el viaje.

—¡No puedo estar mareada, no en tierra!… —no supo si dijo las palabras en voz alta o si sólo las grabó en su mente. Sintió que se tambaleaba y se aferró del objeto sólido más cercano, luego pareció caer en un abismo.

* * *

Cuando volvió en sí, todo estaba tranquilo, y el dolor de cabeza, de estómago y náusea, habían desaparecido. Abrió los ojos y cautelosa sintió el colchón debajo de su cuerpo. ¿Estaba de regreso en su

camarote? No, no había nada del terrible movimiento que había agravado su enfermedad anterior y a pesar de que el cuarto estaba a oscuras; supo que era amplio, no el pequeño espacio en que se vio confinada mientras cruzaban el Atlántico. Lentamente movió la cabeza y vio una lámpara sobre la mesita de noche que despedía un círculo de luz dorada sobre una cabeza inclinada.

—*¿Senhor?…* —Sentía los labios secos.

De inmediato la cabeza se enderezó y un rostro sombrío por la preocupación se iluminó con una sonrisa. Para sorpresa suya, notó que él llevaba puesta una bata en lugar de la chaqueta de etiqueta.

—¿Cómo te sientes, querida? —preguntó con voz tan suave como una caricia.

—Sedienta… —Trató de tragar.

Él se estiró detrás del pozo de luz y sacó de la penumbra una botella envuelta en papel aluminio y un vaso en el que escanció un chorro de líquido dorado.

—¿Champaña? —preguntó ella con debilidad—. ¿Vamos a tener fiesta?

Su corta risa fue triste.

—Deberíamos celebrar tu recuperación, pero no, esto te fue recetado. Nos diste unas cuantas horas de preocupación. Cuando te desmayaste llamamos a un médico, quien de inmediato diagnosticó envenenamiento por alimentos. Es posible que tu abdomen se sienta sensible por un tiempo, porque insistió en que era necesario un lavado de estómago, pero esperaba que mejoraras con rapidez y cuando se fue dejó instrucciones para que durante las próximas veinticuatro horas, sólo tomaras líquidos, de preferencia un poco de champaña. Así que tómala, querida, y sólo por esta vez puedes disfrutar del lujo sin que te remuerda la conciencia.

A ella le dio gusto aceptar su hombro como apoyo cuando la enderezó para darle la burbujeante medicina. Agradecida lo bebió.

—¡Mmm…! —Con un murmullo de satisfacción se acurrucó con más comodidad contra su hombro.

—Termínala —urgió él—, te hará bien.

Ella bebió hasta que estuvo vacío el vaso, luego, cerró los ojos sintiéndose un poco mareada y aturdida. Consciente del brazo de él alrededor de sus hombros y de la sensación de la rica seda debajo de su mejilla, murmuró soñolienta:

—Puedo sentir los latidos de tu corazón… ¿siempre late en esa forma tan irregular?

—Sólo cuando tengo en mis brazos a una chica bonita —replicó con sequedad antes de apartar el brazo y colocarla con firmeza contra las almohadas—. *¡Bom noite, gatinha!* ¡No dudo que mañana al despertar hayas vuelto a sacar tus garras!

* * *

Cuando despertó al oír el ruido de una cuchara al tropezar contra un plato, el sol se filtraba a través de las persianas entrecerradas. La joven camarera que había conocido la noche anterior, estaba parada al lado de su cama sosteniendo una bandeja.

—*¡Bom dia, senhorita!* El *senhor* ordenó que le trajera el té.

Samantha se enderezó, sorprendida, pero también aliviada de sentirse tan bien.

—Muchas gracias… ¿cómo se llama usted?

—Bela —la chica hizo una reverencia—. Mientras esté usted aquí, seré su camarera personal.

Cuando captó el sentido de la frase, Samantha soltó la cuchara.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo he estado aquí? Traiga mi ropa, Bela, debo irme al muelle antes que zarpe el barco.

Bela movió la cabeza y arregló las mantas que Samantha había hecho a un lado en su agitación.

—El barco ya se fue, *senhorita*, zarpó a medianoche. Pero no tiene por qué preocuparse, hubo un arreglo de que se quedaría usted aquí hasta que regrese la embarcación.

No tenía objeto discutir con Bela. Mientras se vestía, notó que sus movimientos eran lentos. Se sentía débil, aunque ya no enferma, vacía, y con la mente llena de preguntas.

En contra de los deseos de Bela, insistió en bajar para buscar a alguien de la casa que pudiera explicarle por qué su madre y Greg, la habían dejado a merced de unos extraños. Los cuartos del piso inferior estaban desiertos, pero al salir a la terraza que daba al jardín, vio una mesa colocada a la sombra de unas buganvillas. Se quedó atónita pero oyó el golpeteo de un bastón contra los azulejos y al cabo de algunos segundos oyó una voz modulada que le dijo:

—*Bom día, senhorita*. Espero que estés recuperada.

Era la vieja dama que sólo vio durante un segundo la noche anterior.

—Sí, gracias, *senhora*… —vaciló, incapaz de recordar con que nombre la habían presentado.

—Llámame tía Luisa —inclinó la cabeza con majestuosidad, aunque no sonrió—. ¿No tienes objeción de hacerlo, querida? Uno de los beneficios de ser vieja es que las flaquezas que no se toleran en la gente joven, se aceptan en los viejos, así que yo siento, que si estás destinada a jugar un papel importante en los asuntos de mi familia, podemos dejar a un lado las formalidades y dedicarnos de inmediato a la tarea de conocernos una a la otra.

Samantha se preguntó si la dama no estaría un poco mal de la cabeza, cuando respondiendo a una indicación se sentó frente a ella en la mesa. Trató de darle una explicación.

—Me… me siento honrada de que desee usted llegar a conocerme, pero temo que tal vez está un poco confundida acerca de las razones por las que estoy aquí. Soy una completa extraña para su familia, su sobrino y yo sólo nos hemos visto en tres ocasiones, y nuestro intercambio de palabras ha sido muy superficial.

Tía Luisa hizo a un lado su explicación.

—Creo que todavía tienes mucho que aprender acerca de mi sobrino, pero el hecho de que te haya invitado a su hogar es indicio de su propósito. Los Zarco son galanteadores impulsivos, querida mía. No temas si te hace perder la cabeza, y no trates de luchar contra él, sería inútil —sus viejos pero todavía brillantes ojos, recorrieron con lentitud el perplejo rostro de Samantha, valorando cada rasgo y una sonrisa de satisfacción pareció indicar que estaba complacida con lo que veía—. Sí, aún sin conocerte, hubiera podido describir cada detalle de tu aspecto. Los Zarco se sienten atraídos hacia la delicada feminidad… no necesitas creerme, visita la galería de los retratos y ve por ti misma las bellezas de ojos solemnes y de huesos diminutos, que aparecen con monótona regularidad dentro de cada generación de esposas de los Zarco. Sí, ustedes están destinados a ser uno para el otro, es obvio que tú eres la que Joao había estado esperando.

Samantha tomó un sorbo de café caliente, sorprendida por los

terribles comentarios de la dama, y desconcertada por la determinación con que habló. Su corazón comenzó a latir desesperado. Por lo que se refería a la familia Zarco, al parecer era suficiente expresar un deseo para que éste se cumpliera. Pero luego se apoderó de ella el sentido común. La edad de la tía Luisa la había hecho vulnerable a imaginar cosas, y sería más amable si no discutía y llevaba la conversación hacia temas más seguros.

—¿Ha vivido mucho tiempo con su sobrino? —inquirió y cogió una tostada.

—Esta casa ha sido mi hogar durante muchos años. Mi esposo murió poco después de casarnos y como yo no tenía hijos, mi hermano, el padre de Joao, se hizo cargo de mí de inmediato. Así han sido siempre los Zarco —en forma astuta desvió la conversación para seguir hablando del tema que ella quería—, en cuanto ven la menor señal de debilidad femenina, sienten un deseo irresistible de demostrar su fuerza. ¿Siempre has sido delicada, niña? —La atrevida pregunta casi hizo que Samantha dejara caer la taza. La hizo a un lado cuidadosamente, determinada a que las ideas de la dama tenían que ser suprimidas.

—No soy delicada. Jamás he sufrido en mi vida una enfermedad seria, aunque hace poco estuve en la cama debido a un ataque de gripe. Un crucero, que se suponía ayudaría a recuperarme, resultó ser el peor remedio que pude haber escogido. Por los mareos no pude comer, por lo tanto, perdí peso, y también supongo, que este último y desafortunado incidente, es responsable de que usted piense que soy delicada, pero le aseguro, *senhora*, que soy tan fuerte como un caballo… y tengo que serlo —logró reír—, si se toman en cuenta las exigencias de mi trabajo.

El pedazo de naranja que la tía Luisa estaba a punto de meterse en la boca se quedó en el aire.

—¿Por qué te comparas con un caballo? A ustedes los ingleses les encanta hacer esa clase de comparaciones. Pero bueno, la falta de presunción no es algo malo. No debes ser tú, sino otros, los que señalen que tienes la gracia de una gacela, la timidez de un ciervo joven, los inquisidores ojos de una criatura. ¿No lo crees, sobrino mío?… —La última pregunta la hizo mirando por encima del hombro de Samantha, y ésta no tuvo necesidad de volverse, porque ya había sentido la presencia del dominante *senhor*.

—¿Que esta criatura debía estar aún descansando en su cuarto? Por supuesto que sí, tía —aceptó y le reprochó—. Creí poder depender de ti para ver que eso se hiciera.

Eso fue demasiado para Samantha. Hablaban de ella como si fuera un objeto, un paquete que podía ser depositado donde ellos decidieran. Se levantó de inmediato.

—Hay cosas que tenemos que discutir, *senhor*. ¿Podrías dedicarme unos minutos para responder unas preguntas apremiantes?

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Escrutó su pálido rostro—. Habrá otro día… muchos más en los que hablaremos. ¿No sería mejor que descansaras en tu cuarto?

—No puedo descansar cuando mi mente es un torbellino —replicó, irritada. Entre los dos, la hacían sentir como si la manejaran.

Él pensó un momento y asintió.

—Muy bien. Discúlpanos, tía, te dejamos para que termines de desayunar sola.

—Por supuesto, por supuesto —los dedos con varios anillos les hicieron señas para que se fueran—. Tal vez no esté tan fuerte como un caballo, pero sí muy irritable. Sé paciente, Joao o huirá.

Samantha giró en redondo, furiosa por la ceguera de la vieja dama para aceptar razones y ansiosa de poner las cosas en claro, por lo menos con un miembro de la familia Zarco.

—Ven a mi estudio. —Joao le agarró la muñeca—. Como dices, tenemos que hablar para que puedas encontrar la paz que buscas.

Había tranquilidad en el lugar adonde la condujo. Muros color crema, sobre los que colgaban ocasionales pinturas. Unos sillones tapizados en cuero rojo oscuro, donde una chica podría perderse, y estantes del techo al piso llenos de libros. Al parecer en este cuarto el *senhor* hacía la mayor parte de su trabajo, según se podía notar por el escritorio lleno de papeles.

—Ahora —la condujo a una silla a la que no le daba el sol—, dime la razón por la que tienes el ceño fruncido. ¿Qué te preocupa, querida? Bela ya me aseguró que te sientes bastante bien, así que no puede ser nada relacionado con tu salud.

—De una vez por todas. —Samantha apretó los dientes—, ¿quieres creerme, por favor, cuando digo que mi salud es perfecta?

Puedes estar seguro de ello… y también asegúraselo a tu tía.

Joao enarcó las cejas pero no la interrumpió. Ella pensó que le daba por su lado, y sintió un antagonismo tan intenso que sus manos comenzaron a temblar. Él se las cubrió con las suyas. Demasiado asombrada para protestar, ella lo miró desconcertada. Nada de ella parecía escapársele a él, su actitud era en extremo posesiva, pero ella no tenía la intención de dejarse poseer.

—Déjame tranquilizar tu mente —la joven se estremeció por la caricia de su voz, por la confianza de su tacto que estaba destinado a calmar, pero que en vez de eso aumentaba su agitación—. Comenzaré por el principio. Anoche, cuando te enfermaste, por supuesto que tuvimos que respetar los deseos del médico, de que no te movieran. A tu madre y padrastro no les quedó otra elección que regresar al barco, pero se sintieron felices de dejarte a mi cuidado mientras ellos proseguían con las vacaciones en Tenerife que tenían planeadas. Como señaló tu padrastro, el navegar no es para ti, así que recuperarás tu salud con más rapidez en tierra. Estoy seguro de que disfrutarás de tu estancia aquí… ¿No te quejaste ayer de que había tanto en la isla que querías ver y que tenías poco tiempo para hacerlo? Pues ahora dispones de cuatro semanas, el tiempo que tu madre y padrastro se quedarán en Tenerife. Cuando el barco los recoja en el viaje hacia el norte, atracarán aquí, pero para entonces, espero que estés del todo restablecida y tan enamorada de nuestra isla, que te sentirás persuadida a quedarte. ¿Qué te parece, querida, podrías pensar en Madeira como en tu hogar permanente?…

—¡Esas bromas no me parecen divertidas! —Se levantó para evitar los ojos que esperaban una respuesta y dándole la espalda, se dirigió a la ventana para mirar hacia afuera, mirando sin ver el jardín. No lo oyó moverse y saltó de susto cuando él le habló al oído.

—No hago bromas —hablaba en serio—. Por alguna desgraciada razón, estás sola para salir adelante en un mundo sin compasión. Me pregunto acerca de tu padre, que te legó tu encantadora solemnidad… ¿por qué no te toma él bajo su protección, cuando tu madre se preocupa tan poco de ti?

Samantha se sobresaltó.

—Él jamás se ha preocupado por mí —la dolorosa afirmación se le escapó antes que pudiera evitarlo—. Pero de todas maneras —se

apresuró a agregar—: no necesito a nadie. Soy capaz de manejar mi propia vida, gracias, así como he hecho hasta ahora con mucho éxito.

—¡Ja!… —No hubo necesidad de más palabras después de la desdeñosa exclamación. Él la hizo volverse para que lo mirara—. Ahora estás a mi cuidado, así como cualquier persona a la deriva arrojada sobre mis playas. Estoy consciente de mi obligación de cuidarte; eres mi responsabilidad. Pero como hay ciertas dificultades para que pueda hacerlo como debe ser, decidí que sólo me queda un camino: tenemos que casarnos. No pongas esa cara tan consternada —la calmó—, tendrás bastante tiempo para acostumbrarte a la idea. Como se tienen que hacer muchos arreglos, dudo que la ceremonia pueda llevarse a cabo antes de dos semanas…

Capítulo 4

Samantha se quedó mirando con fijeza las cortinas que se movían con la suave brisa. Eran de color crema, de encaje tejido a mano con un dibujo que se repetía por todas partes. Encontró una línea de pétalos de encaje a lo ancho de la cortina y comenzó a contarlos, concentrándose mucho para que ninguno se le escapara, pero cuando llegó a la orilla, volvió a comenzar una y otra vez. Dio un suspiro de alivio cuando el total de la segunda vez, fue igual al primero. ¡No estaba perdiendo el juicio! A diferencia de los residentes de la casa de muchos balcones, ella estaba cuerda, como lo demostró el ejercicio de concentración. Consolada un poco por el pensamiento, comenzó a evaluar una vez más la increíble afirmación del *senhor* Zarco.

Enseñado desde su nacimiento a gobernar, ¿no se daba cuenta de que fuera de su pequeño mundo isleño, la gente ya no era esclava de los caprichos de un amo y que las chicas eran libres de elegir marido? Trazó sus planes con tanta seguridad que ella no dudó que creía cada palabra. Al principio rió, pensando que era una tremenda tomada de pelo, pero eso fue reemplazado por un intenso rubor, cuando él le tomó la barbilla para recordarle:

—Creo que podría disfrutar mucho estando casado contigo. Anoche, cuando ronroneaste como un gatito contra mi hombro, vislumbré a la verdadera persona oculta bajo una capa de valor que utilizan las generaciones de mujeres hoy en día en nombre de la liberación. ¡Durante un rato, tus afiladas garras se ocultaron y fuiste una mujer… el champaña se te subió a la cabeza y tú a la mía! —La hizo salir de su estupor—. Ahora, insisto en que regreses a tu cuarto

y te quedes allí lo que resta del día. Esperaré ansioso tu compañía esta noche, a la hora de cenar.

Ella obedeció.

Con apatía se desvistió y metió bajo las sábanas. Durante generaciones los hombres de la familia Zarco se habían pasado el cetro unos a otros, así que tal vez su autócrata comportamiento podía ser comprendido aunque no tolerado. Esa velada se lo diría, se prometió soñolienta, en pocas palabras le haría entender el hecho de que ella era una chica inglesa liberada, de veinte años de edad, que se había manejado sola durante casi toda su vida y tenía intenciones de seguirlo haciendo así. No pensaba renunciar a su libertad por un déspota hombre portugués.

Su ropa, como descubrió cuando despertó, había sido llevada del barco a la casa. Bela parecía desilusionada por lo escaso de su guardarropa, pero su rostro se iluminó de admiración, cuando sacó una nube de organza azul, que Samantha había decidido ponerse.

—¡Qué colores tan bellos! —exclamó entusiasmada—, el profundo azul del océano y el más pálido azul del cielo. ¡Estará encantadora, *senhorita*! —suspiró con envidia.

Samantha dirigió una mirada superficial al vestido. Era uno excepcional, muy admirado, una obra de arte ideada por su amiga diseñadora.

Cuando Bela le subió el cierre, Samantha tuvo la sensación de que se hundía entre nubes de la tela, su cabeza rubia y alabastrinos hombros, adquirieron una delicadeza de camafeo. Sintió que se estaba metiendo en aguas muy profundas y sus ojos color zafiro se pusieron casi negros cuando, mentalmente, hizo acopio de su pequeña reserva de energía, antes de bajar a luchar contra la fuerte determinación de Zarco.

Pero cuando entró en la sala, donde Joao y su tía la esperaban, su saludo fue impersonal, después de sólo un rápido destello de aprobación en su mirada.

—Eres muy puntual, *senhorita*, un detalle que en general no es considerado importante por las de tu sexo.

La tía Luisa sonrió.

—Ven a sentarte a mi lado, querida —señaló el sofá de brocado —. Joao te preparará una bebida mientras nosotras continuamos la charla que tan abruptamente dejamos esta mañana.

Samantha sintió que se le hundía el corazón, cuando se sentó al lado de la dama y sus ojos reflejaron su congoja, pero para alivio suyo, la tía Luisa habló de temas generales. Pensó que si ambos se comportaban, podría disfrutar de su compañía.

Como si hubiesen adivinado su secreto deseo, decidieron ponerla cómoda, y pronto lograron que sonriera.

—¿Qué te parece nuestro vino de Madeira? —preguntó la tía, indicando el vaso que Samantha tenía.

—Exquisito —aseguró Samantha con honestidad, disfrutando de la calidez que se extendía por cada parte de su cuerpo.

La vieja dama asintió otra vez, muy complacida.

—Nuestro vino es famoso en todo el mundo. ¿Qué le diste, Joao?

—Malvasía —sonrió— o Malmsey, como mejor lo conocen los ingleses. A pesar de que el Verdelho es gran aperitivo, pensé que el dulce sería más de su agrado.

—Es suave. —Samantha encontró confianza para sonreírle y luego bajó la mirada con rapidez.

—Debes llevarla a dar un recorrido por los viñedos, Joao, le interesará ver las uvas, la forma en que progresan de la vid al tonel —la tía volvió a prestarle atención a Samantha—. El vino Malmsey, fue introducido a esta isla en el siglo quince, querida. Antiguamente, el vino era llevado en barcos, que navegaban a todas partes del mundo, y los toneles almacenados durante mucho tiempo en las bodegas de las mismas. Cuando una cantidad de vino regresaba de las Indias Orientales sin ser vendido, se descubría que su calidad había mejorado mucho por el largo viaje en mar y se creó una nueva marca… vinho do Roda… vino alrededor del mundo. Tenemos la suerte de poseer unas cuantas botellas de ese vino, pero como es tan escaso, lo guardamos para ocasiones especiales.

—¿No se daña manteniéndolo tanto tiempo? —preguntó Samantha.

—El vino de Madeira puede ser guardado en toneles o botellas durante más de cien años, sin temor de que desmejore su calidad. Dentro de poco, te convencerás por ti misma, pero estoy segura de que antes de que pase mucho tiempo, usaremos algo de ese vino para brindar por una ocasión especial.

Samantha alzó la cabeza a tiempo para sorprender a Joao haciéndole una señal de advertencia a su tía. Era como si hubieran discutido la situación y hubiesen decidido andar con cuidado, pero que tía Luisa, estuvo en peligro de olvidarlo.

Sonó el *gong* para anunciar la cena. Samantha se estremeció por la impotencia. ¿Qué defensa tenía en contra de tan sutil conspiración y del encanto que ellos poseían?

La cena no fue la penosa experiencia que temió. La deliciosa comida servida con muy buen gusto, una amplia variedad de vinos y una agradable conversación, ayudaron a Joao a portarse atento sin traicionar su posesividad que ella había comenzado a temer. Con destreza él le hizo contar detalles de su vida y frunció el ceño cuando la joven relató su niñez y desaprobó las arduas horas de trabajo.

Su tía sólo interrumpió cuando Samantha habló con entusiasmo de sus próximos exámenes finales y del trabajo que esperaba llevar a cabo, una vez que los certificados estuvieran en su poder.

—Todas esas horas de trabajo y estudio —refunfuñó—. Me parece muy bien ser una enfermera eficiente, pero estoy segura de que en tu caso, no se puede justificar tanto desgaste de energía:

—¿En mi caso, *senhora*? —Samantha arqueó las cejas y preguntó con amabilidad—: ¿por qué debo ser distinta del resto de mis amigas enfermeras?

Ignorando la mirada de advertencia de Joao, la vieja dama contestó irritada:

—Porque no estás bien preparada para ese trabajo; el destino decretó desde hace mucho, que tu cabeza debe descansar sobre una almohada de pluma y tus pies sobre un taburete de seda. De no ser así, ¿por qué crees que Dios te dio atributos para hacer que un hombre se vuelva loco? Deja ese trabajo y concéntrate en recuperar tu energía para poder darle hijos al hombre que amarás y quien te amará —sin agregar más, alejó su silla y se levantó—. Si no les importa, prescindiré del café, me siento cansada. Buenas noches, niños, y recuerda, Joao, no la dejes desperdiciar la velada hablando de vendas y enfermos.

Samantha se quedó mirándola furiosa cuando él rió, y también observó a la vieja tirana salir del cuarto.

—Tu tía es atroz… —comenzó a decir acalorada, pero luego se

quedó en silencio, fascinada con aquel rostro bronceado. Su corazón dio un vuelco para advertirle que tuviera cautela con el atractivo de un hombre por cuyas venas corría la sangre de más de un antepasado moro. Cuando él se quedó mirándola, la chica sintió un estremecimiento de aprensión y buscó una excusa, para seguir el ejemplo de la tía Luisa. Pero no pudo, porque él sospechó su intención, se levantó y se le acercó con indolencia.

—Ven, *beleza*, tomaremos el café en la sala que está más cómoda, y donde tal vez te quite esa expresión que me dice que sospechas que estás entre *a espada e a parede*… entre el diablo y el profundo océano azul —tradujo. Eso fue lo que Samantha experimentó al seguir de mala gana sus instrucciones. Las luces de la sala eran tenues y cuando él se acomodó a su lado en el sofá, se sintió envuelta por la intimidad.

—¿Quieres tomar un licor con tu café? —La pregunta disminuyó sus temores hasta el momento en que vio su penetrante mirada.

—No… no, gracias —tartamudeó consciente de que necesitaba mantenerse alerta.

—Relájate, *namorada*, no tengo la intención de morderte.

—Me gustaría que no usaras palabras que no entiendo.

Él rió y dejó a un lado la copa, para inclinarse tan cerca que ella se quedó petrificada.

—Pero creo que sí entiendes —le acarició una mejilla—. ¿Por qué si no arden tus mejillas… tienen el color de las amapolas salvajes?

—No… no es tanto lo que dices, sino la forma en que lo dices. Creo que lo haces para avergonzarme.

Él inclinó más la cabeza con los ojos fijos en aquellos labios temblorosos.

—Permíteme traducir. *Amável*… adorable —ella contuvo la respiración—. *Beleza*… hermosura —ella oprimió los hombros contra el respaldo del sofá—. *Namorada*… amor —sus labios estaban a unos milímetros de los de Samantha—. ¡*Querida*… tesoro! —La última palabra la pronunció contra sus labios al mismo tiempo que la abrazaba y le daba un beso apasionado.

La joven no tuvo fuerza para luchar en contra de la tormenta de sentimientos que se apoderó de ella, y para apoyarse se aferró contra el pecho de él, duro como roca, mientras resistía la

tempestad de emociones. Metió los dedos entre el cabello oscuro y los apretó cuando los labios masculinos que la torturaban, bajaban a lo largo de su cuello. Protestó, pero él no oyó… o no hizo caso… porque estaba decidido a seducir, a hacer que ella perdiera la razón.

Samantha le rogó en medio de lágrimas:

—Suéltame, por favor, *senhor*…

—¡Jamás, amada! —Levantó la cabeza y la miró con fijeza. Samantha se estremeció como si la tocara el fuego y ladeó la cabeza para evitar un beso que sabía le quitaría la poca resistencia que le quedaba.

En ese pequeño segundo, él aflojó su brazo y ella saltó para poner entre ellos todo el tamaño del sofá.

—¿*Senhor*, siempre tomas lo que deseas? ¡Creí que podría confiar en que actuarías como un caballero! —A punto de estallar en sollozos, se frotó los labios con el dorso de la mano y agregó entre dientes—: ¡Se supone que la cortesía es el sello del hombre portugués!

Él se levantó, se paso los dedos por el cabello que le caía sobre la frente. Unos ojos peligrosos midieron la distancia entre ellos y cuando estaba dispuesto a acercársele de nuevo, ella, se echó para atrás, aterrorizada, porque sabía que si le ponía las manos encima una vez más, no podría oponer resistencia.

La reacción de ella actuó como freno a los impulsos masculinos.

Cuando habló, lo hizo tranquilo, casi conciliador.

—No me mires así, Samantha, no necesitas estar asustada.

—¡Oh! —se preguntó si esa voz despreciativa era la suya—. ¡Hasta hace cinco minutos te hubiera creído! —Luego, furiosa, gritó —: ¿Hubieras tratado a una chica portuguesa así?

—No —confesó Joao—. Jamás hubiera perdido el control a tal grado, con nadie más que contigo. Si te asusté, lo siento…

El nudo que sentía en la garganta se aflojó, sin embargo, no tenía la intención de perdonarlo con facilidad.

—Yo también, *senhor*, siento haber creído erróneamente que todos los hombres portugueses eran caballeros. Ahora entiendo lo que implica la cresta en el escudo… a través de los años, los hombres de la familia Zarco deben haberse hecho a una gran reputación por tener la moral de gallos de granja.

Él levantó la cabeza con orgullo y le recordó:

—Yo no soy nada típico de mi raza; la familia Zarco está orgullosa de su ascendencia mora. Su primera afirmación fue la correcta, un portugués siempre recuerda que es un caballero… un moro, sólo recuerda que es un hombre.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, Samantha no deseaba bajar a desayunar porque no quería enfrentarse de nuevo con el hombre que le había arrancado el capullo de la inocencia y dejado al descubierto sentimientos de sensualidad. Durante casi toda la noche se movió inquieta en la cama, desconcertada por el hecho de que a pesar de que resintió el ataque de él, lo había disfrutado.

Muchos hombres se habían sentido atraídos por su aspecto, pero durante los últimos dos años, sus estudios la tenían absorta y tuvo poco tiempo para dedicarlo al sexo opuesto. Sin envidiar a sus compañeras enfermeras que siempre tenían tiempo para sus citas, ella enterró la cabeza en los libros, contentándose con aprender de lo que sus amigas le contaban. Sin embargo nada de lo que le contaron la había preparado para la experiencia de la noche anterior. Nadie le describió que la sangre podía correr feroz por las venas, ni que existía un éxtasis embriagador cuando unos labios exploraran el lóbulo de la oreja y murmuraran frases dulces, en ocasiones ininteligibles, pero siempre capaces de hacer que se le debilitaran las rodillas. Se avergonzó de su debilidad al recordar qué tan cerca estuvo de rendirse a la salvaje y dulce llama de la tentación.

Con lentitud descendió por la escalera y cruzó el vestíbulo. Oyó voces que salían de uno de los cuartos y vaciló al otro lado de la puerta entreabierta.

Un sexto sentido debió advertirle a Joao que ella estaba allí, porque la puerta se abrió más desde adentro y él se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—Aquí está, doctor. Mire qué bien resistió su perturbadora experiencia.

Samantha se estremeció porque percibió sarcasmo en el tono y pasó por su lado para entrar en el cuarto.

—Buenos días, doctor, me da gusto tener la oportunidad de agradecerle sus atenciones de la otra noche.

El médico se adelantó para estrecharle la mano.

—Era lo menos que podía hacer, *senhorita*, tomando en cuenta que nosotros fuimos indirectamente los causantes de su incomodidad —en respuesta a su mirada de asombro, él continuó—: El café donde almorzó ese día, es responsable de un envenenamiento por alimentos, cosa que me da gusto decir, ya tenemos bajo control. Nuestras leyes de salubridad tal vez no son tan estrictas como las de su país, pero tratamos por todos los medios de que se sigan. Se encontró al culpable y será multado. Pero permítame hacerle una sugerencia, *senhorita* —hizo una pausa para esperar que ella asintiera—. Se trata de que sería mejor que escogiera con cuidado los lugares donde come. Los turistas siempre están ansiosos de probar los platillos tradicionales de la isla, pero sería mejor no hacerlo en los cafés de los muelles.

—¡Que *diabo*! —La maldición fue lanzada sobre su cabeza—. No tema, doctor —afirmó Joao Zarco—. No se le permitirá volver a cometer de nuevo ese error.

—*¡Bem!* —aprobó el médico—. Entonces, sugiero, para ayudar a su recuperación, un poco de aire fresco y sol. Llévela a un recorrido por la isla para que llene sus ojos de belleza y su corazón de placer, pero —movió un dedo en señal de advertencia— trate con cariño al estómago todavía sensible y todo estará bien. *Bom dia, senhorita*, tengo la seguridad de que ya no necesitará más mis servicios.

El cuarto quedó en silencio cuando él salió. Samantha se acercó nerviosa a la ventana y con nerviosismo comenzó a plegar las delicadas cortinas. No lo oyó moverse, pero sintió que se acercaba y quedó rígida.

Él habló a su espalda, muy cerca, pero teniendo cuidado de no hacer contacto. Su voz, tranquila, le calmó los alterados nervios.

—*Recomeçar*, Samantha —ella no volvió la cabeza—. *Recomeçar*, significa comenzar de nuevo —explicó con lentitud—, es tal vez lo que mejor resume el, carácter del campesino de Madeira. Como

ninguna otra expresión, transmite la estoica actitud de una raza cuya vida se ve constantemente dominada por una tristeza interior. *Recomeçar*… cuando los frutos de meses de arduo trabajo en terrenos cuidados con esmero, son destruidos por una repentina tormenta, cuando la cosecha se pierde y sobre los plantíos quedan piedras y los restos de muros hechos con un costo de tiempo y trabajo muy alto. *Recomeçar*, cuando enormes océanos golpean la isla y las olas sumergen a aquellos barcos pesqueros que con valor se aventuraron a salir. Pero hay hijos que crecen para tomar el lugar de los padres que se perdieron. Samantha, ¿no podemos nosotros también, adoptar la actitud hacia la vida de los isleños? ¿Puedes olvidar nuestro tormentoso comienzo, los errores que cometí, el que haya entrado sin derecho en tu soledad, para que nuestra relación continúe sobre bases nuevas? ¿Si prometo no imponerme, no molestar ni ofenderte, estarías dispuesta a que comenzáramos de nuevo?…

Ella contuvo la respiración, alarmada. Lo que él le pedía era imposible. ¿Cómo olvidar jamás la sensación de sus brazos a su alrededor, la hambrienta exploración de sus labios, el torrente de apasionadas promesas que había derramado en su oído? ¿Quería ella olvidar?

—¿Pero se puede confiar en que mantengas tu palabra, *senhor*? —La pregunta estaba llena de duda.

Ella vio la arrogancia con la que ladeó la cabeza porque no estaba acostumbrado a que se dudara de su palabra. Pero su mal humor se extinguió por la sinceridad de su breve respuesta.

—Se puede.

Tenía que ser, porque ella sintió de alguna manera que el orgulloso descendiente de aventureros y exploradores se había humillado más en esos breves segundos que en toda su vida.

—Muy bien, *senhor* —la chica miró al frente, sin atreverse a encontrar sus ojos—, que sea *recomeçar*.

Él la hizo volverse para mirarlo, sin sonreír, pero muy satisfecho por el brillo de sus ojos.

—Sospeché que tenías un corazón generoso, Samantha, así que demuéstrame que tengo razón, llamándome por mi nombre. Por favor… entonces sabré que en realidad acabamos de comenzar de nuevo.

Ella se ruborizó mientras tartamudeaba:

—Si insistes, J… Joao.

Él recompensó su esfuerzo con una sonrisa que se prolongó a lo largo de un estimulante paseo en un coche deportivo, que los llevó hasta la cima de las montañas, donde el mar de nubes sólo se veía como un anillo fantasmal en la parte de abajo. Con el cabello ondeando y las mejillas arreboladas, Samantha se empapó de la vista espectacular de bahías y montañas; contuvo el aliento cuando Joao maniobró alrededor de pronunciadas curvas y avanzó a lo largo de estrechos caminos.

Se detuvo en un mirador que daba al mar. Él parecía muy joven y despreocupado, apoyó un brazo sobre el volante y volvió la cabeza alborotada por el viento en dirección a ella, y pudo contemplar su excitación.

—¡La vista es soberbia, diferente a cualquier cosa que jamás vi…!

—Así es —aceptó él, ignorando el lugar que su dedo señalaba para concentrarse en su juvenil belleza.

Ella se ruborizó y comenzó a sentirse intranquila. Él tenía el diablo metido… en los ojos, en su sonrisa, en la confianza con la que seguía mirándola.

—Adónde… ¿adónde me llevas? ¿A los viñedos o acaso a los plantíos de plátanos?

—A ninguno de esos lados. Siento que hoy mereces divertirte un poco. Sospecho que no lo has hecho hasta ahora, *gatinha*.

—¿Qué es *gatinha*? —suspiró exasperada.

—Gatita —y agregó—: Un rostro precioso de nariz respingada y ojos inquisidores pero con garras, que puede sacar en el momento más inoportuno y una disposición a divertirse, que me siento inclinado a satisfacer.

Cuando ella lo miró sospechosa, Joao rió.

—¡Nada de trucos, lo prometo! Hoy haremos lo que hacen los turistas… es una experiencia de la que no he disfrutado desde que era niño.

No le quiso decir más, pero volvió a poner en marcha el coche para seguir ascendiendo y a ella le pareció que el camino los llevaría a la cima del mundo.

Media hora más tarde, él volvió a poner los frenos. Dejó el coche

con el frente salido sobre la orilla de una colina que daba a un profundo valle y la condujo tierra adentro, donde asomada desde lo alto de una floresta, pudo distinguir apenas lo que parecía la torrecilla de un enorme edificio.

Las piedras y la maleza comenzaron a dar paso a senderos a ambos lados, jardines bien cuidados con arbustos de mucha edad, pero cortados en formas simétricas, y ordenados lotes llenos de flores tan bien conservados, que parecían aprisionados dentro de la rusticidad de la isla.

Cuando se acercaron, Samantha vio una blanca figura de mármol colocada sobre una base de piedra, situada en una alta montaña llena de pasto. La madona y el niño, miraban desde lo alto a todo el pueblo… majestuoso, sereno y consolador.

—Nuestra Señora de la Paz —le explicó Joao—. A menudo, cuando era niño, venía a contarle mis penas en silencio.

Resultaba imposible imaginarlo preocupado, aun a una temprana edad, sin embargo con cortesía replicó:

—Tu apego a este lugar es comprensible, *senhor*… Joao —se corrigió bajo su mirada—. Parece emanar una atmósfera de paz. La puedo sentir, es una seguridad que obliga a creer que todo estará bien. Gracias por traerme.

—¡Pero no te traje sólo para eso! —Su tono bromista rompió el encanto. Tomándola de un codo, comenzó a guiarla hacia el lugar de donde al parecer provenían voces y risas—. Disfrutarás de un paseo en tobogán —rió con ella—. Tanto los turistas como los de la localidad lo consideran una gran diversión.

La hizo bajar un tramo de escalones de piedra y la condujo a una calle empedrada con unas cuantas casas y una tienda general. La angosta callejuela estaba llena de hileras de turistas, esperando su turno en uno de los muchos trineos de mimbre, que salían con intervalos de medio minuto en un trayecto resbaloso. La ciudad de Funchal se veía en la parte baja, desafiando a los tímidos viajeros a renunciar al placer de una de sus más viejas costumbres.

Samantha retrocedió.

—Yo… yo no puedo. No tengo el valor…

Joao rió y la empujó hacia adelante.

—Puedes y lo harás —insistió—. La bajada parece más peligrosa de lo que es en realidad. Los hombres a cargo de cada trineo, son

ágiles y fuertes, no debes tener miedo.

—¡Tienen que serlo! —contuvo el aliento, al notar la rapidez con la que se deslizaban los trineos. Cada vehículo tenía dos asistentes musculosos, vestidos de blanco y con sombreros.

Antes de tener tiempo de protestar, Joao fue visto y dos hombres sonrientes halaron un trineo a su lado.

—Métete —casi la empujó hacia el asiento de madera, luego, saltó a su lado cuando el trineo comenzó a ganar velocidad para la bajada.

Una timidez natural la sobrecogió. Echando una mirada a los setos que pasaban volando, jardines que no eran más que una mancha de color, plantas de plátanos y viñedos, se rindió y enterró la cabeza en la consoladora oscuridad del pecho de Joao. Escuchó una risa, luego, sus brazos la rodearon sólidos y fuertes, abrazándola con ternura.

Cuando Joao la obligó a alzar la vista, comenzó a disfrutar de la regocijante experiencia. Él rió con ganas, muy divertido y ella imaginó a un niño de mirada solemne, cuya soledad en una casa en lo alto de la montaña, era interrumpida ocasionalmente por placeres como ése.

Sintió una inesperada afinidad. Ella también, había conocido la soledad de ser hija única, largas horas pasadas jugando sola, dirigiendo envidiosas miradas a grupos de familias felices, pobres en el sentido material, sin embargo, ricas en amor. Un niño solitario se convertía en un hombre solitario. ¿Sería posible que Joao Zarco, auto-suficiente y rico, fuera en realidad pobre en las cosas importantes… relaciones cercanas, comprensión y más que nada, amor?

Ella se estremeció, luego, frotó su mejilla contra la suave tela de la camisa masculina. Los músculos de él se flexionaron y cuando levantó la vista, notó la expresión de sorpresa en sus ojos oscuros. Entonces, el temor que le tenía a la velocidad, se convirtió en algo secundario ante los extraños y nuevos sentimientos que nacían en su interior.

Poco después el trineo se detuvo en una plataforma y cuando se bajaron de ella, montones de chiquillos, con los inevitables ramitos de flores apretados en sus manos, corrieron a rodearlos. El hecho de que Joao no los alejara de inmediato, sino que aceptara dos

ramilletes, dijo mucho acerca de su nuevo humor tolerante. Ella rió por el alboroto que siguió cuando arrojó un puñado de monedas sobre el pasto.

—¡Para ti, *bela gatinha*! —Con una burlona inclinación, le entregó los, ramitos de flores, marchitas por el calor de las pequeñas manitas que los empuñaban. Luego, agregó—: No es la muestra más impresionante de los jardines de nuestra isla, pero algunas veces, hasta la más común de las flores, puede ser portadora de pensamientos demasiado profundos para expresarlos con palabras.

—Gracias. —Samantha se estremeció, conmovida por la solemnidad del momento.

Él volvió a sonreír y tomándola de un codo, comentó:

—Ven, todavía no terminamos; queda mucha diversión. Antes que nada, viajaremos a la ciudad en una carreta tirada por un toro castrado, luego, después de comer algo, visitaremos el mercado de las flores, donde verás flores que no tienen comparación con otras en cuando a delicadeza, color y textura. Después de eso… —titubeó y encogió los hombros—, no haremos más planes, dejemos que la vida nos sorprenda.

No fue la vida, sino él quien la sorprendió, haciendo que el día fuera inolvidable con bromas que la obligaban a reír, con detalles que le demostraron que estaba muy consciente de su encantadora compañera y con curiosos momentos de silencio con los que se sentían cómodos, porque no tenían necesidad de palabras para comunicarse su felicidad.

El mercado de flores fue espectacular y Samantha supo que los embriagadores perfumes, así como los aterciopelados pétalos quedarían en su recuerdo para siempre.

Joao le llenó los brazos con infinidad de flores, tantas que su rostro casi se vio oculto por el follaje.

—Ya basta, Joao, no puedo cargar más. Además, es un desperdicio comprar tantas flores cuando los jardines de la casa están llenos de ellas.

—¡Pequeña dama mercenaria! —Por entre las flores le acarició el rostro—. Tú misma eres como una flor. Una encantadora especie nueva, descubierta sólo por mí. ¿Qué nombre te daré? —fingió pensar sosteniendo su mirada con ternura—. ¿Dulce Samantha? No,

eso es demasiado obvio. Hay que darte un nombre muy especial, uno impresionante para que destaque entre las muchas variedades exóticas, y sin embargo, que demuestre tu lealtad hacia mí. ¡Ya lo tengo! —Lanzó un silbo—. ¡La novia de Zarco! ¡Sí, eso es lo que serás!

Las palabras sonaron como una amenaza y ella se sobresaltó. Durante todo el maravilloso e inolvidable día, Joao había cumplido su palabra de no molestarla hablando de matrimonio y, sin embargo, ahora por alguna razón, había comenzado de nuevo a imponer su voluntad.

—Joao, prometiste…

* * *

Caminaron en silencio hacia el coche, que había sido bajado de la ladera de la montaña, por alguien. Siempre había manos invisibles trabajando para la comodidad de hombres importantes, pensó Samantha con amargura; hombres como Joao, que consideraban que merecían riqueza y posición para tener subordinados.

Cuando iban camino a su casa, su divertido humor había cambiado por completo. Estaba casi mal humorado y por ello Samantha hizo el intento de entablar conversación, quejándose un poco en silencio por haber echado a perder un día tan glorioso.

—Joao, debes entender que hablé en serio cuando dije que no puede haber matrimonio entre nosotros. Es demasiado ridículo para siquiera pensarlo… después de todo, sólo hace tres días que nos conocemos. Y además, está mi trabajo…

—Tu trabajo está aquí, *beleza*: de ahora en adelante, tu destino estará unido al mío.

—No hagas que me pelee contigo, Joao —lo miró con calma—. Creí que anoche te había hablado con claridad de mis sentimientos.

—Mi comportamiento de anoche fue desafortunado y, sin embargo, necesario. Las mujeres inglesas tienen la reputación de estar liberadas y aunque no condeno por completo esa actitud, no es una característica que me haría feliz encontrar en mi esposa. Lo que hice anoche sólo fue para asegurarme de que tu mirada de inocencia no era apariencia… una carnada para pescar… y para mi

gran satisfacción, descubrí que no era así. No mentí cuando dije que quería que comenzáramos de nuevo. Mi primer acercamiento fue demasiado brutal, no había medido entonces el grado de tu sensibilidad, pero de ahora en adelante me encontrarás considerado, generoso… es más —le dirigió una mirada maliciosa —, completamente irresistible.

—¡Así como testarudo, presumido y arrogante! —Lo miró furiosa y con las mejillas encendidas—. Pierdes tu tiempo, *senhor*. De una vez por todas, ustedes los Zarco, deben aprender que lo que hacen, la gente no lo acepta sencillamente porque ustedes deciden hacerlo.

Capítulo 6

Cuando regresaron a la casa, los esperaba una sorpresa. Samantha bajó de un brinco del coche y subió corriendo los escalones que llevaban al vestíbulo, ansiosa de deshacerse de la compañía de Joao. Pero se detuvo cuando desde el umbral de la sala, Rosalind le dio la bienvenida.

—Samantha querida, mi pobre niña, ¿cómo te sientes? —Su tono demostraba preocupación, sin embargo, dirigía la mirada por encima del hombro de Samantha hacia Joao, que iba detrás de ella, y avanzó hacia él con sensuales movimientos de bailarina—. *Senhor* Zarco, espero que no le importe que Greg y yo hayamos llegado de improviso, pero tuve que regresar. No disfruté de Tenerife, pensando todo el tiempo en que mi pobre niña necesitaba a su madre.

Samantha se escandalizó por los cínicos pensamientos que cruzaron por su mente: el hotel o la isla no fue lo que esperaban, porque de lo contrario, Rosalind no hubiera permitido que nada interrumpiera sus vacaciones.

El rostro de Joao era inescrutable, pero Samantha detectó una nota de sarcasmo en su cortés respuesta.

—Qué perspicaz es usted, *senhora* Rusell. Pero creo que se supone que todas las madres saben cuando sus hijos las necesitan, ¿no es así? Me da gusto que haya venido. Aunque Samantha está físicamente recuperada, quizá estará contenta de que la guíe en un asunto que hemos estado discutiendo. Espero que usted y su esposo sean mis invitados por el resto de sus vacaciones.

Aunque eso era lo que Rosalind esperaba, el éxito obtenido le

quitó momentáneamente la respiración.

—¡Gracias, *senhor*, es usted muy hospitalario! Ambos estaremos encantados de aceptar su invitación.

—Por favor, *senhora* Rusell, llámeme Joao. Su hija y yo ya estamos en términos muy informales —hizo una inclinación de cabeza y se alejó en dirección a su estudio, cerrando la puerta tras sí con despotismo.

—¡Bien! —exclamó Rosalind. ¡No creí que lo consiguieras, criatura! ¿Cómo diablos lograste atravesar esa máscara?

Samantha se desconcertó por las palabras de su madre, pero luego, recordó que se habían conocido poco y que sabía muy poco del verdadero carácter de Joao; además, comprendió por qué su madre se formó una impresión tan errónea. Sin embargo, no estaba de humor para explicar. Después de darle un beso en la mejilla se disculpó con rapidez.

—Tengo que recostarme, mamá. Me siento un poco aturdida… me imagino que por el excesivo sol. Veré a Greg más tarde. Por favor, dile que me perdone por no saludarlo de inmediato y que estaré ansiosa de verlo esta noche a la hora de la cena.

—Ah, no, querida —insistió Rosalind—, eso no será así.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Samantha, que los comentarios del *senhor* Zarco requieren una explicación. No puedes irte a tu cuarto y dejarme aquí imaginando cosas. Quiero saber todo lo que ha pasado aquí en los últimos días.

Samantha se pasó por la frente una mano, agotada.

—No sucedió nada.

Rosalind insistió con suavidad:

—Por tu tono puedo deducir que sucedió algo definitivo.

Incapaz de resistir más preguntas, Samantha se volvió y corriendo subió por la escalera para llegar a su cuarto. Pero Rosalind fue igualmente rápida y antes que Samantha cerrara la puerta, entró y la miró triunfante, a la vez que la acorraló contra la puerta.

—Ahora, hija mía, confía en mí, como sugirió el *senhor* Zarco. Dime qué quiso decir con eso de que ustedes dos estaban en términos muy informales.

Samantha dejó caer los hombros, derrotada. No podía competir

con su madre, y estaba cansada.

—No necesito tu consejo, madre. Ya le di la respuesta al *senhor*. Pero si insistes en saber, decidió que se quiere casar conmigo.

—¡Samantha! —Rosalind abrió los brazos y dio un paso al frente.

—Y yo le dije que ni pensarlo. —Samantha continuó apresurada, encogiéndose para no recibir el abrazo.

—¿Le dijiste qué?…

Samantha se acobardó por el siseo de disgusto pero trató de que su voz permaneciera calmada y prosiguió:

—Si me caso, seré yo la que escoja. Por alguna razón idiota, el *senhor* Zarco decidió que necesito que alguien me cuide y también, que él es quien está mejor calificado para hacerlo. No necesito decirte lo absurda que es su suposición, pero se niega a aceptar una negativa como respuesta y pone oídos sordos cuando le digo que me he cuidado sola, la mayor parte de mi vida. ¡Tal vez sí puedas ayudarme después de todo! Si alguien puede persuadirlo, eres tú. Dile, cómo durante años sobreviví en escuelas interna… inclusive quedándome allí durante las vacaciones si tú estabas de gira. Dile lo poco que nos hemos visto en los últimos años, de lo capaz que soy de manejar mi vida y de la poca necesidad que tengo de un marido posesivo que me maneje.

El rubor cubrió las mejillas de Rosalind.

—¿Estás loca? Uno de los hombres más ricos de Madeira te pide que te cases con él y tú, quieres que te ayude a rechazarlo. Entendería tu posición si fuera feo, viejo o estuviera lisiado, pero un hombre tan apuesto debe tener una hilera de chicas compitiendo para ver quién recibe una mirada de aliento de esos ojos hechiceros. Yo descuidaría mis deberes de madre si no te aconsejara aceptar su proposición. Es más, insisto en que aproveches esa oportunidad… Una chica como tú, no puede esperar tener tanta suerte en la vida, dos veces.

—Gracias por tu voto de confianza —dijo resignada al hecho de que ahora tenía dos batallas en sus manos. Caminó hacia la cama y se sentó en la orilla—. Ahora que ya sabes todo, mamá, ¿quieres irte por favor? Tengo que descansar para poder presentarme a la cena.

Rosalind se quedó mirándola y sopesó si ése era el momento o

no para insistir, pero su conciencia se lo impidió. Ni siquiera ella era tan desalmada para ignorar el cansancio de su hija.

—Tal vez tengas razón. Te dejaré. Creo que podremos discutir mejor cuando hayas descansado. Pero por todos los cielos, no hagas ni digas nada al *senhor* Zarco, sino hasta que hayamos analizado más la situación. Prométemelo, Samantha, no me iré hasta que lo hagas…

—¡Te prometo cualquier cosa con tal de que te vayas, mamá!

Después que Rosalind se fue molesta, Samantha se tendió en la cama, enterró el rostro en el edredón de seda y dejó que le cayeran las lágrimas, cosa que no disipó su angustia. Luego, se despreció por su debilidad y trató de pensar con calma, hasta que por fin cayó en el sueño.

* * *

Despertó a buena hora para bañarse y cambiarse para la cena. La atmósfera estaba pesada, presagiaba tormenta, y cuando se puso el vestido blanco sin mangas, perlas de sudor comenzaron a formarse en su frente. Decidió buscar un poco de aire fresco y bajó la escalera para dirigirse al jardín, cuando Greg la acechó al cruzar el vestíbulo. Tuvo la sensación de que la había estado esperando deliberadamente.

—¡Samantha!

Ella se sobresaltó.

—¡Ah, eres tú, Greg!

—Siento haberte asustado, querida. Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar antes de la cena.

—Iba yo a dar un paseo por el jardín ¿por qué no vas conmigo?

—Buena idea —agregó con entusiasmo aunque sin disimular su preocupación.

Una vez que salieron, caminaron un rato sin hablar. Samantha se dio cuenta de que luchaba en silencio para encontrar palabras y se detuvo al lado de una hilera de hortensias azules, para que dejara de sufrir.

—¿Te contó Rosalind?

—Sí, y espero que no te importe. Sé que no es asunto mío, pero

te tengo cariño, Samantha, así que no puedo dejar de preocuparme.

—Es muy amable de tu parte. Greg, yo también te tengo cariño —le apretó el brazo—, pero, por favor, no te preocupes por mí; no hay necesidad.

Con una violencia ajena a su naturaleza, él golpeó su palma con el puño.

—¡Pero sí la hay! Como le dije a tu madre hace un rato, no permitiré que te presionen para casarte con este hombre. No es que le tenga antipatía —se apresuró a agregar—, sino que está acostumbrado a salirse con la suya, como la misma Rosalind. Tu madre y yo tuvimos un terrible pleito. Le dije que todos nos iremos esta noche de esta casa a un hotel, pero se niega a hacerlo. Si tú y yo nos vamos, entonces no tendrá excusa para quedarse, así que quiero que subas de inmediato, querida, y hagas tus maletas mientras yo le escribo una nota de disculpa al *senhor* Zarco.

Samantha se sintió de mejor humor. La tentación de hacer lo que él sugería fue grande, pero aunque la tomó en cuenta, supo que no podía permitir que sacrificara su matrimonio por ella. Rosalind, jamás se lo perdonaría y a pesar de que por una vez, su sentido del deber se sobreponía a su gran amor por su mujer, la joven sabía que esa acción sólo produciría un amargo dolor.

Ella le pasó un brazo por los hombros para tranquilizarlo, y bromeó:

—¿Por qué todo el mundo tiene la idea de que necesito que me cuiden? Tú debías saber ya que soy capaz de tomar mis propias decisiones. A menudo te has quejado de mi testarudez, ¿recuerdas?

Aunque trató de no demostrarlo, su alivio fue notorio a pesar de que protestó.

—Sí, recuerdo, ¿pero es esa testarudez tan fuerte para soportar la presión de dos personas muy decididas? Amo mucho a tu madre, pero no me hago ilusiones acerca de su carácter. Puede ser dura, egoísta y hasta maliciosa, si no se sale con la suya. Una y otra vez he cedido, porque reconozco que ese comportamiento se debe a su inseguridad. No trato de disculparla —farfulló—, pero no debe haber sido fácil para ella criar sola a una hija, mientras luchaba por sobresalir en una profesión exigente. Sé que tú llevaste la peor parte, por eso, ahora que las circunstancias han cambiado para bien, creo que ella debía tratar de resarcir esos años de descuido.

Samantha se sintió conmovida. Como no le gustaba autocompadecerse, jamás se le ocurrió que tenía derecho a obtener más de la vida de lo que había recibido.

—¡Basta Greg! No voy a permitir que tu compasión me baje la moral. Soy feliz, créeme, y ahora que te tengo de aliado, puedo estar segura de que disfrutaré el resto de mi estancia en esta casa. Sería una vergüenza echar a perder tus vacaciones, ¿no crees? El *senhor* Zarco es un anfitrión maravilloso, así que, ¿por qué no sacamos el mayor provecho posible de su hospitalidad?

Greg alzó de golpe la cabeza.

—¿De veras te quieres quedar? Samantha… la verdad. No voy a permitir que te martirices con tal de salvar nuestras vacaciones.

—Sí, Greg, quiero quedarme —sonrió contenta de que el ruido del *gong* anunciando la cena, ahogara esa mentira.

Joao fue un anfitrión encantador. Durante la cena, mientras hablaban, Greg pareció relajarse. Sin embargo, tía Luisa, se mostró un poco molesta por su inesperada llegada y estuvo taciturna, a pesar de que Joao frunció el ceño unas cuantas veces al mirarla. Su disgusto se acentuó al dirigirse a Rosalind, quien de alguna manera había logrado despertar su aprobación y se hallaba a la defensiva.

—Me sorprendió que la preocupación maternal la hiciera regresar de Tenerife, *senhora* Rusell. Samantha mencionó que le permite vivir sin vigilancia en un apartamento en medio de Londres y que no pone ningún tipo de restricciones en cuanto a los lugares que visita o a las personas que frecuenta. Eso me preocupa mucho. Nosotros los portugueses creemos que nuestras chicas deben tener quien las cuide hasta que se casan.

Rosalind se ruborizó, furiosa por la crítica. Su respuesta fue eco de su agudo resentimiento.

—He notado los tremendos tabúes que rodean a las jóvenes parejas de enamorados en su país, *senhora*. Supongo que antes que nada, es para preservar la virginidad y para crear un ambiente de inocencia, pero en mi opinión, esa inocencia está planeada y me parece un acto de hipocresía.

La mirada de la tía Luisa por poco atraviesa a Rosalind.

—¿Puedo preguntar sobre qué bases funda tales opiniones?

—Sobre mis observaciones personales de las mujeres de su país, *senhora*. Me parece que sus chicas, son educadas como coquetas

desde la cuna. He visto a niñas no mayores de cinco años de edad, a quienes se les permite estar levantadas hasta las once de la noche, vestidas en forma sofisticada, participando en conversaciones de adultos.

La carcajada de Joao los sorprendió.

—¡Bravo, *senhora*, ya era hora de que alguien censurara nuestras anticuadas costumbres! Yo también encuentro la organizada timidez del galanteo, tonta e irritante. Es absurdo que se obligue a los muchachos a estar parados furtivamente en las calles, detenidos debajo de balcones inaccesibles para poder ponerse en contacto con sus futuras novias. En ocasiones quisiera ayudar a esos jóvenes a subirle al balcón, para que puedan tener contacto físico en vez de hacerse el amor con los ojos. El verso de una vieja canción portuguesa, resume la situación en forma correcta —miró a la acongojada Samantha, mientras citaba con suavidad—: «Ninguna flecha tan aguda. Ningún dolor tan profundo. Como la tortura de los enamorados. Que anhelan saludarse».

Para Samantha fue un gran alivio cuando la tía Luisa se levantó con dignidad.

—Por favor, discúlpenme —su mirada cayó molesta sobre el rostro sin arrepentimiento de su sobrino—. Voy a subir a mi cuarto.

—¡Yo iré también, tía! —Samantha estaba ansiosa por escapar a toda costa de la electrizante atmósfera. Para sorpresa suya, nadie objetó, ni siquiera Joao, quien se relajó en su asiento con una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 7

Cuando bajó a desayunar al día siguiente, Samantha descubrió que se había organizado un pícnic para ese día. Mientras caminaba hacia la terraza donde se servía el desayuno, oyó la voz chillona y complacida de Rosalind, discutiendo el paseo con Joao. Él se levantó cuando la joven apareció y esperó que estuviera sentada para reanudar la conversación.

—Conozco una ensenada escondida donde es seguro bañarse y el paseo para llegar allá, también resulta agradable.

—A mí me parecen todos los aspectos de su isla agradables, Joao. —Rosalind se llevó un suculento pedazo de durazno a la boca —. Envidio su buena suerte. La verdad es —miró a Samantha—, que envidio a cualquiera qué pueda tener la suerte de vivir aquí.

Cuando el desnudo y moreno antebrazo de Joao, rozó el suyo, Samantha se apartó de un salto.

Comió en silencio su desayuno, sin ganas de intervenir en una conversación entre Rosalind y Joao, que parecía poseer inagotables temas para discutir. Cuando terminó, subió a su habitación a recoger un traje de baño y al bajar de nuevo, encontró a Rosalind ya sentada en el asiento delantero del coche. Para su mortificación, a Joao no pareció importarle que viajara en el asiento trasero.

—Greg decidió no ir, teme sufrir insolación. Yo estuve de acuerdo con él, de que sería mejor que permaneciera en casa hoy.

Durante el trayecto, la joven se deleitó con el paisaje indescriptible.

Cuando pasaron por las aldeas de las montañas, Samantha comentó acerca del número de gallinas negras que veían

deambulando, en apariencia sin ninguna supervisión. Cuando las ruedas del coche apenas dejaron escapar a una, Joao maldijo en voz baja.

—Los aldeanos les permiten a las gallinas negras deambular sin ser molestadas, nadie se atreve siquiera a tocarlas, porque se cree que poseen el mal de ojo. Se aferran a esas supersticiones con una tenacidad vergonzosa.

Cuando llegaron a la ensenada, estaba desierta. Dejaron el coche en lo alto de las colinas y bajaron por un empinado sendero hacia la playa, Joao era quien guiaba, y parecía libre de trabas a pesar de que llevaba el canasto del pícnic bajo un brazo y varias mantas debajo del otro. Cuando algunas piedras se deslizaban a su paso, miraba por encima del hombro para asegurarse de que ambas estuvieran a salvo.

Una vez en la playa, colocó el canasto a la sombra de una roca y extendió las frazadas sobre la fina arena negra. Las olas que llegaban a la orilla eran invitadoras después del calor de la bajada y Samantha obedeció sus instrucciones a toda prisa, de que debía buscar refugio detrás de una de las muchas rocas y ponerse el traje de baño. Minutos después, corría hacia el mar y en el momento de arrojarse al agua, supo que Joao iba detrás de ella.

Saboreó la sal de los labios cuando salió a la superficie y vio la negra cabeza de Joao subiendo y bajando por encima de las olas. Se dirigía hacia ella y presa del pánico, la joven volvió a zambullirse y a nadar por debajo del agua en dirección opuesta. Pero no pedía competir con las poderosas brazadas que cortaban el agua con tanta velocidad que la alcanzó en cuestión de segundos. Sintió que le agarraban un tobillo y un tirón que la hizo sumergir en el momento que estaba lista para salir a la superficie. Jadeante subió y se quedó mirando furiosa a su atacante.

Su sonrisa nada arrepentida la enfureció más.

—¡Tú… tú!… —farfulló y sin pensar, lo tomó del cabello empapado, empujando con fuerza para que su cabeza se hundiera bajo la superficie. Durante un segundo, él le permitió que probara la venganza, luego, la asió de la cintura y la alzó, para luego soltarla tan inesperadamente, que cayó cuan larga era, sobre la superficie.

No le quedó aliento para protestar y tímidamente se volvió sobre

la espalda para ser balanceada en la enorme cuna del mar. Fue una, maravillosa sensación relajante, sin ver nada excepto un enorme tramo de cielo azul juntándose con el azul más pálido del mar y sintiendo que Joao, quien flotaba a su lado, estaba de buen humor.

—Dime lo que piensas, amiga —sugirió con indolencia—. ¿Ya te recuperaste de tu ataque de furia por ser relegada al asiento trasero del coche? Estabas resentida con Rosalind por haber usurpado tu lugar a mi lado.

—Te haces ilusiones, *senhor* —replicó con ironía pero su corazón latía con fuerza.

—Me hago ilusiones de que soy excelente juez de carácter y también de que puedo advertir las cosas de una mirada —fue su desenfadada respuesta—. Confiesa ahora que te pusiste celosa, porque ya estabas acostumbrada a que prefiriera tu compañía y por eso, como una niña mimada a quien se priva de sus privilegios, reaccionaste poniéndote de mal humor.

Furiosa por su perspicacia, volvió la cabeza y se preguntó si durante la larga historia de la familia Zarco, habría existido un vidente entre sus antepasados. Su afirmación fue acertada. Ella misma no se había dado cuenta de la verdad, sino hasta que él la puso en palabras y el resultado fue de asombro y humillación. Su indiferencia le hizo experimentar una repentina sensación de pérdida…

Pero por nada del mundo lo reconocería.

—Su presunción aumenta hora tras hora, *senhor*.

—Ah, sí, pero también mi encanto —sonrió—. Debes perdonarme por tomar atajos, *bela*, pero me queda muy poco tiempo y no puedo darme el lujo de los coqueteos y escaramuzas de un galanteo normal. Necesito aprovechar cada situación, cada hora robada en que estamos solos. Así como ahora… —murmuró apasionado.

Sospechando su intención quiso huir, pero él se lo impidió.

—Mona Lisa en traje de baño —la atrajo hacia sí con tanta fuerza que pudo sentir latir su corazón con más fuerza. Unos fuertes músculos se tensaron debajo de las manos de ella, al tratar de alejarse de unos labios que acariciaban su oreja y expresaban palabras sensuales.

Samantha se preguntó por qué el agua no hirvió cuando él la

besó con pasión. Después de la primera lucha momentánea, se aferró contra su bronceado cuerpo y se sostuvo con fuerza hasta que el torbellino de sentimientos comenzó a desvanecerse.

Fue un esfuerzo dirigirse a la orilla. Oyó su risa por encima de los latidos de su corazón, muy consciente del efecto que su cercanía tenía sobre ella.

Rosalind se quedó mirándola con curiosidad cuando llegó a la playa y se arrojó cuan larga era sobre una de las mantas. Con el pretexto de secarse el pelo, Samantha usó la toalla para ocultar el rostro sonrosado, esperando que Rosalind pudiera resistir la tentación de curiosear. Fue una vana esperanza.

—¿Qué estaban haciendo allá los dos? —preguntó—. Parecían estar en una especie de abrazo.

—Joao trataba de bromear —murmuró Samantha.

—¡Qué típico! Un ambiente romántico, un hombre atractivo de buen humor, ¿y qué haces tú? ¡Te escapas! Estás determinada a no alentarlo, ¿verdad?

—¡Completamente decidida! —Samantha dejó caer la toalla y se quedó mirando a Rosalind, provocándola para que objetara.

Pero Rosalind no era alguien que se diera topes contra la pared sin necesidad. Levantó los hombros y le prestó atención a Joao, que avanzaba hacia ellas.

Descansaron, hablaron y volvieron a nadar. Luego, Joao abrió el canasto del pícnic y cayeron hambrientos sobre el pan con mantequilla, pedazos de delicioso queso y un vino de Zarco. Para terminar, comieron mandarinas, recogidas unas horas antes, de los árboles de la casa.

Más tarde, durmieron bajo un cálido manto de sol, con arena negra bajo sus cabezas en vez de almohada.

Rosalind los despertó. No tenía intenciones de nadar… el agua de mar no favorecía su cutis… y se sentía aburrida porque ya había terminado la novela que llevó. Sacudió levemente el hombro de Samantha.

—¿No sería bueno irnos? Se está haciendo tarde.

Samantha se movió, reacia a dejar su soñolencia.

—¿Es necesario?… —Bostezó y luego se cubrió la boca con la mano.

—No antes de que nademos por última vez. —Joao se levantó,

perezoso. Ella desvió los ojos a toda prisa y sintió su burlona mirada en la nuca.

Pero el mar era demasiado invitador para resistir y la hizo correr hacia las espumosas olas y zambullirse en sus aguas.

Esa vez Joao no la molestó. Nadó mar adentro, dando rápidas brazadas. Ella no era una nadadora que aguantara mucho, así que después de un rato jugueteó en lo poco profundo pero cada vez volvía más a menudo para mirar al apuesto hombre. Su corazón comenzó a latir rápido al pensar en ciertas posibilidades. ¿Y si le daba un calambre? Ni ella ni Rosalind podrían salvarlo. ¿Había tiburones en aguas más profundas? Estaba segura de haber leído en alguna parte que sí.

Volvió a mirar de nuevo, pero la cabeza de él había desaparecido. Frenética, escudriñó el horizonte con la mirada, temiendo lo peor y un terrible temor convirtió en plomo sus extremidades y le secó la boca. Sin pensar en la locura de su acción, nadó hacia el sitio donde vio salir su cabeza por última vez. Después de un rato, comenzó a sentir cansancio en las piernas, pero no regresó aun cuando sabía que no le quedaba mucha energía. ¡Tenía que llegar a ese lugar! Convencerse de que su fatal atormentador, todavía estaba vivo.

—Por favor, Dios, no dejes que se ahogue… —Rezaba, las piernas comenzaron a perder velocidad, los brazos a dolerle por el esfuerzo de mantenerse a flote y ella a tragar agua, a medida que las olas rompían con más fuerza sobre su cabeza. Aterrorizada, sintió que se hundía, luego, con las extremidades tan pesadas como su corazón, decidió que no le importaba. Si Joao estaba debajo de las olas, más valía que ella también lo alcanzara.

Fue un momento extraño para reconocer su amor. ¿Qué pasaría si no había otro mundo y jamás volvían a encontrarse? ¡Si sólo le hubiera podido decir… sólo una vez!

—¡Joao! —gritó y una ola arrastró el resto de sus palabras—. ¡Joao!… —Trató de nuevo.

De pronto, él apareció a su lado.

—Samantha, ¿cómo diablos se te ocurrió nadar tan lejos? Niña tonta, te veo agotada… voltéate de espaldas y flota mientras te arrastro.

Lloró en silencio, cuando con completa fe en su habilidad, se

relajó para que él pudiera llevarla de regreso a tierra. El agua del océano se mezcló con sus lágrimas, así, que cuando por fin se miraron en la playa, él no pudo ver huellas de su angustia, sólo una luz extraña en sus ojos, que jamás había visto.

—¿Samantha? —Le acarició una mejilla—. ¿Qué pasa, criatura? Te veo desconcertada.

—¿De veras, Joao? —preguntó ansiosa—. Dime exactamente cómo me ves… quiero saber.

Él consideró la pregunta y enseguida respondió con lentitud:

—Tienes ese aspecto misterioso que he visto muchas veces en los rostros de las mujeres encinta…

—Así es como me siento.

—¿Así te sientes? —Se mostró sorprendido—. ¿Qué es entonces lo que descubriste allá entre las solitarias olas? ¿Puedes compartir conmigo tu secreto o tendrá que permanecer encerrado para siempre en tu corazón?

Ella sonrió, experimentando de pronto felicidad, y volvió a aparecer un hoyuelo en la comisura de sus labios que pareció fascinarlo. Casi estaba a punto de dejar escapar su secreto, cuando Rosalind gritó molesta:

—Oigan, ustedes dos, vámonos a casa, ya tuve bastante de este lugar por un día.

Los buenos modales, impidieron a Joao ignorar su llamada. Dejando escapar una maldición casi inaudible, apartó los sorprendidos ojos del encantador rostro de Samantha y se fue a atender a su invitada.

Cuando manejó por una ruta diferente para subir a la montaña, pasaron por un grupo de casitas de campo, blancas, donde detrás de ellas había una iglesia con la fachada de tipo portugués, hecha por un artesano muerto hacía mucho.

—¿Podemos echarle un vistazo? —preguntó la chica. Joao detuvo el coche a la orilla del camino.

—Vayan ustedes dos si quieren —expresó Rosalind—. Yo me quedaré en el auto.

—Sólo cinco minutos, mamá, lo prometo. —Samantha trató de aplacarla al ver señales de descontento en el rostro de Rosalind. De pronto sintió piedad. El tomar baños de sol y nadar en una playa solitaria, jamás podrían tener atractivo para su madre; ella se sentía

en su elemento, recostada al lado de una piscina, vestida con atuendos artísticos, diseñados para despertar miradas de admiración Ese paseo lo soportó solo para buscar la oportunidad de insistir en su causa, pero hasta el momento, nada había surgido de eso. Por lo que ella sabía, su hija estaba tan lejos como nunca, de convertirse en la *senhora* Zarco.

Comenzó a anochecer mientras ellos admiraban la habilidad de los antiguos trabajadores de piedra.

—¿Podemos entrar? —inquirió Samantha una vez en la iglesia.

—Lo intentaremos —sonrió Joao.

La enorme puerta de madera resistió su presión, pero una vieja llave abandonada en la cerradura, dio vuelta bajo sus dedos. El interior era decepcionante. Unos cuantos pedazos de madera, que servían de bancos, un altar simulado, y muros desnudos de pinturas o esculturas. Por una pequeña ventana se filtraba un rayo de luz sobre el polvoriento piso y una desagradable humedad hizo estremecer a Samantha.

—Vámonos. —Joao la empujó hacia adelante—. Aquí no hay nada de interés.

Sus pisadas hicieron eco sobre las desnudas tablas mientras caminaban hacia la puerta que había quedado entreabierta. Luego, como si una mano invisible hubiera hecho funcionar un interruptor, la luz se apagó y al mismo tiempo un ruido repercutió a través del edificio… era el ruido inconfundible de una enorme puerta de madera que se cerraba.

—¡Qué *diabo*! —Joao dejó escapar la maldición sin pensar en sus alrededores y cogió el picaporte de la puerta pero no logró moverlo.

—Gritemos —sugirió Samantha—. Es posible que mamá nos oiga, no está tan lejos de aquí.

De pronto, oyeron el ruido del motor de un coche que se alejaba a gran velocidad.

—Me temo que tu madre se fue en el coche. —Joao confirmó la sospecha de la joven.

—¡No puede ser! ¿Por qué haría tal cosa? ¿Qué posible razón?… —Samantha se interrumpió, mirándolo sospechosa—. ¡Ambos planearon esto! Lo hicieron para que tuvieras tiempo de hacerme cambiar de opinión respecto a convertirme en tu esposa —olvidó en su furia, que sólo una hora antes, había encontrado atractiva esa

idea y lo miró con desdén—. ¡Estás perdiendo tu tiempo, *senhor*… no soy una de tus criadas, me niego a que me persuadan o amenacen!

No pudo ver su movimiento en la penumbra y él la tomó de los hombros con furia.

—No saques conclusiones con tanta rapidez, Samantha —le reprochó con frialdad—. No acostumbro atemorizar a mis *namoradas*. Mimarlas, sí. Entretenerme con ellas, tal vez, pero jamás encontré necesario tener a una chica prisionera toda la noche en un lugar tan incómodo, para hacerla cambiar de opinión.

—¿Qué quieres decir con toda la noche?

—Exactamente eso. La casa más cercana está demasiado lejos para que sus ocupantes oigan nuestros gritos, y no es probable que alguien visite la iglesia, sino hasta mañana temprano. Así que debemos resignarnos a pasar aquí la noche, de la mejor manera posible —la soltó para quitarse la chaqueta de ante color café—. Ya estás temblando, no quiero ni pensar, que encima de todo, vayas a resfriarte.

Acalló su protesta y tomándola de la mano, comenzó a caminar con sigilo hacia donde creyó que podía estar el altar.

—Debe haber velas —explicó—, nos darán luz y tal vez calor.

Después de mucho buscar las encontraron dos, cada una tan gruesa como la muñeca de un hombre, acomodadas en enormes candelabros de madera tallada. Joao las sacó y las puso a cada lado de los escalones del altar.

—Encontrarás un encendedor en mi bolsillo —le dijo.

Reacia Samantha se lo pasó.

—Siento como si esto fuera un sacrilegio.

—El buen Dios, no querría que pasáramos la noche en completa oscuridad —le aseguró Joao con gravedad, acariciando su rostro con una solemne mirada—. Trata de no pensar que estamos dentro de una iglesia. Si te ayuda a relajarte, imaginemos que somos prisioneros del barco de un pirata con rumbo a un país desconocido, y que ofrecen por nosotros un rescate digno de un rey.

La risa nerviosa de la joven lo alentó a seguir fantaseando. La sentó en uno de los bancos de madera, y se acomodó a su lado.

—No te rías, amiga, esta iglesia tiene la reputación de estar conectada con el aventurero Cristóbal Colón. La historia cuenta que

cuando él regresaba de América, su carabela, *la Niña*, se encontró con una tormenta en medio del Atlántico. La tripulación le prometió a la Virgen, que si alguna vez volvían a ver tierra, caminarían descalzos a misa. A diferencia de muchas promesas hechas bajo tensión, ésa se mantuvo cuando el barco azotado por la tormenta, ancló a salvo en la isla. No contentos con caminar descalzos hacia la iglesia, asistieron desnudos a la misa, excepto por sus camisas. Se dice, que Colón, en su sabiduría, sólo le permitió a media tripulación que bajara a tierra en tales condiciones, y al resto, lo mantuvo a bordo. Es que, ni siquiera hace cinco siglos, los rudos colonizadores y sus familias estaban acostumbrados a ver a hombres solo vestidos con camisas, ir a la iglesia. Despertaron todavía más sospechas porque era invierno. Sospecharon que los hombres eran piratas, así que la desafortunada tripulación, fue encerrada en prisión. Mientras, todavía azotada por el mar embravecido, *la Niña* soltó amarras, y Colón se vio forzado a dejar a sus hombres en la isla.

Samantha se estremeció y miró nerviosa a su alrededor, con la sensación de que los rodeaban los espíritus de todos los desafortunados de la tripulación.

Joao la abrazó, pero ella escapó asustada.

—¿No confías en que me porte bien aquí en la iglesia? —le preguntó.

El rubor coloreó sus mejillas. Era tonta en despreciar el consuelo que le ofrecía. Dirigió una mirada a un rostro que parecía satánico a la luz de las velas, luego, sintió remordimiento de conciencia y se apoyó contra él.

—No me condenes por ser cautelosa —murmuró—. Después de todo, amenazaste con aprovecharte de cada oportunidad.

Él sonrió y pareció aceptar la disculpa implicada en sus palabras.

—Esta situación sólo puede clasificarse más como una desventaja que como una oportunidad.

—¿No sientes frío sin la chaqueta? —le preguntó cabeceando. A través de la sedosa tela de su camisa sintió que sus músculos se ponían tensos cuando se acurrucó sobre su hombro, pero estaba demasiado cómoda y cansada para notar el apasionamiento de la voz cuando le respondió:

—No contigo en mis brazos, querida.

Capítulo 8

Al amanecer, la enorme llave se movió en la cerradura y la puerta de la iglesia se abrió para dar paso a un viejo campesino, que casi fallece de susto al verlos. Pero, después de intercambiar con Joao unas cuantas palabras en su lengua nativa, sonrió y se fue apresurado, para volver poco después con un canasto con pan, queso y un par de plátanos maduros que colocó frente a ellos, y huyó.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Samantha, mordiendo hambrienta un pedazo de pan fresco.

—Tan poco de la verdad como fue posible. Sólo que éramos unos viajeros que nos quedamos atrapados en la iglesia durante la noche, sin darnos cuenta. Murmuró algo de unos niños traviesos al irse, pero estos habitantes de las montañas no son curiosos en cuanto a lo que hacen los otros, así que aunque me reconoció, no tenemos nada que temer de que propague el chisme.

Después de comer hasta saciarse, salieron de la iglesia. Consciente de su aspecto desarreglado, Samantha trató de peinarse con los dedos y no aguantó la risa al sorprender a Joao tocándose la barba que comenzaba a crecerle.

Él la imitó cuando la vio observándolo.

—Ahora que ya me viste en mi peor aspecto, no tendrás que preguntarte qué sustos te esperan en el matrimonio. A primera hora de la mañana, parezco un deshonroso libertino.

—Qué bueno que no estemos en peligro de tener que soportar una vida llena de tales sorpresas mañaneras.

Mientras hablaban, caminaban a lo largo del camino, pero de

pronto él se detuvo y se volvió para mirarla.

—Nada disfrutaría más, que despertar cada mañana contigo a mi lado —ya no reía, estaba serio. Esperó en silencio su reacción.

Ella logró decir:

—Por favor, no te burles, Joao, este juego ya ha durado bastante —él comenzó a objetar, pero ella lo acalló poniéndole los dedos contra los labios, que apartó de prisa como si se hubiera quemado, cuando él le besó las puntas—. Creo que piensas que estás enamorado de mí, pero sospecho… no, estoy segura… que lo que en realidad sientes es fastidio, porque por primera vez, una mujer no ha cedido de inmediato a tus deseos. Tal vez no lo puedes aceptar, sin embargo, la verdad del asunto es que debes saber que hay cosas en este mundo que no puedes tener, por mucho que las desees. Ésa es la base del atractivo que tengo para ti y como soy lo bastante anticuada para creer que el matrimonio necesita terreno estable para construir sobre él, no puedes culparme por negarme a aceptarte como mi marido.

Él continuó silencioso, nada complacido con lo que oyó.

—Constantemente tratas de confundirme con tu lógica inglesa —dijo por fin—. ¿Jamás escuchas a tu corazón? ¿Temes que contradiga tus argumentos, insistiendo en que la vida juntos puede ser dulce, llena de amor, risa y alegría? ¡No importa! Ya es demasiado tarde para evadir palabras; es un hecho y el resultado está previsto.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo esto, Samantha. Puedes ser liberada, pero yo no puedo darme el lujo de serlo, no en mi posición. Los isleños esperan que yo los guíe. Para ellos, mis acciones son los mandamientos que rigen su vida, por lo tanto, mucho temo que después del incidente de anoche, tengas que casarte conmigo para poder mantener en alto el honor del apellido Zarco.

* * *

La casa estaba llena de actividad, aun cuando todavía era muy temprano cuando por fin llegaron. Los ojos de Bela casi se salían de las órbitas por el asombro, al ver a Joao entrar en el vestíbulo, con

lo que parecía ser una niña extraviada. Pero prestó atención en cuanto él le dio una orden.

—Infórmale a la *senhora* Rusell, que deseo hablar con ella en mi estudio, dentro de media hora.

La chica corrió nerviosa en busca de Rosalind. Sin decir palabra, Samantha subió a su cuarto, donde una vez adentro, trató de relajarse. El incómodo viaje de regreso a la casa, fue hecho en silencio. Estaba molesta por la actitud impositiva de Joao y por pensar que la presión de la opinión, la forzaría a hacer lo que él quería. Pero ella no tenía la intención de que la presionaran a casarse, aun cuando una parte de ella, comenzaba a convencerse de que después de todo, no sería tan malo… es más, tal vez le daría felicidad. Pero hizo a un lado el traicionero pensamiento, antes que se pudiera familiarizar con él. Estaba en juego un principio: la amenaza de su libertad, así que se despertó en ella todo instinto de lucha.

Se bañó y se puso unos pantalones y blusa. Aún no terminaba de cepillarse el cabello, pensando en lo que haría durante el resto del día, cuando se abrió su puerta y Rosalind entró enrojecida por la ira. Samantha se puso tensa.

—¡Esa tía Luisa no es más que una vieja resentida!

Ahogando una sonrisa, Samantha trató de mostrar indiferencia.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

—¡Ordenó que me marchara de la casa, eso fue lo que hizo! —exclamó furiosa Rosalind—. Ordenó que me fuera de la casa que ni siquiera es suya, sino de su sobrino. Por supuesto, que no lo haré sino hasta que me lo diga el mismo Joao.

Samantha dejó el cepillo y se volvió para mirarla.

—¿Qué esperabas, mamá? Lo que hiciste anoche fue una tontería. Conociendo la rigidez moral de la *senhora,* debiste esperar que se disgustara.

—¡No tiene sentido del humor! Yo hice todo lo que pude para explicar que no fue más que una broma, pero ella se negó a escuchar y mandó a una docena de criados a las aldeas de la montaña en busca de ustedes. Naturalmente, como yo no tengo ningún sentido de la orientación, no pude ser bastante explícita acerca del lugar exacto en donde estaba la iglesia. Eso la enfureció todavía más. Pero cuando le explique mis motivos a Joao, él no

necesitará que nadie lo persuada a rescindir las órdenes de su tía… después de todo, le hice un favor, y él hubiera sido un tonto si no lo hubiese aprovechado… ¿Se aprovechó? —preguntó y pareció satisfecha cuando vio ruborizarse a Samantha—. ¡Bien! Entonces, valdrá la pena cualquier cosa que diga o haga la vieja. ¿Puedo aplacarla anunciando tu compromiso?

—¡No, por supuesto que no! —Samantha se levantó indignada —. Creo que antes de que hagas cualquier otra cosa, será mejor que veas a Joao. Le dio instrucciones a Bela, de que te avisara que te vería en su estudio —miró el reloj de pulsera—, hace media hora. Si eres inteligente, no lo harás esperar.

Rosalind quedó desconcertada.

—¿Eso quiere decir que él también está disgustado conmigo? No puedo creerlo, todo lo que hice fue para beneficio suyo.

—Creo que el *senhor* Joao Goncalves Zarco, prefiere planear sus propias acciones, madre —dijo Samantha con sequedad—. Puedo estar equivocada, por supuesto, pero si yo fuera tú, iría a enterarme por mí misma.

Observó a su madre salir lentamente del cuarto, y no sintió ninguna satisfacción al saber que estaba por recibir una segunda reprimenda por parte de un Zarco. Sabía por amarga experiencia, que él era cruel y le importaban poco los sentimientos de aquellos que provocaban su furia. Pronto decidió que no era asunto suyo.

—Que mamá se cocine en su propio jugo —murmuró mientras corría por la escalera rumbo al jardín—. ¡Un buen susto le será más beneficioso que un buen consejo!

Encontró un canapé colocado estratégicamente para evitar el sol y se acomodó en él, con un suspiro de alivio.

Después de la pesada e incómoda noche que pasó, se durmió hasta que la presencia de Bela la despertó.

—¿Sí, Bela? ¿Me necesitas para algo?

—No, yo. El *senhor* y la *senhora* Zarco, desean que vaya al estudio de inmediato.

—¡Oh, no! —Samantha refunfuñó entre dientes, sospechando otra confrontación—. Muy bien, dígales que estaré con ellos en unos minutos.

Se tomó su tiempo, caminando a lo largo de los senderos, deteniéndose de vez en cuando para admirar una flor o disfrutar del

sol que le acariciaba las mejillas.

Cuando entró en el estudio, Joao estaba de espaldas a ella, mirando por la ventana que daba al camino privado de la casa. Tía Luisa, la otra ocupante del cuarto, se hallaba sentada en una silla.

—¡Por fin llegaste, niña! ¿En dónde estabas? Hace más de diez minutos que mandé a Bela por ti. Será despedida por su tardanza.

—Eso sería injusto —objetó Samantha—, tomando en cuenta que hace más de diez minutos que me dio su mensaje.

Tía Luisa enarcó las cejas, pero no insistió en el asunto. Había otros más apremiantes.

—Ya hablé bastante acerca del desagradable episodio de anoche. Mi sobrino está al tanto de mis puntos de vista, pero creí que tú, *senhorita*, como participante, también debías oírlos.

—¡Come involuntaria participante, tía! —le recordó Joao con frialdad, sin tomarse la molestia de volverse.

—¡Voluntaria o involuntaria, el resultado es vergonzoso! —exclamó irritada. Cuando miró a Samantha sus ojos se suavizaron un poco—. Lamento, querida, que sin tener culpa ninguna, te hayas visto envuelta en un escándalo de la familia. Por supuesto que todos lo sentimos, en especial mi sobrino, quien desde la niñez aprendió a hacer frente a sus responsabilidades, y que sabe que los isleños lo consideran un ejemplo para sus propios hijos; además, desciende de una larga línea de hombres distinguidos y honorables, cuyo nombre ha deshonrado.

Joao se volvió furioso para confrontar a su tía y el orgullo hizo que sus facciones parecieran de piedra.

—Estás dramatizando la situación más de la cuenta, tía. Anoche no hice nada de lo que pudiera quejarse nadie de mi familia. Y quiero insistir en que no por tus sentimientos o los míos, sino debido a que le tengo respeto a mi desafortunada compañera.

—¡Honor! ¡Respeto! ¿Te atreves a decir esas palabras en mi presencia? Sólo hace dos noches, hablaste con mucha claridad, despreciando lo que llamaste nuestras costumbres pasadas de moda, deshonrando que encontrabas el galanteo tonto e irritante, y estuviste de acuerdo con la madre de esta desafortunada chica, que la inocencia puede ser artificial y que todo nuestro código de conducta está basado en la hipocresía. ¡Niega, si te atreves, que preferirías disfrutar de las relaciones sexuales ocasionales, toleradas

por los países «adelantados»! Siento verme forzada a decir esto, sobrino mío, pero hoy, por primera vez en mi vida, he tenido causa para sentirme avergonzada de que un hombre lleve el apellido Zarco.

Acongojada, Samantha miró a uno y otro, preguntándose dónde estaba el afecto que había sido tan evidente, y por qué la *senhora* se empeñaba en herir a Joao, quien no era responsable de los cargos que le adjudicaba.

Le quiso advertir a tía Luisa que tuviera cuidado, que la paciencia de él llegaba al límite, pero escudada en su privilegio, tía Luisa continuó:

—Si hubieras tenido una excusa válida, una razón para actuar como lo hiciste, hubiese tratado de justificar tu comportamiento. Pero no has dicho nada en tu propia defensa, ni siquiera te has disculpado por el daño que le hiciste a esta inocente criatura, ni por el deshonor que le causaste a tu familia.

—¡Basta! —Samantha se llevó las manos a las orejas, incapaz de soportar tal injusticia. Cuando Joao volvió la cabeza, ella le dirigió una mirada de compasión, luego, se volvió a confrontar a la vieja dama—. Si Joao no habla en defensa propia, entonces yo tengo que hacerlo en su nombre. Sus acusaciones no sólo son crueles y falsas, sino también infundadas, *senhora*. Su sobrino no tiene necesidad de encontrar excusas, ni ofrecer disculpas por su comportamiento, que en todo momento fue el de un caballero. Hizo todo lo que pudo para tranquilizarme y lo consiguió porque logré dormir un rato…

El curso de sus pensamientos se alteró por el fugaz recuerdo de unos brazos que la sostuvieron con tanta seguridad.

—¡Entonces aceptas que durmieron juntos!

—¡Tía, vas demasiado lejos!… —La objeción de Joao fue como un disparo.

—¡Así como tú! —contestó ella con fiereza—. ¡Mucho más allá de lo permitido entre conocidos ocasionales! Ustedes dos ni siquiera están comprometidos… Samantha, delante de mí, se ha negado a aceptarte como esposo. ¡Así que no puedo decir que estoy sorprendida de cómo están las cosas! —Jamás hubiera podido creer Samantha que los dos hubiesen cambiado tal mirada de desagrado —. Es obvio que esta chica es sagaz para percibir fallas en tu carácter, que a través de los años, a mí se me han escapado. Alabo

su sabiduría, porque si yo estuviera en su posición, también te rechazaría.

—¡Entonces, estaría equivocada! —El reproche salió de labios de Samantha, escandalizándola. Oyó cómo Joao respiraba profundo y supo que la penetrante mirada de la tía Luisa, sólo era un preludio a la pregunta que exigiría que explicara su contradictoria afirmación. De prisa, sin mirar a Joao, se precipitó, y sorprendió a la tía Luisa con una mentira—: Anoche acepté la proposición de Joao. No sé por qué él se abstuvo de mencionarlo, pero nuestro compromiso ya es un hecho.

De reojo lo vio ponerse tenso, y tía Luisa, con un desconcertante cambio de actitud, la atrajo en un cálido abrazo y comenzó a decir frases de deleite.

—¡Querida niña! Me siento abrumada, porque había perdido la esperanza de ver casado a mi sobrino. ¡Estoy muy feliz! Hace unos momentos estaba desesperada, pero ahora, gracias a tu generosa naturaleza, querida, el apellido Zarco volverá a brillar.

Samantha trató de zafarse del abrazo, preguntándose por qué tenía que sentir ese instinto de traición. Las palabras de la vieja dama sonaban tan oportunas, tan bien ensayadas, y la velocidad con la que cambió de una persona exigente a una tía orgullosa y devota, la dejaron sorprendida. Su incomodidad aumentó, porque creyó ver una mirada de triunfo entre la tía y el sobrino cuando se juntaron en medio del cuarto.

—Ven, sobrino, toma a tu esposa en tus brazos y aclara la última de mis dudas, permitiéndome ver el compromiso sellado con un beso.

Samantha apretó los puños cuando Joao se le acercó con lentitud. Se sintió dominada por su estatura cuando se quedó mirándola meditabundo, y no pudo evitar estremecerse en el momento que la abrazó y besó. Imaginó que había caído en una trampa.

Capítulo 9

Con una rapidez que dio validez a las sospechas de Samantha, se hicieron arreglos en cada rincón de la casa, para el baile del compromiso.

Sólo permitieron que pasaran tres días, desde la impulsiva mentira de Samantha, hasta el día de la función, que iba a ser un acontecimiento al que asistirían los personajes importantes de la isla. Durante esos tres días, ella se mantuvo en su cuarto, recordando una y otra vez, la escena que tuvo lugar en el estudio, y mientras más lo pensaba, más estaba segura de que había sido manipulada por los astutos Zarco, a hacer exactamente lo que ellos tenían planeado.

—¡Tonta! —exclamó—. ¡Ciega, ingenua y confiada!

Se vio muchas veces tentada a meter su ropa en una maleta y escapar de la red que se cerraba a su alrededor. Una cosa que evitó que lo hiciera, fue que Bela le habló de los preparativos. El baile de compromiso sería el acontecimiento del año y ya comenzaban a llegar las respuestas de quienes asistirían.

El tiempo se acercaba, y como Samantha no pudo negarse a desempeñar su papel en la farsa se vio forzada a pensar en lo que se pondría.

Bela, quien brincaba ansiosa, le rogó casi con lágrimas en los ojos:

—*Senhorita*, faltan unas cuantas horas para el baile, ¿no deberíamos estar alistándonos?

Se quedó con la boca abierta cuando Samantha contestó desinteresada:

—Hay bastante tiempo, Bela…

—Pero *senhorita*, yo debía estar planchando su vestido. Si me dice cuál piensa ponerse…

—Cualquiera estará bien… escógelo por mí.

Era la decisión más importante que jamás le pidieran a Bela que tomara. Vacilando frente al guardarropa, descartó un vestido después de otro porque le parecieron demasiado informales o austeros. De pronto su mirada se posó sobre la nube de chifon de varios tonos de azul, con el que la *senhorita* se había visto como una diosa rubia surgiendo del océano. Ella presenció la mirada de adoración que el señor Joao le dirigió a la *senhorita* mientras ella permanecía pensativa, esperando sin saberlo, que él llegara. ¡Sin lugar a dudas, ése era el que debía que ponerse!

Rosalind llamó a la puerta de la habitación en el momento que Bela comenzaba a planchar los delicados pliegues y cuando se apresuró a abrir se quedó desconcertada por los comentarios de Rosalind.

—¡Ah, allí estás, Bela! Hay que planchar mi vestido para esta noche… hazlo ahora, como buena niña.

—¡Pero… pero *senhora*, el vestido de la *senhorita* todavía no está listo!

Rosalind se mostró defraudada y Samantha ordenó:

—¡Bela, haz lo que la *senhora* pide, si no te sobra tiempo, olvida mi vestido!

Con los ojos entrecerrados, Rosalind esperó que Bela inclinara la cabeza y se fuera por el pasillo. Luego, cerró la puerta y se acercó a donde Samantha estaba sentada distraída, mirando por la ventana.

—¡Astuta criatura! Yo sabía que verías con lógica las cosas al final.

—¿De veras, madre? —La respuesta de Samantha fue fría en extremo—. Me da gusto que pienses eso. Yo siento que estoy perdiendo toda la confianza en mi habilidad para llegar a una decisión sensata.

—¡Tonterías! —exclamó Rosalind, mientras se sentaba en una silla lo bastante cerca para poder examinar el desgraciado rostro de Samantha—. Debes saber que hiciste una elección acertada… mucho se puede obtener de este matrimonio, si aprendes a ignorar la actitud de tu futuro marido hacia la vida bastante severa, y te

concentras en disfrutar de los muchos beneficios que te proporcionará su riqueza. Sé que ustedes, las jóvenes modernas, aprecian mucho su independencia, pero una carrera, sobre todo una como la que tú elegiste, ofrece nada en comparación con la seguridad de tener un hogar propio y el amor de un esposo cariñoso.

Rosalind se escandalizó cuando Samantha expresó con amargura:

—¡Qué lástima que no hayas seguido esos pensamientos hace años cuando pudiste elegir entre el matrimonio o continuar tu carrera de bailarina! ¡Si lo hubieras hecho, tal vez yo habría disfrutado de una niñez normal… quizá hasta hubiera conocido a mi padre!

Rosalind enrojeció de furia.

—Con él también hubieras conocido la pobreza… ninguna educación costosa, nada de ropa elegante; ni cruceros de lujo.

—¡Ninguna isla —se desquitó Samantha—, y ningún *senhor* Joao Goncalves Zarco!

Muy ofendida, su madre se levantó.

—Eres una ingrata, y le deseo a tu poco amistoso y severo portugués, que te disfrute con alegría.

Después de la digna y casi apresurada salida de Rosalind, Samantha se quedó pensando en la habilidad de Joao para mostrar diferentes aspectos de su carácter a personas distintas. A ella, jamás le había parecido poco amistoso… al contrario, y en cuanto a ser severo, dejó escapar la risa al recordar su herencia de pasión portuguesa y masculinidad mora.

Casi estaba lista cuando oyó llamar a su puerta. Bastante triste, dijo:

—Pase.

Esperaba a Bela, pero se sintió ultrajada cuando entró Joao.

—¿Aprobará tu tía tu presencia en mi habitación, *senhor*? —preguntó con frialdad—. ¿Ya olvidaste todo lo que te dijo la última vez que quebrantaste su estricto código moral?

Él se detuvo y con descaro adoptó una actitud de reproche.

—He estado preocupado por ti —contestó, cauteloso—. Durante los últimos tres días te has negado a recibir a nadie, excepto a Bela, quien me asegura que no estás enferma.

—No, no estoy enferma —desvió la mirada hacia la alfombra.

—Entonces, ¿qué pasa, querida? —Bajó la voz al acercarse para ponerle un dedo debajo de la barbilla y forzarla a verlo a los ojos—. ¿Si no estás enferma, entonces que?…

Trató de contestar con dureza para que no se notara el temblor de su voz.

—¡Es que sí estoy enferma, *senhor*! Enferma de engaños, mentiras, de luchar contra la determinación tuya y de tu tía, de amoldarme a su forma de ser, y de perder siempre. Pero desde el principio no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir, ¿verdad? Ambos deben haberse divertido mucho al observar a una muchacha inocente, tratando de resistir a los Zarco. Por supuesto que ustedes ganaron, como supieron que sucedería al emplear las mismas tácticas que sus avasalladores antepasados.

—No entiendo —la acercó hacia las ventanas para que la luz le diera en el rostro—. ¿De qué truco me acusas? Pareces un gorrión asustado por las águilas, ¿y no tengo derecho a saber por qué?

—¡No tienes ningún derecho sobre mí! —La furia hizo chispear sus ojos—. Tú, *senhor*, eres un gran actor, capaz de adoptar una mirada de ofendida inocencia con desearlo, de fingir dolor y despertar la compasión en tu público, aun cuando por dentro te rías de su crédito. Por favor, no finjas que esa escena en tu estudio, hace tres días, no fue una bien ensayada pantomima, actuada sólo para beneficio mío. Como soy una tonta, caí, pero no te equivoques, no tengo la intención de sufrir por el resto de mi vida, debido a una promesa impulsiva. Como la noticia del compromiso ya se extendió por toda la isla, reconozco que es demasiado tarde para retractarme. Por lo tanto, en consideración a tu valioso orgullo Zarco, continuaré actuando como tu prometida, durante el resto de mi estancia, pero me iré como está planeado, en la fecha señalada, y te dejaré a merced de las lenguas especulativas, para que presentes cualquier excusa que quieras inventar.

—¡Que *diabo*! —Le apretó los hombros y la sacudió furioso—. ¡Me haces sentir como el mismo demonio!

—¡Un pecador! —se negó a sentirse intimidada—. ¡Qué bien te conoces, *senhor*!

—¡Y qué poco me conoces —dijo entre dientes—, si crees que soportaré tales insultos aunque vengan de ti!

—¿Cómo será mi castigo, excelentísimo *senhor*? ¿El potro? ¿Empulgueras? ¿O tal vez unos azotes medievales que harán que pida misericordia?

Había ido demasiado lejos y lo confirmó un segundo después, cuando sintió que una mano se enredaba alrededor de un mechón de cabello para darle un tirón que hizo que su rostro quedara a unas cuantas pulgadas del suyo. Le causó un tremendo dolor tratar de zafarse de su mano y no pudo dejar de expresarlo casi ahogándose.

—Sí, esposa, me siento tentado a hacer que ruegues. Y para aliviar mi furia, me gustaría romperte todos los huesos. Tenían razón en el pasado, cuando decían que la frustración podía aliviarse por medios físicos y salvajes.

Samantha sintió que se le aflojaban las rodillas al pensarlo y sólo el terror la mantuvo erguida, desafiante hasta lo último.

La innata cortesía portuguesa había desaparecido, dejando lugar a la masculinidad mora que quería dominar. Joao se apoderó de sus labios sin consideración. No ahorró nada en su determinación de obligar a una joven y aterrorizada chica a convertirse en mujer. Unas manos crueles la marcaron cuando arrancaron la delgada tela dejando expuesta la curva de su hombro a sus labios exploradores. No había ternura en sus frases, sólo un deseo que iba en aumento. Lo que había comenzado como su castigo, se estaba convirtiendo en una tortura auto-infligida, porque la urgencia de él de poseer a la pasiva criatura que tenía en sus brazos hizo que ella se diera cuenta de que él no le era indiferente, como trataba de aparentar. Joao se enorgulleció cuando el cuerpo femenino se estremeció con su tacto, se sintió gratificado por la forma frenética en que Samantha se agarró de sus solapas, y por el brillo de sus hermosos ojos.

Él rió contra su boca, la apretó en sus brazos y la llevó a la cama. Manteniendo prisioneros sus labios, la depositó sobre el lecho y se tendió a su lado.

—¡Joao!… —gimió y lo hizo detener su asalto por un tortuoso segundo.

—¿Qué pasa, querida? —La apasionada voz casi sonó irreconocible.

—Te odiaré durante el resto de mi vida…

—Eso me parece alentador… ¿no está el odio estrechamente relacionado con el amor?

—¿Te atreves a llamar amor a esto? —Se le quebró la voz al luchar sin éxito por contener las lágrimas.

—No puedes despertar la pasión de un hombre sin sufrir las consecuencias, *gatinha*. Si me hubieras permitido, yo hubiese sido el padre cariñoso cuya pérdida has lamentado tanto, el hermano comprensivo que jamás tuviste, un marido protector, contento con estar a tus pies como un perro, un gentil enamorado, pendiente de cada uno de tus deseos. Pero en vez de eso, decidiste despertar la bestia que hay dentro de cada hombre, provocando con tu intocable virginidad.

Su rechazo sólo sirvió para provocarlo más y un temblor la sacudió cuando él susurró:

—Ya basta de sutilezas… dime que me amas, Samantha, di las palabras en voz alta para que pueda oírlas.

Ahogada de vergüenza, ella jadeó:

—Te…

—¿Sí? ¡Sigue, *gatinha*!

—¡Te detesto, salvaje!

Apuntó directo a su orgullo, y durante largos segundos, unos dedos se encajaron con crueldad en sus hombros y luego, la soltaron de pronto como si ellos mismos hubieran sentido el dolor.

Ella observó petrificada, que con desdén Joao retiró la atormentadora presión de los fuertes brazos y pecho musculoso. La dejó acostada, se arregló la camisa y enseguida le dio la espalda y se acercó al tocador donde cogió un peine y se lo pasó por el alborotado cabello. Con frialdad, se dirigió a ella a través del espejo:

—Se está haciendo tarde, nuestros invitados llegarán pronto. No puedes recibirlos en ese estado de desaliño; sugiero que comiences a arreglar tu aspecto.

Samantha se bajó de la cama y trató con manos temblorosas de arreglar algo del daño causado a su vestido. Por fortuna no estaba roto y la fina tela reaccionó al ser sacudida y los pliegues volvieron a caer sin arrugas. Con la garganta doliéndole por las lágrimas sin derramar, llenó el lavamanos y metió el rostro acalorado en el agua fría. En su corazón no había alegría por la victoria que ganó a expensas del orgullo de él.

Joao esperó en silencio que ella se aplicara el maquillaje.

—Estoy lista.

Él se sobresaltó.

—Antes que bajemos, será mejor que te dé esto… la razón inicial de mi presencia aquí —sacó del bolsillo un pequeño estuche que cuando lo abrió, dejó al descubierto sobre terciopelo blanco, un anillo con un enorme zafiro.

Ella dio un paso atrás sin poder disimular su aversión.

—Si no te importa, prefiero no usarlo.

—Sí me importa y tienes que ponértelo.

Sus miradas chocaron y el antagonismo fue como una espada que se encajó en el cuello de cada uno. Luego, con un salvajismo controlado que la escandalizó, él sacó el anillo del estuche, y arrojó este último por encima de su hombro hasta el rincón más alejado del cuarto.

Completamente dominada, ella le permitió deslizar la argolla de oro en su dedo.

—Allí está la prueba para todos los que quieran verla, que las formalidades se tomaron en cuenta —expresó él—. Tal vez su brillo distraiga a los observadores de sospechar que su presencia simboliza odio y no amor. Sin embargo, la elección de una piedra, puede ser simbólica en sí misma. En el pasado, el zafiro era codiciado, no tanto por su belleza sino porque profesaba poderes para combatir los maleficios de la locura.

Mientras él la escoltaba para salir del cuarto, apretó los dedos alrededor de la piedra, rogando poder aparentar compostura para soportar la prueba que casi estaba encima de ella.

Capítulo 10

De alguna manera, Samantha se percató de que las jóvenes presentes no le perdonarían con facilidad el que les hubiera arrebatado al soltero más codiciado de la isla. Agradeció esa primera hora de presentaciones, porque le sirvió para relajar sus nervios. No había necesidad de fingir conversación con Joao. En ocasiones, él inclinaba la cabeza para acercarla a la de ella, sus miradas se encontraban o compartían una sonrisa, porque conscientes de su público actuaban muy bien; ni siquiera tía Luisa se dio cuenta de que cada mirada era una puñalada.

Se acercó al lado de ellos una vez que la hilera de invitados disminuyó.

—¡Samantha, te veo encantadora! —Con los ojos recorrió el rostro solemne de Samantha y no vio nada perturbador en él—. Estos últimos días han sido frenéticos, tantos arreglos… —Su lánguido gesto expresó agotamiento, pero hubo orgullo en su voz al agregar—: Pero valió la pena, ¿no te parece?

Samantha trató de demostrar agradecimiento.

—Debe haber trabajado muy duro, tía su habilidad como anfitriona me hace sentir inútil. Yo jamás hubiera logrado algo tan artístico.

Tía Luisa hizo a un lado los halagos pero se sintió complacida.

—Pronto dominarás el arte. Hacía muchos años que yo no organizaba una velada así, pero debo confesar que los resultados son muy satisfactorios.

Cuando salieron a caminar al patio lleno de lirios y rosas, Samantha descubrió que ésa era una declaración en extremo

modesta. Una escalera de piedra conducía a una terraza en forma de L, donde los invitados se arremolinaban alrededor de un espléndido buffet. Elegantes cisnes en hielo asomaban entre los platones con rebanadas de carne de res, carnero y patos adornados con mandarinas.

La ingeniosidad de los cocineros no tenía límites. Habían transformado una piña… recién cortada y de sabor inolvidable, en un postre exquisito, perfecto para comerse en una noche cálida debajo de un pabellón de estrellas. La fruta había sido cortada en dos, se había sacado el interior y vuelto a llenar con pedazos de piña mezclados con nueces picadas y chocolate, la otra mitad, con duraznos y fruta con brandy, luego, cubierta con crema batida y presentada en un enorme platón rodeado por exóticos botones de rosas.

Llamó la atención de Joao que ella contuviera la respiración ante tal belleza. Por primera vez desde su desastrosa confrontación, sonrió involuntariamente.

—¿Tienes hambre?

Un momento antes, su respuesta hubiera sido una negativa, pero lo que se veía era demasiado tentador para resistir y asintió. La tomó del codo y la condujo hacia adelante.

—Deja que llene tu plato. Si uno cena bien, no hay nada con lo que no pueda reconciliarse —su mirada le dijo que, aunque estaba dispuesto a que hubiera una tregua momentánea, todavía no terminaba con ella. La joven se estremeció y recordó un dicho que parecía estar de acuerdo con la situación: «¡El hombre es el único animal que sigue en términos amistosos con las víctimas que intenta comer, hasta que las devora!».

Para alivio suyo, una vez que le proporcionó comida, se separaron, él, detenido por unos amigos para conversar y ella se encontró con Greg en un apartado rincón de la terraza.

—Por fin —le dijo él enfadado—. ¡Por fin logro encontrarte! Jovencita; tienes que dar unas explicaciones… la última vez que hablamos, parecías determinada a regresar a Inglaterra y a tu trabajo, sin embargo, ahora se espera que yo crea que durante ese corto período cambiaste de parecer, o lo que es más probable, alguien te lo cambió. ¿Cómo están las cosas, Samantha? Como le dije antes a tu madre, me negaré a dejar esta isla sin saber la

verdad.

Ella suspiró y dejó a un lado el plato. Tenía que tranquilizar su ansiedad y, sin embargo, la lealtad para con Joao hacía imposible ser del todo honesta.

—Una chica tiene derecho a cambiar de opinión —enseguida vio que Greg no tenía la intención de aceptar medias verdades.

—Algunas chicas, pero no tú, Samantha. Siempre me ha impresionado tu habilidad para saber lo que quieres y negarte a aceptar imposiciones.

Ella se inclinó a acariciar un jazmín. Y mientras él la observaba, pensó que se veía pura y sin mancha como la misma flor y sintió cierta simpatía por el hombre que sospechó que no pararía en nada con tal de poseer esa rara belleza. Ella se volvió y tendió la mano, por lo que la luz de la luna hizo que el zafiro cobrara vida.

—¡Estoy comprometida con él, Greg!

—¿Quieres decir que lo amas?

Ella contuvo la respiración, pero se dio cuenta de que en esta oportunidad contestaría la verdad, aunque no con alegría.

—¡Sí, Greg! —Sus palabras casi fueron inaudibles—. ¡Estoy enamorada de él!

Por alguna razón desconocida, Greg sintió un nudo en la garganta.

—¿Tratas de decirme que estás muerta de felicidad?

—Yo no dije eso, Greg. ¿Necesito explicarte que uno no siempre encuentra la felicidad en el amor?

Sus labios se curvaron en triste sonrisa al reconocer a una compañera confundida. Al darse cuenta de su comprensión, ella dio un paso al frente y descansó la cabeza en el hombro masculino. Él le quitó un mechón de cabello de la frente y la consoló.

—Querida mía, en una relación hay altas y bajas. A su debido tiempo descubrirás, así como yo, que una borra la otra. Pero en caso de que encuentres que no es así, quiero que recuerdes que tienes una familia y un hogar. Prométeme que no titubearás en llamarme si necesitas ayuda alguna vez.

—Lo prometo, Greg.

Cuando alzó la cabeza para sonreír, una sombra cayó sobre su rostro y al mismo tiempo una voz helada, segó su soledad.

—¡Está monopolizando a su hijastra, *senhor*! —Todo fue dicho

por un hombre molesto al ver a su prometida acurrucada en unos brazos que no eran los suyos…

Cualquier otro hombre se hubiera ofendido, sin embargo Greg, de buen humor se apartó de la chica.

—Me lo merezco, *senhor*. Tiene usted razón de ponerme en mi lugar —con una ligera inclinación de cabeza se fue, no sin antes guiñarle un ojo a Samantha que la hizo sonreír.

—Caminemos por el jardín. Se espera que demostremos tener ansiedad de estar solos.

El sendero que él escogió, atravesaba arbustos cubiertos por la oscuridad, y el aroma de las flores era fuerte.

Durante un rato caminaron sin hablar, luego, sin base ninguna, Joao comentó con frialdad:

—En ciertas cosas te pareces mucho a tu madre.

Sonó como un insulto deliberado.

Por alguna razón Samantha evitó replicar con agudeza. Los celos que le tenía a Greg eran absurdos, así que decidió castigarlo.

—Al parecer nos gusta y disgusta lo mismo. Por ejemplo, Greg me parece encantador. A menudo le he envidiado a mi madre su marido —se sintió recompensada por su silencio de desaprobación.

—¿Aceptas que lo encuentras atractivo?

—Mucho. Siempre me he sentido cómoda con hombres mayores, tal vez porque aprecio su habilidad de hacer sentir a una mujer que es apreciada.

—Entonces lo que buscas es seguridad —acusó con dureza—. La que generalmente proporciona un padre. La inseguridad te ha hecho temer incursionar en lo desconocido con un hombre más joven, cuyas acciones tal, vez sean imprevisibles en vez de íntimas, y en exceso aburridas.

Ella casi rió, pero controló su diversión y dijo despreocupada:

—Supongo que tal vez tienes razón, pero eso no explica la aversión que le tengo al hecho de que me manejen. Una explicación más probable, sería que los hombres mayores, reconocen el derecho que una mujer tiene a ser independiente, y son sabios para reconocer que una mujer inteligente puede ser una compañera valiosa, mientras que los jóvenes, sólo las ven como objetos de placer que se pueden desechar y que sus opiniones no son de gran valor, en caso de surgir una crisis.

—De acuerdo con mi tía —imaginó oír una nota de sorpresa—, las mujeres se aferran a sus cadenas.

—Tal vez eso sucedió hace siglos, pero las mujeres de hoy, aunque siguen teniendo tanto amor para dar, desean expresarlo de manera distinta, compartiendo no sólo los beneficios materiales sino también las tristezas, los problemas y las luchas que son parte de cada matrimonio. También las chicas solteras, como yo, se sienten con derecho a los beneficios que a través de los años, el hombre ha llegado a considerar como su único derecho.

—¿Y esos beneficios son?…

—Sentir seguridad, ser feliz, y vivir nuestras vidas sin la limitación masculina.

—Tu sexo no está preparado para manejarse solo —él desechó su argumento con desdén—. Son como niños desagradecidos que decidieron que el hogar es una prisión, por lo que se llenan los bolsillos con pan y queso y escapan, sin pensar dónde obtendrán su próxima comida.

Ella apretó los labios. ¡El hombre era imposible! Las palabras se desperdiciaban en contra de su barrera de masculino orgullo. Sin embargo, fue muy grande la tentación de decir la última palabra.

—¡Yo preferiría morirme de hambre antes que rogar de rodillas! —le dijo apresurando el paso.

—¡Espera! —Le puso una mano en el hombro. Disgustada, ella se zafó, pero en ese momento se separó una nube y una enorme luna roja mandó su luz al jardín—. ¡Mira allá! —El pareció haber olvidado su discusión y cuando Samantha siguió la dirección que señalaba su dedo, contuvo la respiración y entendió por qué. Con toda claridad, a la luz de la luna, una enorme flor abría lentamente sus pétalos—. Eres muy afortunada, querida, no muchas personas han visto al esquivo cactus Reina de la Noche, representando su función de una noche —juntos observaron cómo la flor se abría por completo, y Samantha se quedó absorta por la memorable vista de medianoche. Cerca de su oído, haciendo juego con la solemnidad de la ocasión, él susurró—: Se dice que este espectáculo proporciona grandes riquezas al espectador, esposa. Espero que funcione —bajó aún más la voz—, porque sin la riqueza de tu amor, estoy condenado a ser para siempre un mendigo…

La repentina debilidad de sus rodillas la quiso hacer llorar.

Estaba cansada de luchar contra un hombre cuyas armas eran mejores que las propias… encanto, que poseía en abundancia, y un magnetismo físico tan poderoso, que ella se sentía cautiva a su lado. Y sin embargo, su espíritu rebelde la urgía a no someterse a un dominio, que haría que todas sus creencias quedaran a un lado. Si él hubiera escuchado con simpatía sus argumentos, si hubiese aceptado aunque fuera una fracción de su deseo de ser reconocida como persona responsable, ella hubiera vacilado bastante para reconocer que sentía por él el amor que la desgarraba. Pero así como estaban las cosas, nada podría reconciliar sus puntos de vista completamente opuestos… porque lejos de sentirse impresionado con la lógica de ella, él rechazaba sus comentarios con molesto desdén masculino que nacía de la sospecha de que ella disfrutaba con hacerse desear.

—¿*Recomeçar*, Joao?… ¿Es lo que ofreces… otra vez… aun cuando has demostrado sin lugar a dudas que tus promesas no tienen valor?

—No —la sorprendió—, ya hemos ido demasiado lejos, y no hay tiempo para volver a empezar.

Su corazón latió al recordarlo. Sólo quedaba poco tiempo antes de que el barco que la llevaría de regreso a Inglaterra, llegara a la isla.

—¿Por qué entonces no puedes dejarme en paz? ¡De una vez por todas acepta que jamás podrá haber nada entre nosotros!

—¿No podrá haber nada? Pero si ya hubo mucho entre nosotros, y si obedeces las leyes sobre las que se basa el amor, reconocerás que en lo profundo de tu corazón hay un sentimiento conmovedor —unas manos salvajes se apoderaron de sus hombros y la sacudieron mientras el decía entre dientes—: ¡Recuerda que he tenido la respuesta de tus labios! Una pasión igual que la mía cuando tu cuerpo se aferró al mío urgiendo un contacto más cercano. Tus labios han murmurado palabras de amor, que tal vez ni recuerdes haber expresado. ¡Por eso es que me niego a dar crédito a tus negativas!

Samantha se quedó mirándolo, muda de vergüenza.

—¡Te odio! —sollozó por fin—. ¡Eres insensible y cruel… las últimas cualidades que una mujer busca en un marido!

—Tímida niña, ¿crees que preferirías un hombre menos

apasionado, un hombre mayor, de cuya mesa te satisfaría comer migajas, sencillamente porque jamás probaste un banquete? Profesas una ansiedad por libertad e independencia, *bela*, pero de hecho eres una cobarde, temerosa de ser tierna y la encantadora e irresistible mujer femenina que naciste para ser… la clase de persona que yo, como tu marido, podría hacer que fueras… y tú, me adorarías por ello.

Él oyó su ahogado jadeo y tuvo la audacia de reír.

—Amo tu virginidad, mi pequeña flor —con frialdad la atrajo hacia sí y comenzó a acariciar con los pulgares la piel donde le había encajado los dedos. Luego, inclinó la cabeza para murmurar apasionado contra sus labios—: ¡Pero como una flor, querida, la virtud es más fragante cuando es aplastada!…

Capítulo 11

Unos cuantos días después, llegó la vendimia. Durante su estancia en la isla, Samantha había paseado muchas veces por los viñedos que crecían enrejados… un método único de la isla, y había notado la forma gradual de la maduración de los racimos de uvas.

Estaba encantada con el hecho de que en esa época del año que era la de más trabajo, la presencia de Joao en los viñedos resultaba necesaria. De todas partes de la isla llegaban campesinos para llenar los enormes canastos cuadrados que eran cargados sobre las espaldas de los hombres y vaciados en recipientes rectangulares de piedra.

Greg estaba muy interesado en el procedimiento y animó a Rosalind y a Samantha a que lo acompañaran a un recorrido, Samantha se mostró reacia.

—Tienes que ir, querida, a ver la recolección de las uvas en un cálido día de otoño en esta bella isla. Me niego a dejarte para que te sigas lamentando sola.

—¡No me lamentaré!

—Estarás de mal humor, entonces —su sonrisa la retó a que se ofendiera—. Es menos agotador enfrentarse a la bestia que caminar temerosa, echando nerviosas miradas por encima del hombro en espera de un inesperado encuentro.

—Exageras, Greg —le reprochó con rigidez.

—Sé que lo hago, querida —rió—. Pero confiesa, ¿estoy tan lejos de la verdad?

Ella se estremeció bajo su inquisidora mirada. Era cierto que durante la ausencia de Joao su alivio se había visto acechado por el

temor de que de pronto apareciera para atormentarla. Por segunda vez se enfrentaba a una acusación de cobardía, y para su vergüenza, reconoció que había cierta verdad en ello.

—Muy bien, iré. Ve por Rosalind, mientras yo saco un sombrero.

No supo por qué decidió usar el alegre sombrerito que Joao había considerado frívolo, pero al ponérselo, la vivaracha cara con las ridículas pestañas dibujadas dentro de un aro de pétalos, la hizo ponerse de mejor humor y agregó ligereza a su paso cuando bajó por la escalera a unirse con Rosalind y Greg. Era obvia la actividad en las terrazas donde familias enteras se apresuraban a dejar vacías las vainas, hablando mientras competían en la carrera de echar la fruta madura a los toneles, en el menor tiempo posible. Los carpinteros de la aldea se habían reunido para martillar enormes vasijas, las prensas de vino eran limpiadas después de su largo descanso de casi veinte meses en un polvoriento cobertizo. Toda la población parecía haberse volcado a recoger las uvas. En cada recodo del camino se encontraban con carretas llenas de uvas que brillaban como joyas bajo los rayos del sol.

Su corazón dio un vuelco cuando Greg se estacionó afuera de unos edificios, y apareció Joao, musculoso como cualquiera de sus trabajadores con una camisa abierta hasta la cintura, exhibiendo el pecho y antebrazos bronceados por el sol. Él se agachó a una llave de agua abierta y se echó agua, luego, ya fresco, con el agua todavía chorreando de su cabello, se enderezó y la vio bajar del coche. Cuando vio su sombrero, sonrió. Ella se ruborizó, esperando una burla, pero él decidió ser amable.

—Me da gusto que hayan venido, les mostraré los alrededores — les dio una cálida bienvenida.

Se acercaron adonde había una enorme alfombra de fruta desnuda al sol sobre esteras redondas de pasto tejido.

—Esto se hace para concentrar el azúcar —explicó—. Después de veinticuatro horas, la fruta es llevada al interior de los *lageres*.

—¿Qué es un *lagere*? —Samantha se sorprendió de su propio interés.

Él sonrió y le lanzó una perturbadora mirada cuando estiró el brazo para agarrarla de la mano.

—Ven, te enseñaré.

Los *lageres* eran enormes recipientes de piedra, elevados como a

medio metro del suelo y ladeados hacia el frente. Del centro de cada uno se elevaba un tornillo vertical.

—Deben venir de nuevo esta tarde para ver pisar la última de las uvas.

Greg puso cara de asombro.

—¿Todavía se utiliza ese sistema? Yo imaginé que ya habían progresado a medios mecánicos como en otros países.

—Preferimos seguir con los métodos tradicionales —replicó Joao —. Además, los isleños lo disfrutan, es una festividad de agradecimiento, esperada con ansiedad, que comienza al finalizar la tarde y dura casi toda la noche.

—¡Qué primitivo! —exclamó Rosalind—. ¿Se esperará que nos quitemos los zapatos y utilicemos los pies desnudos?

—No, a menos que usted insista. Cuando los recipientes están cargados, las uvas son pisadas por un grupo de cuatro hombres que usan unas botas especiales de cuero con suelas llenas de tachuelas, las cuales evitan que las semillas y los tallos sean aplastados. Cuando los hombres han extraído tanto jugo como es posible, con los pies, el residuo que queda se junta alrededor del tornillo central, y se sujeta con un cinturón de pasto tejido y entonces sobre eso se atornilla una tabla, y se deja allí hasta que no sale más jugo. Una presión final con una prensa mecánica extrae las últimas gotas de jugo, pero lo que se obtiene así, se mantiene separado del resto, porque es de menor calidad. Sin embargo, basta de explicaciones, esta tarde lo verán. El prensado comienza al anochecer, no sólo para comodidad de los hombres, sino porque demasiado calor activa el yeso y puede dar por resultado una fermentación extremadamente violenta, que echaría a perder el vino.

Mientras hablaba, los guiaba hacia un enorme edificio de piedra y Samantha agrandó sorprendida los ojos cuando entraron. El interior era bellísimo; de techo alto, con pilares blancos y arcos. Allí un trabajador echaba agua con una manguera a los toneles para mantener fresco el vino.

—Éstas son las soleras —la profunda voz de Joao hizo eco a lo largo de los pasillos—. Como pueden ver, hay hileras de toneles que contienen vino del mismo año y calidad. Hay una etapa en hacer nuestro vino, que es única de la isla; se conoce como *estum fagem* y fue desarrollada a fines del siglo dieciocho como medio para

reproducir los efectos benéficos sobre el vino en un viaje a las Indias Orientales y de regreso, en la caliente bodega de un barco. El vino se pone en cuartos calientes y poco a poco, en el lapso de un mes, se va aumentando la temperatura y luego se deja que baje. Entonces el vino sale con un sabor muy especial que, anteriormente, sólo se lograba con años de maduración.

Esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Esta noche, *senhor* Rusell —se volvió hacia Greg—. Decantaré una de las raras vendimias de Madeiras, criada en nuestras bodegas. Encontrará que es muy agradable y bien preservado —sus ojos cayeron sobre la petulante expresión de Rosalind; ella no hacía ningún esfuerzo para ocultar un bostezo—. No necesito mirar más allá de su encantadora esposa para tener la prueba de que nuestras preferencias son parecidas. Y también aprecio lo fino y bellamente preservado.

El gesto de satisfacción de Rosalind hizo encoger a Samantha. Despreciaba la adulación de Joao, y sin embargo, no dejaba de reconocer su habilidad de convertir en masilla aun a la mujer más cínica.

—¡Qué encantador! —La exclamación de Rosalind enfermó a Samantha. Con toda rapidez se volvió, fingiendo interés en la hilera de toneles para no oír lo que decía. Creyó haber escapado cuando llegó al final del pasillo y volteó por una esquina, pero sólo para ser detenida por una voz burlona que le llegó por encima del hombro.

—¿Tanto resientes a tu madre?

—¡Me privó de tener un padre y un hogar!

La burla desapareció de los ojos que escrutaban su pequeño y acongojado rostro. Se estiró y la haló a la sombra de un enorme tonel, luego, le quitó el sombrero y le pasó los dedos por el cabello. Con los ojos bien abiertos, ella no protestó a pesar de que Joao parecía determinado a tratarla como algo de su propiedad.

—Yo también sufro a veces esa misma sensación de carencia. Compartimos una afinidad, querida, ambos estamos familiarizados con la profunda soledad, el aislamiento completo que rodea a aquéllos sin lazos familiares cercanos. Es por eso —titubeó como si quisiera escoger sus palabras—, que yo esperaba más disponibilidad de tu parte para fundir tu solidario sendero con el mío, y pensé que aun tu resentimiento por la forma en que me acerqué, sería menos

fuerte que tu temor de pasar toda una vida sola.

Con su habilidad en el arte de cortejar con palabras, no pudo evitar sentirse conmovida. Era halagador que le permitiera ver el interior de los sentimientos más profundos de un hombre, que hacía todo lo que podía para ocultar el menor indicio de debilidad de los otros. Sin embargo, Samantha quedó confundida e incierta. A menudo se había engañado con su descarada duplicidad y había bajado su guardia.

—Yo llevo una vida práctica y completa —contestó—. Amo mi trabajo y tengo un pequeño círculo de amistades, en las que puedo confiar. ¿Por qué entonces tengo que cambiar una soledad soportable por una de desconfianza?

—¿Dudas de mi habilidad para hacerte feliz?

—Dudo de tu habilidad para ser honesto con cualquier mujer —confesó temblorosa—. Tal vez al comenzar, tus intenciones sean sinceras, pero pronto te cansarías de tus posesiones. El haber logrado desde niño que todos tus deseos fueran concedidos, no hace que seas un hombre maduro y estable.

Aunque estaba como a medio metro de ella, no hizo el menor intento de besarla… cosa que le agradeció; el menor movimiento de su parte la hubiera hecho huir, para evitar experimentar la sensación de que se derretía sólo con que la tocara.

—¡Qué determinada estás a desenterrar rasgos desagradables de mi carácter! Insistes en que jamás conociste la riqueza que desprecias y, sin embargo, afirmas con rapidez que tal riqueza mancha. ¿Cómo puedes saberlo? ¿Qué te da el derecho divino de juzgarme como si fuera yo un criminal?

Se estremeció y a pesar de ello, imprudente hasta el final, no se retractó.

—¡El derecho de la víctima! Alguien que ha sido mutilado por insufrible arrogancia, a quien le han quitado la tranquilidad mental sólo por un tiránico capricho, a quien le han restringido la libertad con engaños y quien ha sufrido la cosa más degradante de ser maltratada…

—¡Basta! —La palidez le llegaba a los labios.

Decidió que él se escandalizó al oír la verdad y esperó sentir una ola de triunfo que no llegó.

—¡Vas demasiado lejos, *senhorita*! —Las palabras fueron dichas

con desdén. Esa vez ella fue la que se atemorizó; ella, que había ultrajado la dignidad a tal grado, que él tuvo que luchar para contener su ira. Samantha dio un temeroso paso hacia atrás, desconcertada por el resultado de su temeridad, y deseó demasiado tarde, haberse detenido a pensar antes de dejar escapar ese torrente de insultos.

—Sin haber probado el vino, absorbiste una de sus virtudes, la de expresar libre y francamente tus pensamientos —el ardor había muerto en sus ojos y había sido reemplazado por una frialdad que se notaba en su voz cuando continuó—: Me parece que te debo una disculpa; no tenía idea de que mis atenciones eran tan abominables —ella sintió vergüenza—. Mi única excusa, es que desde el momento que nos conocimos, me enamoré y en mi aturdido estado, no pude aceptar que una emoción tan profunda e increíble para mí, no me pudiera ser correspondida. Durante mi vida, he tratado a muchas mujeres, pero siempre tuve cuidado de evitar involucrarme, porque estaba esperando la chica adecuada, que yo sabía que reconocería de inmediato en cuanto apareciera en mi vida. Sucedió como lo había imaginado, pero en mi ansiedad de exigir lo que sentí que era mío, no me di cuenta de la locura de esperar que tú también pudieras reciprocar ese afecto.

Hizo una pausa y continuó diciendo:

—Sin embargo, ahora acepto que he sido tonto. Por favor, no permitas que mi locura eche a perder el resto de tus vacaciones. Fue muy considerado de tu parte, mantener el engaño de un compromiso y para evitar chismes irritantes, te agradeceré si permites que siga así. A cambio de ello, te prometo que no volverás a tener motivos para quejarte de mi conducta.

Un segundo después, Samantha se quedó sola, para luchar con la confusa sensación de congoja al verlo desaparecer en la distancia. Mucho tiempo después que el eco de sus pisadas se había esfumado, ella seguía sin moverse, preguntándose por qué tenía ganas de llorar. Ése era el resultado por el que había luchado desde su primer encuentro: una confrontación decisiva para poner a Joao en su lugar, irrevocablemente convencida, de que no había lugar para él en su futuro. Pero el triunfo se convirtió en cenizas en su boca, un amargo sabor de vergüenza que aumentaba cada vez que recordaba la mirada de dolor. Trató de reunir sus argumentos, recordando su

publicidad, las ligeras promesas que le hizo y que rompió de la misma manera, pero eso no ayudó a disminuir la dolorosa sensación de pérdida, mucho más fuerte por haber sido auto-infligida.

Salió tambaleante de la solera a la luz del sol y encontró a Rosalind y a Greg esperando.

—¿En dónde estabas? —se quejó Rosalind—. Joao pasó por aquí con aspecto tenebroso, hace siglos. ¿Tuvieron un pleito?

Samantha trató de contestar, pero no podía hablar. Dándose cuenta de su estado, Greg acudió en su ayuda.

—Creo que ya vimos bastante por el momento —decidió con forzada alegría—. Si queremos tomar parte de las festividades de esta tarde, hago votos porque regresemos a la casa.

Ya fuera en respuesta a una mirada de advertencia de Greg o porque su propio instinto le dijo que anduviera con cautela, Rosalind no trató de investigar en el trayecto a casa, que a Samantha le pareció más largo que de costumbre, mientras se acurrucaba en la parte trasera del coche, con deseos de ahogar su remordimiento en un torrente de lágrimas.

En cuanto el coche se detuvo, se bajó de un salto y subió corriendo los escalones a la casa, decidida a estar sola para poder lamentarse. Pero tía Luisa salió a saludarla cuando cruzaba el vestíbulo.

—¡Samantha, qué gusto que hayas regresado! Hay un asunto de mucha importancia que debemos discutir —vio a Rosalind y le dio la espalda, fingiendo no haberla visto—. Ven, querida, hablaremos en mi cuarto.

Echó a caminar sin darle tiempo a Samantha de excusarse, y a pesar de que se sentía con ganas de gritar, la buena educación le prohibió hacer otra cosa distinta a seguirla.

—Siéntate, querida —tía Luisa señaló un cómodo sofá pero ella se sentó en una silla de respaldo alto—. Ahora —notó la tristeza de Samantha, pero dejando a un lado su curiosidad, fue a su objetivo —. Decidí que parte de mi regalo de boda, será tu vestido de novia. Naturalmente, se hará con encaje de nuestra isla, pero me gustaría que me ayudaras a decidir qué dibujo escoger. Aquí tengo unas muestras, pero los diseños son muchos y variados, así que si ninguno te agrada, hay otros.

Samantha había oído bastante.

—Lo siento, tía —se pasó una mano agotada por la frente—. No estoy de humor para hablar de la boda ni del vestido de novia.

—¡Vamos, vamos! ¡No es el fin del mundo que haya pleitos! Entre dos personas de temperamentos tan opuestos como el de Joao y el tuyo; es inevitable un choque ocasional —al ver que Samantha no contestaba se inclinó hacia adelante para confiarle—: Desearía ayudarte a comprender la compleja naturaleza de mi sobrino, pero por desgracia el muchacho es poco comunicativo, se ha convertido en un hombre todavía más introvertido. No confía en nadie, inclusive yo, que lo conozco mejor que la mayoría, estoy excluida de sus pensamientos más profundos, necesito esperar que llegue el momento para que decida compartir sus confidencias.

—Yo tenía la impresión de que ustedes dos estaban muy unidos.

—No soy tan privilegiada —el tono de la tía Luisa fue seco—. Joao con nadie compartió una afinidad, hasta que tú apareciste —sus ojos brillaron cuando le acarició una pierna a Samantha—. Si te parezco una vieja entremetida, es porque había comenzado a perder la esperanza de ver a mi sobrino comprometido en una relación profunda y emocional. El día que llegaste a la isla, en cuanto él llegó a casa, sentía que algo de mucha importancia había tenido lugar. No porque él me lo dijera —se apresuró a agregar—. Sólo me guió mi instinto y estos cansados ojos. Sin embargo, reconocí en su paso una nueva elasticidad, una secreta sonrisa jugueteando en sus labios cuando creía que nadie lo observaba, largos silencios durante los que parecía recordar con placer algún suceso.

Lanzó un suspiro profundo.

—Luego, por supuesto, lo vi dando impacientes miradas al reloj la noche que tenía que cenar a bordo del barco… una invitación que tenía a menudo que ya se había convertido en un hábito. También, el día de tu primera visita aquí, todo tenía que estar bien: fastidió a los criados sin misericordia para asegurar que todos los alimentos fueran de tu gusto, el arreglo de la mesa perfecto, inclusive las flores fueron elegidas teniendo en cuenta tu preferencia. Para fue una gran desilusión cuando tu madre y su marido llegaron solos, aunque estoy segura de que no les permitió que lo notaran. Yo estaba segura de que su tensión aumentaba a medida que se acercaba la hora de tu llegada, y cuando por fin los vi a los dos juntos, ya no tuve más dudas, de que por fin Joao había

encontrado a la chica con la que deseaba pasar el resto de su vida…

—¿Quiere decir… —Samantha tragó saliva con dificultad—, que jamás hubo entre usted y Joao ninguna discusión acerca de nuestro matrimonio?

—Ninguna.

—¿Ni siquiera después de la noche que pasamos juntos en la iglesia?

—Ni siquiera entonces —replicó con firmeza tía Luisa—. Como dije, yo sospechaba que estaba enamorado de ti, pero no podía estar segura de que sus motivos fueran los que en una época menos liberada, hubiera considerado honorables. Me disgustó que estuviese de acuerdo con las opiniones de tu madre acerca de la libertad sexual. Había comenzado a dudar de la sinceridad de sus motivos y por lo tanto perdí el control hasta el grado que lo hice. Sin embargo, mi estallido fue para bien, porque no sólo me permitiste compartir tu secreto de su compromiso, sino que más tarde, cuando Joao y yo hicimos las paces, él me permitió asomarme por un momento detrás de su pantalla de reserva, jamás olvidaré la felicidad de su rostro cuando confesó: «Ya no necesito seguir buscando, tía. La mujer que amo vive en mi casa y para siempre en mi corazón».

Capítulo 12

Samantha no cenó esa noche. No sólo porque no tenía apetito, sino porque no podía soportar ver al hombre a quien había juzgado mal.

Rosalind se apresuró a buscarla una vez que estaban listos para ir a los viñedos. Después de llamar con suavidad en la puerta, entró en la habitación y vio a su hija tendida sobre la cama.

—¿Todavía no estás lista? Partiremos dentro de media hora.

—No iré —al volverse de espalda Rosalind notó que Samantha se mordía el labio inferior para controlar el temblor, pero su madre, mostrando una compasión poco característica, se acercó a inquirir:

—¿Pasa algo… que quieras decirme?

¡Ninguna exigencia, ninguna mirada de recriminación! Para su propia sorpresa, Samantha se encontró diciéndole:

—Lo amo, mamá, pero es demasiado tarde. Lo herí y sé que jamás me perdonará.

—Me niego a creerlo —confesó Rosalind, sentada en la orilla de la cama, y con una comprensión que su hija jamás había encontrado en ella—. Tú y Joao están destinados uno para el otro. Dices que lo lastimaste y al recordar su mirada de su rostro de esta mañana, lo creo. Pero un hombre sólo se puede sentir herido por alguien a quien ama, así que si tú cometiste un error, te sugiero que hagas algo al respecto.

La actitud de Samantha no cambió.

—¿Qué puedo hacer? Un hombre cuyo orgullo ha sido lastimado, no perdona con facilidad.

La risa de Rosalind fue deliberadamente ligera.

—Es un arrogante, pero también es hombre, y los hombres, les guste o no, pueden ser presas de su propia virilidad, siempre y cuando la mujer sea suficiente atractiva e inteligente.

—¿Te refieres a seducirlo?… —Samantha se apoyó sobre un codo y puso cara de incredulidad.

—Hablas como si la palabra fuera obscena. La seducción es un arte descubierto por Eva y practicado desde que las mujeres determinaron seguir a sus hombres. No me mires con reproche —le acarició la nariz a Samantha—. La mujer tiene pocas armas para ayudarle en la guerra de los sexos, así que los que posee debe saber usarlos.

—No sabría cómo comenzar, mamá —confesó la joven—, y tampoco estoy segura de querer aprender.

Rosalind suspiró exasperada.

—¿No has experimentado nada de la vida en estos últimos años? El hombre ha sido claro en demostrar que te necesita y tú, reconoces que lo quieres… todo lo que hay entre ustedes es orgullo herido de su parte y un desagrado de la astucia femenina de la tuya —se inclinó hacia adelante para enfatizar—. Tienes todo en tus manos, Samantha, un cuerpo seductor, un irresistible aire de inocencia, y un rostro que atrae la atención de cualquier hombre.

Samantha quedó sin aliento ante las palabras de la mujer que prefirió ignorar los encantos de su hija, pero, no se convenció.

—Una maniobra tan obvia no le agradaría a Joao —declaró con rigidez.

En esa ocasión, la risa de su madre fue divertida.

—¿Crees que un hombre tan viril preferiría un amor platónico? Vamos, Samantha, debes saber otra cosa… ¿irás a decirme que él jamás traicionó un apetito físico? Ah, por tu expresión puedo decir que sí —se levantó, porque decidió que había dicho todo lo necesario—. Tienes que hacerme caso o de lo contrario ignorarlo, pero si amas al hombre tanto como dices, te levantarás de esa cama, te pondrás tu ropa más alegre y nos alcanzarás, preparada para la luchar —se fue moviendo la mano y dejó que Samantha resolviera el conflicto entre su conciencia que decía no y un anhelo físico que gritaba sí.

Durante largos minutos de indecisión, se quedó sobre la cama; luego, cuando oyó el rechinado de unas llantas, anunciando la

llegada del coche que iba a llevarlos a los viñedos, se levantó de un salto sin pensar más y corrió al baño a refrescarse.

Después, en medio de una confusión de sentimientos, buscó entre su guardarropa y por fin decidió ponerse una falda roja, blusa blanca de aldeana y arregló de tal forma el escote, que dejó un terso hombro al descubierto, y como complemento, se colocó un par de aros de gitana en las orejas que hicieron resaltar más su rostro repentinamente animado.

La inspiración la llevó a la habitación de su madre. Estaba vacía, ero una rápida búsqueda en el tocador le permitió encontrar un lápiz labial, que se aplicó antes de regresar corriendo a su cuarto. Con ansiedad se paró frente al espejo. La imagen que vio fue la de una extraña coqueta. Satisfecha bajó corriendo por la escalera para unirse al grupo que la esperaba.

Joao apenas notó su presencia, porque con estudiada amabilidad se ocupaba de que sus invitados fueran cómodamente sentados en el coche, antes de deslizarse detrás del volante. Cuando iban en dirección a los viñedos, un resplandor rojo en el cielo llamó la atención de Greg y en respuesta a su pregunta, Joao, explicó:

—Es una fogata para quemar una efigie hecha de ramas y que cuando se reduzca a cenizas, será regada sobre los viñedos, para asegurar una buena cosecha para el año entrante.

—Su gente parece estar llena de supersticiones, Joao —expresó Rosalind—. Son como niños sin educación.

Él inclinó la cabeza con gravedad.

—Como usted dice, sólo son niños con una marcada aversión a aprender. Cuando estén listos para ser educados, la encontrarán disponible, pero todavía no. La vid que está hecha para dar fruto en primavera, se marchita y muere antes del otoño.

Rosalind se retiró, derrotada y Samantha sintió compasión. Era una tontería oponerse a Joao, pero en el humor en que estaba actualmente, resultaba imposible.

Mucho antes de que llegaran al escenario de las festividades, escucharon risas, música y cantos que bajaban de la ladera de la montaña y cuando por fin el coche se detuvo fuera del perímetro de luz que producían las hogueras, el ruido fue tan intenso que tuvieron que gritar para hacerse oír, por encima de las cuerdas de las guitarras, de los acordeones y violines.

Cuando entraron en la arena, la muchedumbre les dio la bienvenida y se separó para permitirles tener acceso al centro de la actividad, luego volvieron a reagruparse para seguir aplaudiendo a cuatro hombres que se encontraban dentro de un enorme *lagere* de piedra y con los brazos entrelazados, zapateaban en una danza salvaje para terminar de pisar las uvas. Mientras observaban, un hombre, se agachó a llenar una jarra con el líquido que corría de la parte de atrás del *lagere*. Les dieron unos tarros y cuando Joao aceptó la jarra, con gran ceremonia, se volvió a escanciar un poco del líquido en cada uno de los tarros.

Greg y Rosalind estaban más cerca y mientras les servía, les explicó:

—Es tradicional que el dueño del viñedo, invite a sus amigos a probar el vino sin fermentar tan pronto termina la cosecha. Lo encontrarán poco desagradable. Les dará mucho gusto si lo hacen girar en su lengua y luego expresan una opinión de si lo consideran… o no un buen vino.

Greg bebió para experimentar, luego alzó los ojos al cielo y exclamó ante los ansiosos espectadores:

—¡Magnífico!

Una ruidosa exclamación recompensó sus esfuerzos. Más valió que no pudieran leer la repulsión en el rostro de Rosalind, quien con una rápida mirada de reojo en dirección hacia los que seguían bailando en el *lagere*, cerró los ojos y fingió beber.

—Muy bueno —gesticuló sin importarle los rostros desilusionados.

Samantha esperaba su turno, apretando ansiosa el asa del tarro. Hasta ese momento, Joao había evitado mirarla, pero por las apariencias, tendría que dar alguna muestra de afecto a su supuesta *namorada*. La forma en que él contuvo el aliento, fue el primer indicio que tuvo del éxito de su cambio de aspecto. Encogió de hombros, calentada por el fuego, luego, se sintió congelar cuando la mirada de él se deslizó con desaprobación sobre sus hombros desnudos. Con firmeza escanció el vino y aprovechó para murmurar una orden:

—Tómatelo rápido. Te llevaré de regreso a la casa, para que puedas ponerte un vestido más apropiado.

Sus palabras sonaron como una bofetada. Ella saltó y el

repentino movimiento hizo que del pico de la jarra chorreara un líquido pegajoso que cayó sobre su blusa.

—¡Que *diabo*! —La salvaje exclamación de ira pareció fuera de proporción por el pequeño incidente. Dejando a un lado la jarra, Joao sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio—. Sécate —ordenó—. Es un accidente desafortunado, pero por lo menos proporciona una disculpa llovida del cielo —desanimada por su furia, pasó rozando a Rosalind y a Greg y sintió un enorme malestar cuando su madre le dirigió una sonrisa de aprobación, que parecía indicar que pensaba que el accidente había sido un truco deliberado para estar con Joao a solas.

Casi habían llegado al coche, cuando ella se detuvo de pronto y se volvió a mirarlo. Una vez que estuvieran a solas, él comenzaría a sermonearla, pero ella se vengaría y comenzaría otra batalla. Era mucho más seguro quedarse con la multitud, bajo las curiosas miradas de los isleños, porque así él no podría dar rienda suelta a su ira y no tendría más remedio que bailar, al son que ella quisiera tocar. De mejor humor, se dio cuenta de que él estaba muy consciente de su cambio de aspecto. Se había preparado para soportar su trato impersonal, pero ahora, su mirada permanecía fija en sus voluptuosas curvas.

—No es necesario regresar a la casa, mi blusa casi está seca. Quiero participar de la diversión… —Anticipándose a su protesta, dio un salto fuera de su alcance y le lanzó una mirada provocativa por encima del hombro al correr de regreso hacia donde estaba la multitud, en busca de protección. Su corazón latió apresurado, cuando él comenzó a perseguirla, pero ya estaba en medio del grupo de bailarines, cuando Joao la alcanzó y no tuvo más remedio que agarrarle las manos que ella le tendía y unirse al baile.

Muchas jarras se habían llenado ya y se pasaban de mano en mano hasta que quedaban vacías.

Joao había bebido muy poco, pero Samantha, quien necesitaba valor para combatir su enfado, probó el contenido de cada jarra y por lo tanto estaba tan descarada al grado que oprimió sus labios contra el mentón masculino, mientras bailaban bajo la luz de la luna que convertía su pelo en una cascada de plata.

—Joao —se atrevió a susurrar, aunque tenía la convicción de que él la desairaría—. Quiero disculparme por haberte lastimado.

Esas cosas que dije… —Se humedeció los labios—, no las quise decir. ¿Puedes perdonarme, por favor, y tratar de que seamos amigos?

—¿Amigos? —Él la miró con burla—. Yo no creo que tu comportamiento de esta noche sea el de una amiga, sino más bien el de una coqueta. Por supuesto, como soy isleño, podría estar equivocado. Tal vez ahora en Inglaterra, es costumbre coquetear descaradamente con amigos del sexo opuesto, para atormentar con miradas provocativas y acercamientos sensuales.

Ella se quedó rígida en sus brazos, ultrajada.

—Sólo trataba…

—¿Tratabas qué, desvergonzada coqueta? ¿De provocar al diablo? ¿Crees que eso es sabio? Conociendo mis rasgos de barbarie mora, ¿no eres una tonta en creer que puedes burlarte de mí sin misericordia y escapar a las consecuencias, ocultándote detrás de un pacto de neutralidad?

Sus ojos despedían chispas cuando se inclinó más hacia la joven. Los observadores deben haberlos considerado una típica pareja de enamorados, ensimismados uno en el otro, habiendo excluido a los demás; nadie hubiera imaginado jamás que la espada de animosidad se clavaba en el corazón de ella, que los brazos, que la aprisionaban eran un yugo dentro del cual ella casi no podía respirar, y que la voz que susurraba a su oído sólo dejaba escapar desdén.

Mientras bailaban, Joao la dirigió a la orilla del círculo de fuego para perderse entre los árboles que los rodeaban. Sin más palabras, la agarró de la muñeca y comenzó a caminar en la penumbra sin preocuparse por sus gemidos de dolor cuando sus dedos de los pies, se topaban con las raíces salientes. Disminuyó el paso cuando se encontraron con otras parejas abrazadas caminando entre los árboles, y un poco temeraria debido al vino, Samantha comenzó a disfrutar de la caricia de las frescas hojas sobre su cara, de las sombras que se alargaban. De pronto llegaron a un lugar apartado que daba al océano, la oscuridad fue su única compañera.

—¡Ahora! —Joao la empujó con rudeza para que por lo menos los separaran unos veinte centímetros—. Dime el motivo que hay detrás de este juego peligroso, porque te advierto que a mí no me parece divertido.

—No se trata de que sea divertido —rogó con voz suave—. Sólo intentaba arreglar el desacuerdo que tuvimos. Sé que te lastimé mucho, y siento haber dicho todas esas cosas horribles —se volvió para ocultar las lágrimas que asomaron a sus ojos—. ¡Debí haber pensado antes de disgustarte!

—¡Debiste! —El tono desdeñoso no tenía esperanza de perdón —. Si sólo hubieras escuchado antes a tu madre, podías haberte ahorrado la humillación de desempeñar esta farsa —cuando ella alzó la cabeza él sonrió en forma desagradable y asintió—. Sí, tu madre y yo hablamos. Esta tarde fue a buscarme para asegurarme que habías cambiado de opinión. «La encontrará más receptiva», fueron sus palabras. «Después de una discusión logré hacerle ver lo tonta que sería si rechazara el tipo de vida que usted puede ofrecerle».

Demasiado horrorizada para hacer otra cosa que quedarse mirándolo, Samantha no se echó para atrás, cuando él se adelantó y amenazó:

—Te deseaba, *beleza*, te deseaba mucho, pero eso fue cuando creía que eras una criatura simple y sin complicaciones —la hizo levantar el rostro maquillado y metió un dedo a través de cada uno de los extravagantes aros. Ella se mordió el labio inferior, pero no le reprochó nada cuando él se los arrancó con rudeza de las orejas y los arrojó al suelo. Enseguida le frotó la boca, embarrándole la mejilla con lápiz labial.

Los ojos de Joao la provocaron a que mintiera mientras encajaba unos dedos duros en la suave piel desnuda de los hombros y la atraía hacia sí.

—Tu cuerpo a cambio de la riqueza que profesaste despreciar, ése era el trato, ¿o no? Pues bien, puedes ir con tu madre e informarle que su plan no funcionó. ¡No tomaré por esposa a ninguna mujer, que para obtener ocio y riqueza, se rebaja a imitar las artimañas de una chica fácil!

La palabra marcó con hierro candente el atontado cerebro de Samantha y el dolor hizo que el asco sacudiera su cuerpo. Alzó el rostro con la mancha de lápiz labial, y usando la dignidad como escudo, negó temblorosa.

—Mi cuerpo no está en venta, pero aunque lo estuviera, ni siquiera tú, *senhor*, tendría suficiente dinero para comprarlo. No me

casaría contigo, aunque caminaras descalzo por la montaña en señal de arrepentimiento y me rogaras de rodillas que te perdonara…

Capítulo 13

Esa misma noche, más tarde, tía Luisa se enfermó. En medio de un sueño intranquilo, Samantha oyó pasos a lo largo de los pasillos, murmullos, y por fin, en la madrugada, el sonido de un coche que llegaba a la casa.

Bela le dio la noticia cuando llegó con el desayuno.

—La *senhora*, tuvo un ataque al corazón. El médico está ahora con ella.

La primera reacción de Samantha fue de culpabilidad. Se apoyó en un codo e inquirió ansiosa:

—¿Es algo serio?

—Ya había sufrido antes de esos ataques, pero a su edad…

Samantha hizo a un lado la bandeja; en ese momento la comida se le hubiera atragantado. Tía Luisa, cruzaba el vestíbulo rumbo a su cuarto, cuando ellos llegaron a la casa, la noche anterior. Se detuvo al verlos, y la complacida sonrisa se esfumó de sus labios dejando lugar a un temblor, en el momento que Joao con el ceño fruncido se metió en su estudio sin decir palabra.

Ella tampoco ayudó, recordó Samantha, cuando la dama le dijo:

—Ah, Samantha, me acaban de enviar una muestra de encaje… ¿quieres verla?

—No hay necesidad… no habrá boda —respondió, antes de subir corriendo a su cuarto. Ella y Joao debían ser los culpables de la enfermedad de la tía. Sin pensarlo, le habían infligido a ella su propio dolor.

Se levantó y después de ponerse un sencillo vestido de algodón, bajó en busca de información. Greg estaba en el jardín, con las

manos metidas en los bolsillos, paseando malhumorado por los senderos bordeados de flores. Alzó la vista y su rostro se iluminó al verla.

—Buenos días, querida, esperaba que aparecieras. Tu madre está haciendo maletas. ¿Te das cuenta de que nos iremos hoy? El barco está en el puerto y aunque no zarpará sino hasta la medianoche, tu madre decidió que quiere subir temprano a bordo. Por alguna razón no puede esperar a sacudirse el polvo de Madeira de los pies. ¿Y qué hay contigo, te irás con nosotros o piensas quedarte?

—Me iré con ustedes —contestó con nostalgia.

—Entonces, será mejor que sigas el ejemplo de tu madre y comiences a hacer tu equipaje.

—Sí, pero primero tengo que saber cómo se siente tía Luisa. No puedo irme sin despedirme.

Él frunció el ceño y le agarró una mano.

—Si estás segura de que aquí no hay felicidad para ti, no dejes que influya en ti el chantaje sentimental. Es posible que el malestar de la vieja dama sea genuino… pero, por otra parte —titubeó, avergonzado de sus dudas, pero agregó con timidez—: Ella tiene mucha determinación.

Samantha se quedó vacilante afuera de la habitación de la tía, preguntándose si un llamado a la puerta la molestaría, cuando ésta se abrió y Joao se quedó mirándola a través del umbral. Estaba agotado:

—Iba a ir por ti —no había lugar para antagonismos—. Tía ha estado preguntando por ti, se niega la tomar la pastilla para dormir, que le recetó el médico, sin antes hablar contigo, así que el doctor cedió a su exigencia. Pero sólo durante pocos minutos —su tono era una advertencia—. Y por favor —el orgulloso *senhor* pareció rogar —, no digas nada que pueda perturbar su paz mental.

Ella asintió y luego entró en el cuarto. Las persianas estaban bajadas para proteger a la ocupante de la lujosa cama de la fuerte luz del sol.

—¡Ah, niña! —Apenas se oyeron las palabras—. Siéntate aquí, donde pueda ver tu cara —le indicó la orilla de la cama.

Samantha hizo lo que le pedía; le tenía afecto a pesar de su forma autócrata de ser.

—Anoche llegó el barco al puerto. ¿Te habrás ido en él,

Samantha, cuando yo despierte después de haber tomado la pastilla para dormir?

La joven dirigió una mirada de impotencia en dirección de Joao. No tenía deseos de mentir, sin embargo, el instinto le dijo que el bienestar de la tía dependía de su respuesta. El rostro de él estaba impasible, sus ojos inescrutables, pero al bajar la vista, vio que sus nudillos sobresalían de sus puños apretados; una señal de su agitación interior. A ella no le quedó otra alternativa.

—Por favor, haga lo que el médico le dice, tía, y tómese la pastilla para dormir. Prometo estar aquí cuando despierte.

—¿Y el vestido de boda… todavía iremos a comprar el vestido de boda?

—Tan pronto como usted pueda, tía. —Samantha se atragantó, odiando la mentira necesaria.

Recibió su recompensa cuando la tía Luisa suspiró satisfecha, luego indicó con un movimiento de cabeza que estaba lista para tomar la odiada pastilla que esperaba al lado de su cama. Con ternura, Joao le deslizó un brazo detrás de los hombros y sostuvo el vaso contra sus labios, hasta que se tomó toda el agua. Luego, cuando se apoyó de nuevo contra las almohadas, él se alejó, dejándola al cuidado de la enfermera y le hizo señas a Samantha de que lo acompañara. Una vez afuera, ella quiso irse, pero él la detuvo.

—Gracias por tu comprensión —le dijo con brevedad.

—Pareces olvidar que la enfermería es mi profesión. El atender a los enfermos y ceder a sus caprichos es parte del trabajo que estoy entrenada para hacer.

—¿Aún cuando eso signifique quedarse aquí cuando Greg y tu madre se vayan? Tu madre ya se despidió y no tengo duda de que tenías intenciones de irte con ellos. ¿Y ahora qué? ¿Es tu compasión por tía, lo suficientemente grande para sobreponerte a tu aversión de permanecer en cercano contacto con su sobrino?

Ella luchó con su conciencia, todos sus instintos le decían que sería una tonta en quedarse, sin embargo, no soportaba pensar en la congoja de la tía cuando despertara y se encontrara con que la solemne promesa recibida había sido rota.

—Supongo que no me queda otro camino que quedarme… durante un corto tiempo —se apresuró a agregar—. Tu tía debe

comenzar a dar señales de mejoría dentro de los próximos días, así que esperaré hasta que considere que está lo suficientemente fuerte para oír mi explicación, antes de tomar el avión de regreso a Londres. La verdad es que prefiero hacer eso, que sufrir la incomodidad de un viaje por mar.

—Gracias —aceptó él con gravedad—. Por supuesto que insistiré en pagar tu vuelo de regreso; es lo menos que puedo hacer dadas las circunstancias.

La helada cortesía era una sólida pared entre ellos. Era como si los compartidos, momentos de felicidad jamás hubieran existido, pensó Samantha mientras caminaba por el pasillo hacia el cuarto de su madre.

Rosalind hacía la última de sus maletas. En cuanto Samantha entró cayó sobre ella.

—¡Gracias al cielo! Le dije a Bela que guardara tus cosas… ve a tu cuarto y mira si ya terminó. Me resisto a quedarme en esta casa un momento más de lo necesario.

—Yo no me iré, mamá —le dijo Samantha; preparándose parada la discusión.

—¿Que tú no te qué? —La voz de Rosalind se elevó por la credulidad—. ¿Greg, oíste eso, de que no se va con nosotros después de todo?

—Sí, querida, oí y estoy seguro de que lo explicará si sólo le das la oportunidad. ¿Qué te hizo cambiar de idea, Samantha? ¿Tiene algo que ver con la vieja dama?

—Sí, le prometí quedarme unos días más, sólo hasta que se sienta más fuerte, luego, tomaré el primer avión disponible a casa.

—¡Entonces yo me lavo las manos! —Rosalind se puso el abrigo y cogió su bolso de mano—. Nadie que voluntariamente se queda cerca de esta terrible familia, merece simpatía. Joao tuvo la desfachatez de acusarme esta mañana de ser una madre manipuladora. ¡Yo! ¡La última persona que trataría de interferir! A propósito —miró a Samantha con frialdad—. ¿Quieres aliviar mi curiosidad diciéndome lo que pasó anoche entre ustedes dos? Cuando los vimos por última vez, los dos bailaban tan juntos como imanes, antes de desaparecer entre los árboles. Imaginé que nuestro plan había funcionado, hasta esta mañana que Joao replicó a mi inocente pregunta, de si debíamos quedarnos para la boda, con un

salvajismo que me quitó la respiración, diciéndome que por lo que a él se refería, nos podíamos ir de inmediato porque no habría boda. Ahora te pregunto —se dirigió a Greg—, ¿es ésa la manera de apresurar a un invitado que parte?

—Probablemente todavía estaba dolido —explicó Samantha, reacia a hablar del doloroso episodio y, sin embargo, sintiendo que debía explicar la actitud de Joao—. Creo que mal interpretó algunas de las cosas que le dijiste anoche. ¿A propósito, qué le dijiste?

—No mucho —el tono de Rosalind, despertó las sospechas de Greg.

—¿Pero exactamente qué? —preguntó él con tal autoridad que Rosalind parpadeó.

—Sólo trataba de encontrar el camino para una reconciliación. Samantha acababa de reconocer que lo amaba, pero temía que el abismo que había entre ellos era insondable como para que hubiera arreglo. Yo le aconsejé que intentara la seducción —miró desafiante a Greg—, pero sabiendo lo ignorante que es acerca de ese arte, pensé que ayudaría si yo le explicaba a Joao que ella había cambiado de opinión y estaba ansiosa de casarse con él.

—¿Le dijiste que había cambiado de opinión? —Greg preguntó con suavidad—. Omitiendo sin duda mencionar el aspecto más importante de todo… que también había cambiado su corazón.

—Bueno… no pensé que fuera necesario. —Rosalind los confundió—. Después de todo, el hombre no está ciego, puede ver tan claramente como todo el mundo, la forma en que se le ilumina a ella el rostro cuando él entra en una habitación, y cómo está al tanto de cada una de sus palabras, y cómo…

—¡Basta, mamá!

—Sí —la apoyó Greg—. Creo que dijiste bastante… es más, demasiado. Más vale que nos vayamos, tal vez logren aclarar algunos mal entendidos una vez que estés fuera del camino.

—Bueno, la verdad es que… —Por primera vez en su vida, Rosalind se quedó sin saber qué decir y permaneció así, mientras Greg la conducía al piso inferior y hacia el coche que esperaba.

—Adiós, querida mía —se acercó después de meter las maletas en el coche, para besar a Samantha en la mejilla—. Por favor, trata de perdonar la forma en que tu madre manejó tus asuntos. Su intervención, aunque catastrófica, fue bien intencionada.

Con lágrimas en los ojos, Samantha los observó irse, sintiéndose temerosa al pensar en haberse quedado prácticamente sola con el hombre cuyo amor se había convertido en desdén.

De regreso a su cuarto, tuvo que pasar por la galería en la que colgaban los retratos de los Zarco muertos hacía mucho tiempo. Vaciló; veía ante ella un día largo y aburrido y se había prometido muchas veces conocer mejor a los antepasados de los Zarco. El primer retrato que examinó fue el del fundador de la dinastía, el intrépido explorador cuya estatua estaba en la plaza principal, Joao Goncalves Zarco, el capitán portugués a quien el rey le dio la tarea de convertir la isla en campo agrícola.

Junto a él, estaba su esposa, de cabello dorado que caía como cascada sobre sus hombros, y unos ojos azules se quedaban mirando desde la tela, con la serenidad de una mujer amada, sin embargo, el talento de la brocha del maestro había captado una huella de dolor que hizo murmurar a Samantha:

—Tú también experimentaste el dolor que es inseparable de la alegría de amar a un Zarco. ¿Te volvió loca, con su encanto y luego, cuando ya no tenías fuerzas para negar que lo amabas, te arrojó ese amor al rostro y pisoteó tu corazón como si fueran uvas bajo los pies de los que extraen el vino? ¿Tú también fuiste una copa llena de afecto que arrojó sobre su hombro e hizo añicos cuando su sed estaba saciada?

Suspiró y cuando se alejó, se sintió alarmada porque escuchó un chirrido proveniente del extremo opuesto de la galería. Se quedó mirando porque imaginó que veía una sombra moverse, pero luego se frotó los brazos, por el temor. Al salir corriendo de la galería volvió a oír el ruido, y su torturada imaginación convirtió el rechinido en un susurro que le advirtió: «Una mujer debe esperar una vida de infierno, si es bastante tonta de enamorarse del diablo».

* * *

Esa noche, ella y Joao cenaron juntos, sólo los dos, sentados a una mesa tan grande como la brecha entre ellos. La luz de las velas iluminaba su cabello cuando con la cabeza inclinada, Samantha jugueteaba con la comida en su plato con el pesado tenedor de

plata, en cuyo mango estaba el emblema de la familia Zarco.

Joao parecía preocupado, y cuando ella no aceptó el postre, él también lo hizo y dio instrucciones al camarero:

—Tomaremos el café en la sala pequeña —luego como si se sintiera obligado a tranquilizarla, explicó—: Allí estaremos más cómodos. Los criados son peores que tía… a menos que se les dé órdenes de lo contrario insisten en ceremonias, aunque están muy conscientes de que sólo hay dos personas para cenar.

A punto de decir que prefería estar con él en un lugar no tan íntimo, Samantha se mordió el labio inferior y no dijo nada, mientras la precedía a la sala adjunta, con su chimenea, ricas cortinas de terciopelo y dolorosos recuerdos de una noche, anterior pasada en compañía del mismo hombre, pero de humor diferente.

Como si él también recordara, esperó que ella se sentara y luego escogió un asiento lo más lejos posible. Con cortesía ofreció licores, luego cigarrillos y como la joven no aceptó ninguna de las dos cosas, él encendió un puro y se relajó, observando a través de la nube de humo cómo jugueteaba nerviosa con la cafetera.

—¿Tomas… crema? ¿Azúcar?…

—Negro, por favor.

Ella sintió enrojecer sus mejillas; él siempre tomaba su café negro, y ella lo sabía. Le echó azúcar a su propia taza, desmoralizada por los observadores ojos que seguían cada uno de sus movimientos. Se llevó la taza a los labios, sorbió y luego hizo un gesto cuando la espesa miel hizo contacto con su lengua. Pero consciente del interés de Joao, pasó el resto de un golpe.

—Es obvio que tus curvas no se deben a una dieta estricta… debes haber echado la mitad del contenido de la azucarera en tu taza.

De inmediato a la defensiva, mintió:

—Me gusta el café dulce.

—Te creo —dijo él sarcástico.

—Las enfermeras se aficionan a bebidas dulces —insistió con testarudez—. Cuando nos sentimos agotadas por el trabajo, lo más rápido para recuperar energías es tomar té dulce.

Su relajamiento la enfureció.

—Cuéntame más de tu trabajo. Las enfermeras con sus impecables cofias, siempre me recuerdan a monjas, sin embargo,

debe haber aspectos desagradables en el trabajo. A veces deben encontrarlo aburrido y creo que es un poco perturbador para ti.

—¡Jamás! —La rápida negativa tuvo la espontaneidad de la verdad—. Reconozco en que hay veces que la enfermería es una tarea desagradecida, pero esas ocasiones son mínimas comparadas con las muchas ocasiones gratificadoras y felices… cuando un niño muy enfermo comienza a mejorar, cuando un padre amado responde al tratamiento después que la familia perdió la esperanza. Luego, hay otros momentos más tristes; siempre se nos advierte de que no tenemos que sentirnos comprometidos con los pacientes y sin embargo… —El dolor cruzó por su rostro como si recordara algo doloroso—: Tal vez te sea difícil creer esto, pero hay gente en este mundo que no tiene a nadie… y quienes terminan sus días solitarios en los pabellones de geriatría de algún hospital —las lágrimas brillaron en sus pestañas.

Él se le acercó y sus facciones mostraban desaprobación.

—¡Basta, Samantha! Es como yo había pensado, no estás hecha para ese tipo de trabajo. Si se te permitiera continuar, en unos pocos años estarías convertida en un guiñapo emocional y tu corazón hecho pedazos… ¿Qué sucedería después? ¡Yo te lo diré! Serías igual a uno de ésos a los que ahora tratas de ayudar… física y mentalmente agotada, tu juventud desperdiciada en resolver sola un problema demasiado complejo aun para la sociedad en la que existe. *¡Meu Deus!* —exclamó y controló el impulso de sacudirla—. ¿No hay nadie con autoridad, con inteligencia suficiente para impedirte que sigas con un trabajo para el que se nota que no estás adaptada?

—¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa? Como todas los demás, juzgas por el aspecto exterior. Tal vez sea yo delgada, pero no frágil; algunas veces estoy pálida, pero es natural después de un turno de ocho horas y eso no denota falta de energía. En cuanto a que soy muy tierna, todos los enfermos necesitan simpatía y compasión. ¿Dejarías que a tía Luisa, la cuidara una enfermera dura como una piedra?

Se miraron, él con impotencia, ella con resentimiento. ¡Volvían a pelear! Cada vez que se encontraban parecían terminar con un trastorno de pasión o de ira. La amistad entre ellos era imposible, decidió con tristeza; parecían destinados a ser una de dos cosas:

profundos enemigos o grandes enamorados…

Como si él también supiera esa verdad, hizo a un lado su disgusto.

—Qué criatura tan contradictoria eres. Samantha, una combinación de santa y arpía. Por desgracia, tu calor y afecto parecen estar reservados para pacientes y pordioseros.

Capítulo 14

Después de tres días más de preocupación, tía Luisa, comenzó a dar muestras de mejoría. La habían atendido dos enfermeras, una durante el día y otra en la noche, pero cada mañana, en cuanto despertaba, exigía la presencia de Samantha, luego, todo el día tenía tantas solicitudes que hacerle, que la mantenía encadenada a su lado, leyéndole en voz alta, limpiándole las manos y rostro, alentándola a comer, y hablando de todos los temas, excepto uno: Joao.

Al principio, tía Luisa se mostró malhumorada porque Samantha no se dejaba arrastrar al tema, pero después de un tiempo, aceptó que eso era tabú y mientras la joven siempre estuviera junto a ella, parecía estar contenta.

En menos de una semana, los servicios de la enfermera nocturna se hicieron innecesarios y el doctor le dio permiso a la señora de abandonar su cuarto, animándola a pasar ratos en el jardín y a dar cortos paseos en el auto. Fue durante uno de esos paseos en que volvió al tema que más le interesaba. Pasaban por la aldea de una montaña, cuando la tía se inclinó hacia adelante y palmeó al chofer en el hombro.

—Pare aquí, Diniz, caminaremos un rato.

Pero una vez fuera del coche, fue obvio que no iba a ser nada más una corta caminata. Apoyándose en su bastón y con la ayuda del brazo de Samantha, se dirigió a una casa que estaba un poco apartada, donde un grupo de chicas hablaban sin descuidar su trabajo en el encaje.

—¡*Bom día, senhora* Gomes! —Tía se dirigió a la mujer que se

había levantado; era la madre de las chicas—. Traje a la futura *senhora* Zarco a examinar su encaje; tenemos en mente algo apropiado para un vestido de bodas.

La morena mujer hizo una reverencia, pero sin trazas de servilismo, cosa que Samantha había notado muchas veces, no existía entre los portugueses. Había orgullo en su comportamiento, aun entre los campesinos, y los buenos modales siempre los hacían corteses.

—Nos sentimos honradas, *senhora*. Si gusta entrar, le mostraré lo que podemos ofrecer.

El cuarto principal de la casa al que las condujo, estaba escasamente amoblado pero muy limpio. En cuanto su madre les habló, dos de las chicas dejaron el trabajo y colocaron dos sillas de bambú, cerca de una mesa. Luego, de otro cuarto, sacaron rollos de encaje.

Después de una mirada al pálido rostro de Samantha, la *senhora* Gomes eligió del montón, un rollo color crema y lo desenvolvió con alarde a través de la mesa, dirigiéndole a la tía unas cuantas palabras en portugués.

—Hmmm —los ojos de la tía cayeron sobre Samantha—. La *senhora* Gomes piensa que tu cutis es demasiado pálido para que se complemente con un blanco puro; sugiere que un color más cálido como el crema, estaría apropiado.

Samantha luchó contra la histeria. Tía, trataba de ser amable, pero no podía saber la tortura que infligía a la chica, comprometida en los planes de una boda que sabía que no tendría lugar. El forzarse a reaccionar como una futura novia, era la cosa más difícil que jamás había tenido que hacer. Con ligereza tocó el encaje diseñado en minúsculos abanicos que tenían sobre la superficie, pájaros y flores nativas de la isla.

—Bellísimo —se atragantó al decir—. ¡Es seguro que no hay otro igual!

La tía estaba resplandeciente.

—No nos apresuremos, niña. Estoy de acuerdo en que esta pieza es maravillosa, pero tenemos que examinar el resto antes de tomar la decisión final.

Samantha pensó que debía encontrar una excusa para no comprar. Juzgó que la señora estaba casi lista para soportar la

noticia de que pronto se iría a Inglaterra, pero decidió darle unos cuantos días más de gracia, para asegurarse de que no le hiciera daño. Pero se veía forzada a tomar una decisión, porque si no se detenía a la señora, sus acciones estarían fuera de sus manos y haría todos los arreglos para que la boda tuviera lugar en una semana.

Salió de su ensoñación a tiempo para oír decir a la tía:

—Sí, *senhora*, Gomes, todos están preciosos, pero creo que me decidiré por nuestra primera elección. ¿No estás de acuerdo… Samantha?

—Yo… no estoy segura, tía. Estoy confundida con tantos dibujos y necesito tiempo para pensarlo… ¿podría decidir dentro de unos días?

La tía enarcó las cejas; no estaba complacida. Habló con la *senhora* Gomes en su idioma, se levantó con rigidez y le indicó que estaba dispuesta a irse.

Samantha sufrió su silencio todo el camino de regreso a la casa, y entonces, una vez que dejó a la señora en su cuarto y ella la despidió con un movimiento de mano, bajó al jardín, consciente de que se acercaba el momento de la verdad.

El sol calentaba cuando se sentó en la orilla de una fuente y metió los dedos entre el agua que caía. Pequeños peces corrían de un lado a otro bajo las sombrillas de las hojas de los lirios y por un momento, dejó que sus preocupaciones se sumergieran en la belleza de los alrededores. Poco a poco se relajó por completo. Como Joao estaba aún ocupado en los viñedos y ella en el cuarto de tía Luisa, casi no se habían visto. Ella aceptó ansiosa la sugerencia de la señora de que cenaran juntas cada noche en su cuarto y no se sintió nada compungida de dejar que él cenara a solas. Sin embargo, él no pareció resentirlo.

Unos pasos ligeros interrumpieron su ensoñación. Alzó la vista y sintió un vuelco en el corazón, cuando el objeto de sus pensamientos apareció frente a ella. Parecía agotado, como si el largo día bajo el sol lo hubiera dejado sin energía.

—¡Así que por fin tía, te quitó la cadena del tobillo! Me da gusto que haya hecho caso de mi amenaza de volver a contratar a una enfermera si no te permitía más libertad.

—¿Le dijiste eso? —Se asombró pero le agradeció su preocupación—. No era necesario, disfruto cuidarla.

—¿Como un masoquista disfruta su miseria?

—Nada de eso. Tía puede ser… difícil, pero he tenido pacientes peores.

—No importa. Ahora eres libre. ¿Te gustaría ir a nadar conmigo?

La invitación fue tan inesperada que la dejó sin aliento. Su primer impulso fue no aceptar, pero toda su actitud pareció proyectar un reto que ella no se atrevió a ignorar.

—¡Muy bien, iré! —aceptó con cierta provocación.

—¡Bien! Dame cinco minutos para cambiarme. Ah, y tal vez puedas conseguir una poca de comida para llevar… estoy muerto de hambre.

Después de dar instrucciones en la cocina para que les prepararan un pícnic, subió a toda prisa a su cuarto, se quitó el vestido que llevaba puesto y sacó de su guardarropa un traje de cuatro piezas de algodón multicolor, que comprendía el sostén con una blusa, y unos pantaloncillos cortos que se usaban debajo de una falda con botones. Se puso unas sandalias blancas de tacón bajo para completar el conjunto, luego llenó un bolsón de playa con toallas, traje de baño y varios artículos—, antes de bajar corriendo al llamado de un claxon que tocaba con impaciencia.

Llevaban unos minutos de viaje cuando ella comenzó a tener dudas. La tentación de pasar una última hora feliz en compañía de Joao, se había sobrepuesto a toda lógica. Él había adoptado otra vez su actitud de cortés indiferencia que había sido la esencia de su relación, desde la noche en que sus insultos hirieron el orgullo de los Zarco. Lo miró de reojo y vio que su atención estaba en el camino. Iba vestido con una camisa de tela de toalla suelta sobre los pantalones de mezclilla y se veía relajado, aunque sobresalían sus nudillos porque apretaba el volante.

La llevó a la ensenada donde habían ido con Rosalind, pero esta vez no se preocupó mucho cuando ella comenzó a caminar por el estrecho sendero, porque él apresuró el paso como si quisiera poner mayor distancia entre ellos, con tanta prisa, que la joven sospechó que se arrepentía de su impulsiva invitación.

Cuando ella se puso el traje de baño negro de una pieza, él ya estaba en el agua. Ella se quedó en la parte menos profunda, demasiado deprimida para nadar hasta donde su cabeza sobresalía

por encima de las olas y luego, regresó a la playa y se tendió sobre una toalla, tragándose las lágrimas. Ese tal vez fuera su último día en la isla, la última hora que pasaría sola con el hombre, que ahora sabía, significaba más para ella que la vida misma.

Sintió frío en los hombros. Al ver que Joao estaba parado entre ella y el sol, se enjugó el llanto antes de girar hacia un lado para verlo.

—No te quedaste mucho tiempo en el agua, ¿te pareció fría? —le preguntó él.

Cuando ella sacudió la húmeda cabeza, un mechón de pelo le cayó en el rostro; buscó en el bolso un peine y trató de ordenar los desarreglados mechones mientras contestaba con tanta despreocupación como pudo:

—No, lo que sucede es que no estoy de humor.

Él se tiró sobre la toalla a su lado.

—Entonces, ¿de qué humor estás?

Ella decidió que ése era el momento adecuado para decir lo que tenía que decir. Se volvió a mirarlo y se escandalizó al descubrir que lo tenía más cerca de lo que pensaba.

—Joao, ¿podemos hablar seriamente?

—Si tenemos que hacerlo.

—Esta mañana, tía Luisa insistió en visitar la casa de una encajera para elegir la tela para mi vestido de boda. La evadí con la excusa de que necesitaba tiempo para decidir, pero no podré seguir engañándola mucho tiempo más, así que creo que llegó la hora de irme. Estoy casi segura de que se siente lo bastante fuerte como para soportar el choque, pero preferiría que el doctor lo confirmara antes de decir nada. ¿Podrías discutir el asunto de inmediato con él? ¿Y también hacerme una reservación en el vuelo más próximo posible? Me gustaría regresar mañana…

Sobre la tierra pareció caer el silencio. Los cantos de los pájaros cesaron, las olas apenas tocaban la orilla, las nubes quedaron ancladas en el cielo azul, como si todo esperara la respuesta de él. Por fin habló.

—¡No tienes por qué irte!

—¿No? —Una profunda herida comenzó a dolerle al recordar su intento de reconciliación y la desdeñosa palabra que usó para describir sus métodos: ¡Chica fácil! Una mujer dispuesta a rentar su

cuerpo por una ganancia. Se encogió, como cada vez que recordaba el penoso incidente.

—Lo que dije fue imperdonable —dijo Joao sin mostrar señales de arrepentimiento—, pero también fue imperdonable que pusieras a prueba mi fuerza de voluntad, en un momento en que mi resistencia estaba muy baja. No dudo que tu madre fue la instigadora del plan… es más, cuando la acusé, no lo negó, pero como ya tuve tiempo de pensar las cosas con calma, decidí acceder a tus términos. Preferiría que te quedaras aquí como mi esposa, bajo las circunstancias que sean, a dejar que regreses a un trabajo que con el tiempo te destrozaría física y mentalmente.

La dejó sin aliento la proposición dicha con indiferencia. Lo miró indignada y casi se atragantó al preguntar:

—¿Y qué satisfacción obtendrías tú de tal matrimonio?

Se estremeció, cuando sus ojos recorrieron su cuerpo semidesnudo.

—Para comenzar, no mucho —confesó sin apartar su vista de la de ella—. Paz mental para la tía, cuya edad exige que se le tenga paciencia, tu presencia aquí entre el lujo que implicaste que no tienes deseos de abandonar y con el tiempo… ¿quién sabe que resultado se pueda obtener?

Samantha se levantó de un brinco, herida por su fría exposición de un plan, que a cambio del lujo para ella y la felicidad de tía Luisa, con el tiempo la obligaría a sacrificar su cuerpo a un hombre que parecía haber olvidado, si es que alguna vez lo supo, el verdadero significado del amor.

—Gracias por tu ofrecimiento, *senhor*, pero debo pedirte que perdones que me niegue a aceptar tanto honor —después de eso corrió hacia el mar para sumergirse en el agua fresca. Fuentes de espuma surgieron a su alrededor cuando se metió de cabeza en las olas, dirigiéndose cegada hacia su objetivo: la paz del horizonte.

Se había apartado unos cuantos metros de la orilla cuando un brazo le rodeó la cintura para sacarla del agua, y luego la dejó caer sin ceremonias sobre una cama de arena. Parado con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho, su cuerpo produjo una sombra amenazadora, mientras ella trataba de contener las lágrimas sin éxito. Durante un par de minutos Joao le permitió desahogarse, luego, la levantó y llevó en brazos hacia donde

estaban sus pertenencias, regadas sobre la arena. Demasiado infeliz para que le importara lo que pudiera suceder, ella no se resistió cuando él la colocó sobre la toalla, luego agarró la suya y se la arrojó sobre los hombros para comenzar a frotarla hasta que la secó.

Su cambió de actitud la desarmó, tanto, que se encontró relajándose contra el amplio pecho que sirvió de descanso para su cabeza, mientras él le secaba el pelo. La medalla que siempre usaba Joao le picó la mejilla pero, con una secreta sensación de felicidad, ella apretó sus labios contra su superficie, pensando que su fría dureza era simbólica de la barrera que había entre ellos. Cuando le quitó la toalla miró su rostro arrebolado y preguntó con suavidad:

—¿Tienes un amigo en Inglaterra, alguien especial cuya compañía extrañas? Es raro, pero jamás pensé en hacer esa pregunta. Debe haber existido otros además de mí, que hayan sentido la necesidad de protegerte. ¿Tuvo éxito alguien en lo que yo fallé, en encontrar la llave a tu corazón encerrado detrás de una barricada?

Fue una agonía tratar de resistir su tierna preocupación, sin mostrar lo conmovida que estaba.

—No, no hay nadie.

—Ah… y hubo alguna vez…

—No, jamás —interrumpió con ferocidad—. He conocido a muy pocos hombres, a ninguno íntimamente. Jamás hubo tiempo de dedicarme a los preliminares informales que llevan a profundos compromisos emocionales. Como ya te diste cuenta, soy una novata en todos aspectos. Así que ahora que sabes lo poco que hay que saber acerca de mí, *senhor*, tal vez tengas la bondad de permitir que me vista.

Pero él no parecía tener prisa en soltarla. Le acarició el rostro y ejerció tanto control que ella fue incapaz de desviar la mirada mientras él preguntaba con suavidad:

—¿Realmente pensaste que mis caricias se parecían a los maltratos de una bestia de la jungla?

Ella se quedó rígida no por la pregunta sino por la profunda sinceridad con que la hizo. Se dio cuenta de que su respuesta era de gran importancia para él.

—Yo… yo… estaba muy molesta cuando lo dije. Desde el día que puse por primera vez un pie en esta isla, te apoderaste de mi

vida, decidiendo cada una de mis acciones, intimidándome con arrogancia, aun dictando el curso que debía tomar mi futuro, como si mis deseos en el asunto no tuvieran importancia. Cada protesta que hacía, la desechabas con tu determinación de convertirme en tu esposa. Yo no podía vivir bajo esos términos. Me sentí justificada en mi deseo de ser considerada como una igual, así que para combatir tu altiva actitud, recurrí a proclamar insultos. Lo siento, Joao, traté de disculparme antes, pero tú no quisiste escuchar. Y ésa es otra razón por la que el matrimonio entre nosotros no funcionaría… no podemos hablar razonablemente cuando estamos juntos, cada conversación termina o en una apasionada ira o en furiosa pasión. Por eso —sus ojos rogaron para que la comprendiera—, tengo que regresar a casa lo más pronto posible.

Joao la tomó en sus brazos.

—En un asunto jamás estaremos de acuerdo, querida. Tú nunca serás igual a mis ojos… siempre estarás sobre un pedestal y yo a tus pies adorándote, como un agradecido cautivo.

—¡No, Joao! —protestó ella, cuando la oprimió de nuevo contra la arena y agachó la cabeza hasta que estuvo a un milímetro del rostro de la aturdida joven.

—Ya no más argumentos, *gatinha* —murmuró y estrechó su sorprendido cuerpo en sus brazos—. Ya pasó el tiempo para todo, menos para palabras de amor, deja que tu corazón y tu cuerpo respondan como sé que pueden y lo harán… —Su boca se posesionó de la de ella y no dejó que salieran las palabras.

Joao logró provocar en ella un deseo igual al de él, y Samantha correspondió al fuego con fuego, a los besos con besos, hasta que su deseo fue tan grande que se fundieron juntos en un mar de ansiedad.

Cuando el hambre fue voraz, él demostró una enorme fuerza de voluntad, tratando de controlarse; con la ternura más increíble, tranquilizó la tensión de ella con palabras y acarició su cuerpo hasta que estuvo en paz, descansando en sus brazos.

—¡*Namorada*, me sorprendes! —se burló con una risa ahogada, pero al ver su mirada de horror, la atrajo otra vez hacia sí—. Jamás tengas temor de demostrarme tu amor; *beleza*, siempre sé tan honesta como yo prometo que lo seré. Disfrutemos de este glorioso amor que compartimos, deleitémonos en su fuerza y ojalá el

impacto sobre nuestras emociones, jamás se esfume.

Ella se movió en sus brazos y besó sin vergüenza un hombro bronceado por su trabajo en los viñedos.

—Podíamos habernos separado disgustados, con tanta facilidad —murmuró Samantha—. Yo podía haber regresado a Inglaterra sin saber jamás… —se interrumpió, pasmada por el pensamiento.

—La verdad es que sí. Durante estos últimos días, te has vuelto muy experta en mantenerme en mi lugar; las miradas que me dirigías eran tan desdeñosas que comencé a sospechar hasta de la evidencia de mis propios oídos.

—¿Qué evidencia, qué fue lo que oíste? —le preguntó ella.

—Palabras que me hicieron abrigar la esperanza de que tal vez no eras tan insensible como parecías, una conversación entre tú y el retrato de la esposa de uno de mis antepasados. No podías saber que yo estaba en la galería en ese momento, y la confesión que oí me sorprendió tanto, que no me atreví a confrontarte, en caso de que sólo hubiera sido producto de mi imaginación. Amor mío, si sólo hubieras sabido cuántas noches de insomnio pasé pensando en la amarga ironía de haberme enamorado de una chica, que en apariencia sentía repulsión al verme. Supongo que merecí ese tratamiento, pero ¿no era comprensible mi impetuosidad, después de haber esperado tanto tiempo para que se materializara mi ideal? Dime encanto, ¿qué hice mal al principio?

Todavía un poco tímida, Samantha luchó para controlar el rubor cuando confesó vacilante:

—Tuve temor, Joao… no de lo que pudieras hacer, sino del efecto que tenías sobre mis sentimientos. Como ves… jamás había experimentado tal atracción física; si el orgullo no me hubiera impulsado a luchar, me hubiese rendido incondicionalmente, y eso no hubiera estado bien, ni para ti ni para mí.

Fingió mirarlo con severidad.

—Como marido amenazas con ser una calamidad… y con tu ego exagerado me temo que serías insoportable.

Tal audacia merecía un castigo, que él le infligió con un beso tierno. Había que esperar hasta que el tiempo, el lugar y el ambiente, estuvieran a tono con su inexperiencia en el acto de hacer el amor.

—Cásate pronto conmigo, *bela namorada* —gimió él contra unos

labios dulces como el vino—. ¿Si camino descalzo por la ladera de la montaña y te ruego de rodillas, prometes que te casarás conmigo mañana?

—Sí, mi autócrata pordiosero —tembló ella de deseo.

—¡Ah! —Joao suspiró de satisfacción y la acercó más hacia sí—. Entonces a partir de ese día nuestra isla tendrá una flor nueva para agregar a su ramo: la novia de Zarco, de tallo esbelto y piel aterciopelada.

FIN



MARGARET ROME es una autora inglesa de novelas de amor. Empezó a escribir pasados unos años de haberse casado y criado a su hijo. La mayoría de sus libros se desarrollan en Inglaterra, pero hay algún en lugares más exóticos. Ha escrito más de treinta libros.